

LUIS LALLEMANT

DOCTRINA
ESPIRITUAL

TOMO I

GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS
COLECCION VIDA DIVINA • BUENOS AIRES

DOCTRINA ESPIRITUAL

TOMO I

I G N A T I U S

7050

Certa bonum certamen fidei

COLECCION VIDA DIVINA

1. - JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

Vida divina

2 - 3. - LUIS LALLEMANT

Doctrina espiritual
(2 tomos)

4 - 5. - ALONSO RODRIGUEZ

Pláticas de la doctrina cristiana
(2 tomos)

6. - Vida de san Francisco Javier

(en preparación)

LUIS LALLEMANT

DOCTRINA
ESPIRITUAL

TOMO I

COLECCION VIDA DIVINA
GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS
BUENOS AIRES

1945

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

PRÓLOGO

Jamás nadie leyó este libro sin mucho bien para su alma. Eso es lo que nos mueve a publicar la presente versión castellana, la primera que conocemos, después de tres siglos de aparecida la obra original.

Si durante tanto tiempo no se ha sentido la necesidad de esta traducción, en parte ello se debe a la riqueza inexhausta de nuestra literatura ascética y mística, y de otra parte a que siendo este libro destinado a un público que no puede ser el gran público, podían leerlo en su lengua original, no sólo los primitivos destinatarios, los jesuitas que hacen su tercera probación, sino todas las personas capaces de entenderlo.

La actual situación creada por la guerra, impidiendo el intercambio de libros con Francia es la que nos decidió a continuar con la "Doctrina

Espiritual" del P. Lallemand, la serie de publicaciones de autores espirituales que formarán esta colección que hemos querido se llame VIDA DIVINA y que esperamos cumplirá la misión de llenar esa deficiencia.

El nombre de VIDA DIVINA lo tomamos de la obra del P. Juan E. de Nieremberg, dc nuestra Compañía, porque dice perfectamente cuál ha sido la norma de selección de los autores que entrarán a formar parte de nuestra colección: espiritualidad sólida, teológica, ordenada dentro de esa corriente de euforia espiritual que llega a su apogeo en el siglo de la contra reforma tridentina, cuando la Iglesia retoma, purificada de los herejes que pretendían deformarla, con nuevos impulsos, el camino que en Trento plugo al Espíritu Santo señalarle.

Por ello, en primer lugar serán autores del siglo XVII los que daremos a conocer de preferencia, toda vez que en ellos, de una manera más palpable, se reúnen la Patrística, la Escolástica, Trento y las necesidades surgidas frente al problema de la herejía protestante.

No excluirémos, sin embargo, ni por razón de tiempo, ni de nacionalidad, ni mucho menos de escuela.

Elegiremos también, teniendo cuenta del público al cual dedicamos estas ediciones: sacerdotes, religiosos, seminaristas y laicado católico, que siente la preocupación por el conocimiento y práctica cada vez más acabada de ese misterio de misericordia, que es nuestra adopción en Cristo y la respuesta que esa adopción de nuestra parte espera.

Como se verá por la lectura del prólogo del P. Champion, que sigue a este primero, fué el P. Lallemand, lo que en la Compañía de Jesús llamamos Instructor de Tercera Probación, es decir, Maestro espiritual de los jesuítas, que terminados sus estudios, ya ordenados sacerdotes, deben durante un año entregarse a la vida de oración y trato íntimo con Dios, excluyendo cualquier otra actividad que lo pudiera dificultar. Es lo que se llama por San Ignacio, la "Schola affectus", "escuela del amor". Este libro se compone de los apuntes que uno de esos jesuítas, el P. Rigoleuc, tomó de las pláticas e instrucciones que en ese período oyó al P. Lallemand. A la muerte del P. Rigoleuc se publicaron como suyos, mezclados con otros que realmente lo eran, algunos de los capítulos que figuran en esta edición. Se debe a los trabajos del P. Aloys Pottier S.I. el haber restituído al verdadero autor

esos capítulos de cuya falta se resentía la DOCTRINA ESPIRITUAL.

Las razones y argumentos que el P. Pottier tuvo en cuenta en su trabajo, pueden verse en la obra del mismo: "La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père Louis Lallemant S.I.", París, Tequi, 1936, o en el artículo del mismo autor aparecido en "Revue d'ascétique et mystique, (RAM) "Rigoleuc ou Lallemant", 1935, p. 330 - 350.

Hemos quitado, pues, de la obra del P. Rigoleuc, que pensamos publicar, esos capítulos, y los publicamos en esta versión, haciéndolo notar en su respectivo lugar, con lo cual sale aumentada la obra, como fácilmente lo notarán los que están acostumbrados a su lectura.

No a título de curiosidad, sino porque nos parece necesario, para la mejor comprensión del autor, creemos deber agregar algunas advertencias.

1) El P. Lallemant es uno de los autores más discutidos, quizá tanto como Joseph Surin S.I. Se le eleva y se le denigra, a nuestro entender, más de lo justo. La razón de ello no parece que sea exclusivamente por su obra en sí, sino por lo que ella representa o se le quiere hacer representar: una bandera.

Así por ejemplo, Henri Bremond, ex-jesuita, en su *"Histoire littéraire du sentiment religieux en France"*, y los que sólo conocen la espiritualidad de la Compañía de Jesús, por la lectura de los diez tomos de esa obra o de algún resumen le colocan por encima de todos los autores de la Compañía, lo contraponen a la mayoría de ellos, a los que tildan de asceticistas y antropocéntricos, y sobre todo, al P. Rodríguez, el inmortal autor del *"Ejercicio de perfección y virtudes cristianas"*, haciendo en una palabra del P. Lallemand un beruliano, es decir, un jesuita no jesuita y por ello grande.

De otra parte, los autores contemporáneos franceses de la Compañía, se reconocen en mayor o menor grado deudores a Lallemand de esa espiritualidad alta, sobria, noble, que de sus escritos resume.

El R. P. Reginaldo Garrigou-Lagrange O.P., al hablar de la segunda conversión o entrada en la vía iluminativa, cita al P. Lallemand y muchas otras veces en su bella obra, *"Les trois âges de la vie intérieure"*, llamándole "uno de los mejores autores espirituales del siglo XVII", entroncando su doctrina en la corriente de S. Benito, Suso, Tauler, Catalina de Siena y S. Juan de la

Cruz (tomo II, pág. 29, 39, etc.), y haciendo suyos muchos de los principios que se encuentran en esta obra.

Hay, de otra parte quienes manifiestan, quizá por reacción ante tantas alabanzas, de quienes suelen ser parcos para alabar las cosas de la Compañía, cierta reserva ante nuestro autor, v.gr., el P. de Maumigny, autor de un sólido tratado sobre "La oración mental", quien solía mostrarse desconfiado al nombre de Lallemand: Cautelendus!

El P. Antonio M. Arregui S.I., el célebre moralista, fué quien lo puso en mis manos, durante la tercera probación en Manresa, dando con ello testimonio del aprecio que le merecía.

Creemos que la doctrina del P. Lallemand no se opone a la del P. Rodríguez sino en la forma, y que más que otra cosa — con todo lo que significan en el campo espiritual y no sólo en lo físico — les separan los Pirineos.

Para entender mejor ciertas diferencias de lenguaje, es menester recordar que el P. Rodríguez era maestro de novicios y el P. Lallemand, Instructor de Tercera Probación; es decir, que uno tenía por oyentes muchachos de menos de veinte años, por lo general, que se inician en la vida espi-

ritual; y el otro, sacerdotes, teólogos, que acabada su carrera de humanidades, filosofía y teología, habiendo hecho por dos veces durante un mes los ejercicios de S. Ignacio, y cada año durante ocho días, dedícense a la oración de un modo especial, durante un año, antes de salir a los ministerios propios de la Compañía.

2) Se puede ser deudor del P. Lallemand, sin que por ello se deban suscribir todas y cada una de sus afirmaciones. Así por ejemplo, pocos serán los autores españoles de la Compañía que no deban algo al P. Baltasar Alvarez, al P. Alvarez de Paz, y ningún jesuíta habrá en el mundo, que no deba algo al P. Rodríguez, sin que ello importe que todo lo que afirman esos autores deba suscribirse o practicarse al pie de la letra.

Así el P. Lallemand sostiene la vocación general a la contemplación infusa . . . doctrina grata v.gr. al P. Garrigou-Lagrange, y dentro de la Compañía al P. Peeters, etc. No admiten esa vocación, al menos como suena, los P. De Guibert, Grandmaison, muchos carmelitas, etc. Ello no impide que si de jure no sea tan universal esa vocación, es decir, que si no se la considera necesaria para la santidad, no se admitan generalmente las

palabras del P. Grandmaison, respecto de la tal contemplación:

“Por este ejercicio —escribe el P. Grandmaison, refiriéndose a la forma de contemplación que enseña S. Ignacio en los Ejercicios— no pretende S. Ignacio levantar el alma a la oración pasiva; sólo Dios puede hacerlo; pero a esta acción divina que nada puede suplir, el alma puede disponerse, pacificándose, despegándose de las creaturas, y fijando en Dios su mirada humilde y suplicante que toque a su corazón; y si la Providencia paternal de Dios, diere todavía el don tan preciado de la contemplación, hace encontrar al alma en este ejercicio o manera de oración, algunos de los frutos de la contemplación, y ante todo, la unión íntima, apacible, seul a seul, del cristiano con su Señor”. “Vie du P. L. de Grandmaison”, por el P. J. Lebreton, p. 124.

3) Para demostrar el “jesuitismo” del P. Lallouant, nada nos parece más conveniente que transcribir aquí la descripción que de ese “jesuitismo espiritual” hace el P. J. de Guibert, hablando de los Ejercicios de S. Ignacio en RAM, 1940, p. 236:

“Los ejercicios son con su conjunto de méto-

“dos, la escuela en la que el jesuíta aprende a hacer oración y por consiguiente conservará durante toda su vida de oración, el sello de esa escuela en la que se ha formado, sin por ello prohibirse otras formas de oración de las que no se trata explícitamente en los Ejercicios. En la práctica, no sólo la contemplación infusa, para aquellos a quienes Dios favorece con ella, sino también las oraciones de simplicidad y de contemplación adquirida, las oraciones afectivas o bajo forma de coloquio continuado, han sido y son prácticas por una muchedumbre de jesuitas plenamente fieles al espíritu de su vocación”. “A despecho de tantas apariencias — agrega el P. de Guibert — y de ciertos prejuicios, esa souplesse en los marcos de la oración, ha sido la tradición entre los mejores de los maestros de oración de la Compañía, como Lapuente, Crasset, o más cercano el P. de Grandmaison. En ello no hacen más que seguir las indicaciones de los Ejercicios”.

4) Con respecto del antropocentrismo de que se tilda a la espiritualidad de que es exponente la obra que presentamos, conviene tener presente, lo que notan generalmente los autores, como Lawlor, De Guibert, etc., en artículos en que ex pro-

feso tratan el asunto: Que no puede ello significar más que un matiz o un énfasis con respecto de ciertos elementos de la espiritualidad católica. Caso contrario sería la herejía. Las verdades esenciales, son las mismas para todos. Vamos a Dios por Cristo, incorporados al Cristo total, que es su Iglesia; no podemos hacer nada sin su gracia, y jamás mientras vivimos tenemos derecho a descansar del esfuerzo de cooperar con su gracia; toda nuestra vida espiritual es un trabajo de purificación que tiende a la unión con Dios. La oración, la abnegación, la humildad, la confianza en Dios y la desconfianza en sí mismo, el todo informado por la caridad, sin la cual nada vale nada, todo esto, es esencial a cualquiera escuela espiritual, que pretenda ser y pasar por católica. La mayor o menor proporción, la primacía de uno de estos elementos sobre los demás, es lo que diferencia una escuela o tendencia de las demás". Dice el P. Garrigou-Lagrange, en el prólogo de la *Doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*: "Cualquiera de estas verdades (las más elementales de nuestra fe, como las expresadas en el Padre nuestro) bastaría a un alma vivirla profundamente, para ser conducida hasta las cumbres de la santidad". Es la misma doctrina que desarrolla el P. de Guibert, en un meditado artículo en "Gre-

gorianum", 1938, "En quoi diffèrent réellement les écoles de spiritualité", p. 276, ss.

5) Respecto de la poca cuenta que parece hacer el autor, de los trabajos apostólicos, téngase presente que se dirige a hombres que durante el año de tercera probación no pueden dedicarse a las obras de celo, que dificultarían el plan de vida establecido para ese año, último de la formación larga que precede al apostolado, esencia de la vida apostólica, definida por S. Tomás: "contemplata aliis tradere"; y debía por tanto, más que estimularlos, moderar los deseos de sus oyentes.

6) Finalmente, respecto del misticismo del P. Lallemant, se le ha llamado ascético, y cabe afirmar que se le ha llamado bien. Jamás más alta doctrina fué rodeada de mayores garantías para evitar ilusiones y engaños, tan frecuentes en las personas que, sin freno de discreción, se lanzan por los caminos del espíritu. En ello, aparece una vez más el espíritu del varón prudente que Dios constituyó para jefe de familia en la Compañía. Rivadeneira atribuye a S. Ignacio una frase, que en clásico latín redactó él mismo, y que si S. Ignacio, tan medido en la expresión, hubiera redactado, quizá de otra manera se nos hubiera tras-

mitido. Sic Deo fide, hace decir al Santo, quasi rerum successus omnis ab illo, nihil a te penderet; ita tamen iis operam omnem admove, quasi Deus nihil, omnia tu solus sis factururus.

Se trata de un pensamiento tan arraigado en la tradición, que el M. R. P. Martín Gillet O.P., lo hace remontar y atribuye a S. Tomás: "Je prie Dieu, disait S. Thomas, comme si j'attendais tout de lui; mais je travaille comme si j'attendais tout de moi". ("La virilité chretienne", pág. 150, nota).

El único documento en que S. Ignacio formula este pensamiento, en forma semejante, es en una carta a S. Francisco de Borja, (MHSI, S. (1) Ignatii Epistolae. IX, p. 626), donde dice así: "Mirando a Dios N. S. en todas las cosas, como le place que yo haga, teniendo por error confiar y esperar en medios algunos o industrias en sí solas; y también no teniendo por vía segura confiar el todo en Dios N. S. sin quererme ayudar de lo que me ha dado, por parecerme en el Señor nuestro que debo usar de todas dos partes, deseando en todas cosas su mayor alabanza y gloria . . .".

No se trata de dos fuerzas coordinadas, sino perfectamente subordinadas, como bien se expre-

(1) Monumenta Historica Societatis Iesu: Romae.

sa en esta regla de oro, fiel exponente de su pensamiento, que dirige toda la espiritualidad que en esta obra se propugna: "Todos se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales y se haga de ellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos; porque aquellas interiores son las que han de dar eficacia a estos exteriores, para el fin que se pretende".

No queremos terminar este ya demasiado largo prólogo sin agradecer públicamente a Osvaldo Horacio Dondo la revisión de esta versión, hecha por la madre de un jesuíta que desea ocultarse en el anónimo, y a Enrique Lagos y Antonio Arbe-láiz, la ayuda prestada para la edición de esta biblioteca.

Escribíamos este prólogo, en la Abadía del Niño Dios, en Victoria, Entre Ríos, el Día de Navidad de 1943.

HUGO M. DE ACHÁVAL, S. I.

Colegio Máximo San José,
San Miguel, F.C.P.

A. M. D. G.

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1694

El P. Luis Lallemant ha dejado entre nosotros una fama de santidad que perdura todavía. Para conservarla y hacerla llegar a la posteridad, me he propuesto publicar un compendio de su vida, junto con su "*Doctrina Espiritual*". Hubiera realizado mejor este trabajo, si hubiese conseguido los documentos que fueron facilitados a uno de nuestros Padres, de la Provincia de Champagne, que ofreció escribir la historia completa de este santo varón.

Mi relato se funda en el testimonio de los que lo conocieron y sobre todo del de sus discípulos. Las gracias interiores que él no manifestó, fueron observadas por algunos de sus confesores y por sus más íntimos amigos, por los Padres Pedro Meflant, Juan Bagot, Antonio Vaher, Santiago Grandami, cuatro teólogos que, por su eminente virtud y su gran capacidad, merecieron ser sus confidentes.

En cuanto a su "*Doctrina Espiritual*", fué fielmente recogida por el P. Juan Rigoleuc (nacido en 1595 y muerto en 1658), quien lejos de quitarle fuerzas o unción, más bien las ha aumenta-

do. La recopilación que hizo fué conservada por otro santo varón, que la gratitud exige que también demos a conocer. Fué el P. Vicente Huby, quien, con la autoridad que tenía sobre mi espíritu, me obligó a emprender este pequeño trabajo, al cual le consagro el escaso tiempo que me dejan libre mis ocupaciones.

Más tarde encontré entre los papeles del P. Juan José Surin, nacido en 1600 y muerto el 21 de abril de 1665, un cuaderno en que tenía escrito algunos sentimientos piadosos de su Director el P. Luis Lallemant. Como no se podía dar a cada uno el lugar que les correspondía en la recopilación del P. Rigoleu, se agregan aparte tal como los había anotado el P. Surin.

Por lo demás, obedeciendo a los decretos de Urbano VIII y de otros Soberanos Pontífices, pido al lector únicamente una fe humana en cuanto digo sobre la vida del P. Lallemant, y declaro que al hablar de este Padre como de un santo varón, no pretendo de ninguna manera atribuirle un título que solamente la Santa Sede tiene derecho de otorgar a quienes juzga dignos.

VIDA DEL P. LUIS LALLEMANT
DE
LA COMPAÑIA DE JESUS

El P. Luis Lallemant nació en Champagne, en Chalons-sur-Marne, en 1578. Era hijo único del gobernador del Condado de Vertus, que en otros tiempos fué herencia de las Doncellas de Francia. Su padre lo envió en su más tierna edad a Bourges, para comenzar sus estudios en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús.

Dios le había concedido todas las disposiciones y gracias necesarias para el cumplimiento de los grandes designios que tenía sobre él: una inteligencia eminente y capaz para todas las ciencias; un criterio penetrante y sólido; un modo de ser suave, franco y atento; gran afición al estudio; extraordinario horror al vicio y principalmente a la impureza; una alta idea del servicio de Dios y una atracción particular por la vida interior.

Desde muy niño practicaba el recogimiento interior, sin saberlo. *Es necesario, decía, que permanezca siempre dentro de mí, no debo jamás salir completamente de mí mismo.*

Esta máxima que había aprendido del Espíritu Santo, sin que nadie se la hubiera enseñado, estaba tan profundamente grabada en su corazón, que vigilaba cuidadosamente sobre sí mismo, y a nada temía tanto como a explayarse fuera de sí mismo.

La gran devoción que tenía a la Santísima Virgen, le hizo desear ser admitido en la Congregación que le está dedicada, en el Colegio de Bourges, y se puede decir que fué ésta el primer noviciado de su vida religiosa, a la que desde entonces aspiraba.

La imagen de la perfección, propuesta claramente por Dios a su espíritu, se le presentaba sin cesar con encantadora atracción; las ansias que experimentaba muy a menudo, aun estando en recreación con sus compañeros, le causaban grandes arrobamientos, su rostro parecía enardecido, sus ojos centelleantes, y se veía obligado a dejar a sus compañeros para entregarse secretamente a las expansiones de la gracia.

Terminadas sus humanidades y un año de retórica en Bourges, su padre lo llamó para mandarlo a Verdún para cursar el segundo año de retórica. Lo hizo con mucho éxito y luego pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. Entró en el Noviciado de Nancy el diecinueve de diciembre de 1605 a la edad de dieciocho años.

Dios le hizo la gracia de comprender desde el principio la verdadera idea de la perfección, que San Ignacio propone a sus hijos. La vida y la santidad de este santo patriarca fueron el mo-

delo que se propuso imitar, dedicándose especialmente, a ejemplo suyo, a mortificar la actividad de su espíritu y someter a la gracia todos los movimientos de su corazón. Hizo en ello tan grandes progresos, que los que lo habían conocido antes se admiraban de ver que en tan poco tiempo hubiera adquirido esa paz y esa continuidad que son los caracteres de la virtud consumada.

Después de su noviciado le hicieron seguir sus estudios de filosofía y teología en Pont-a-Mousson; el dolor de cabeza y de estómago, que habitualmente le aquejaba, impidió a los superiores destinarlo a regentar las clases elementales y de humanidades, según la costumbre de la Compañía.

El año 1616, cuando los colegios de Champagne, Bourgogne y Lorraine fueron separados de la Provincia de Francia para formar en lo sucesivo una nueva provincia, que llevaría el nombre de Champagne, el P. Luis Lallemant permaneció en la de Francia e hizo su Profesión solemne de cuatro votos, en París, el veintiocho de octubre de 1621.

Enseñó en diversos colegios las ciencias especulativas, tres años filosofía, cuatro matemáticas, tres años teología moral y dos la escolástica en París. Después, fué cuatro años rector del noviciado y maestro de novicios; tres años del segundo noviciado, prefecto de estudios superiores y algunos meses rector del Colegio de Bourges.

He aquí que por el curso de su vida y la serie de sus cargos, en los que se desempeñó con tanto

exito, merece ser colocado entre los más ilustres padres de la Compañía. Pero aun siendo apto para todo, es, no obstante muy cierto que había recibido de Dios un talento extraordinario para el gobierno y la dirección de las almas.

El Espíritu Santo, que quería hacerlo un superior y director perfecto, capaz de formar a muchos, le sirvió de maestro y El mismo lo instruyó en la vida espiritual desde sus primeros años, como hemos dicho. Se había unido a El, con una devoción especialísima, que le había inspirado hacia su persona adorable; y El le descubrió todos los misterios de las gracias más ocultas, lo hizo penetrar profundamente en el conocimiento de sus dones y se los comunicó con esa liberalidad que sólo usa con las almas a quienes quiere elevar a la más eminente santidad.

El temor de Dios, que es la base de los otros dones y el fundamento de todo el edificio espiritual, fué siempre en él lo que es en los verdaderos hijos de Dios, fundado en una sólida humildad y acompañado de todas las otras virtudes que introduce y conserva en las almas; a saber: la inocencia, la pureza, la mortificación y el desprendimiento de las cosas de la tierra.

El conocimiento que tenía de su nada, de la corrupción de la naturaleza y de sus miserias, de la grandeza de Dios, de la dependencia que las criaturas tienen del Creador, lo mantenían constantemente humillado ante esta soberana y adorable Majestad. El poco aprecio que abrigaba por sí mismo, le hacía amar su propia abyección y el

amor de la abyección lo inducía a buscar todas las ocasiones de humillarse y de ser humillado y a abrazar con gusto las que se le presentaban. El espíritu de anonadamiento del Hijo de Dios, en la encarnación, era el modelo en que se inspiraba para la práctica de esta virtud. En esta escuela y de este Divino Maestro, aprendió las sublimes lecciones de humildad, el olvido de sí mismo para permanecer sepultado en su nada, de tal suerte que no se preocupaba de lo que le concernía, no hablaba, ni pensaba, como si no existiera, a menos que la necesidad lo obligara o que un movimiento de la gracia lo llevara a ello.

Su exterior y todas sus maneras respiraban humildad. Todo lo que hacía, lo hacía sin apresuramiento, sin ruido y como si hubiera querido ocultárselo a sí mismo; tan enemigo de la ostentación y tan humilde era. Por la misma razón, gustoso cooperaba secretamente a las obras de los demás, antes que emprenderlas él mismo; a pesar de que no aparecía en su ejecución a menudo llevaba la mejor parte, sea por haber sido el autor, por sus consejos o sus exhortaciones; sea por haberlas sostenido con su reputación y su autoridad; sea por haber contribuído más que ningún otro con su manera de ser y sus cuidados. Estimaba que los superiores debían proceder así con sus subordinados, interesándose en sus trabajos, ayudándolos y favoreciéndolos en sus santas empresas; empleándolos en las ocasiones que se presentasen de procurar la gloria de Dios y el bien de las almas, sin querer hacerlo todo por sí mismo, car-

gándose de una multitud de ocupaciones exteriores, que les impiden ordinariamente dedicarse tanto como debieran al gobierno de la casa. Decía que esta manera de ser de los superiores ganaba extremadamente la voluntad de los subordinados y los alienta a cumplir bien con su deber, viéndose asistidos y secundados en sus trabajos por aquellos que representan a Dios.

El espíritu de temor filial, que tuvo desde su infancia, fué el fiel guardián que le conservó sin mancha el vestido de la inocencia, que recibió en el Bautismo y el precioso tesoro de la virginidad. El padre que oyó su confesión general en su última enfermedad, varón muy capaz y de singular prudencia, declaraba que no tendría ningún temor de asegurar bajo juramento, si fuera necesario, que no había cometido jamás un pecado mortal y que era tan casto, que parecía no tener nada de la corrupción de la naturaleza. Jamás tuvo tentaciones, ni movimientos contrarios a la pureza.

Su gran máxima fué que no se avanza en la perfección sino a medida del progreso que se hace en la pureza del corazón: que es el camino más corto y más seguro para llegar a la unión con Dios, el medio infalible de prepararse para las íntimas comunicaciones con El. Lo sabía por experiencia propia, y nada le preocupaba tanto como tener su alma pura, sin aceptar voluntariamente la menor culpa que pudiera hacerle desagradable a los ojos de Dios. Y por esto vigilaba constantemente su interior, examinaba cuidadosamen-

te todos los movimientos de su corazón, y se confesaba todos los días con la mayor exactitud.

La confesión diaria era una de las cosas que más recomendaba a los padres a quienes veía movidos de un gran deseo de perfección. Les aconsejaba que se acercaran diariamente al tribunal de la penitencia para acusarse de los menores desórdenes de su vida y para dar cuenta de todo lo concerniente a su conducta espiritual.

El lo hacía así; y como llevaba todos los días las disposiciones exigidas, una fe viva en Nuestro Señor Jesucristo presente en la persona del sacerdote, absoluta confianza en el poder que les ha sido dado, una humilde y amorosa contrición de sus faltas, un deseo ardiente de repararlas y de satisfacer plenamente a Dios, experimentaba sensiblemente los efectos del Sacramento, cuya gracia propia es la pureza de conciencia.

Era tan fiel a la gracia que jamás cometía falta alguna deliberadamente; desde que advertía la menor sombra de pecado se alejaba de inmediato; el P. Rigoleuc testifica que en recreo se observaba que de repente se callaba para obedecer a la inspiración que le señalaba cierta imperfección en lo que empezaba a decir.

Muy lejos de dar a su cuerpo satisfacciones que pudieran manchar su alma, no pensaba más que en mortificarlo continuamente en todos sus sentidos. Cierto es que sus austeridades corporales sobrepasaban sus fuerzas y que sus excesos abreviaron su vida, a juicio de sus más íntimos amigos.

En cuanto a la abnegación interior que forma la parte más noble del sacrificio espiritual, la practicaba sin relajamientos, con extremado rigor, combatiendo todas sus inclinaciones y sujetándolas según el espíritu de Dios. De manera que por una absoluta victoria sobre sus pasiones, llegó a este feliz estado de muerte en que la naturaleza, estando perfectamente sometida a la gracia, no pone obstáculos a la vida divina que el Espíritu Santo quiere comunicar a las almas.

Amaba la pobreza tanto como el mundo ordinariamente la huye. Desde que se dedicó al seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo, no quiso tener para su uso más que lo indispensable, las cosas más ordinarias, las más usadas, las menos cómodas de la casa. Todos los muebles de su pieza consistían en un mal lecho sin cortinas, una mesa, dos sillas, un reclinatorio, un breviario, una Biblia, tres o cuatro libros que necesitaba urgentemente. Era un gusto para él carecer de algo, para estar en un constante ejercicio de la pobreza; ocultando sus necesidades y sus pequeñas incomodidades con más cuidado que con el que guarda el avaro sus tesoros, por temor que la caridad de los superiores o de sus ministros, le quitara la ocasión de sufrirlas. Pero la idea que él tenía de la pobreza evangélica, no se limitaba al despojo de las cosas exteriores. Lo llevaba hasta el más alto grado, cual es el desprendimiento de todas las creaturas, y esta perfecta pobreza de espíritu se elevaba sobre las gracias y dones de Dios: buscando sólo a Dios, no contempla más

que a El y sólo con El se une. Era éste uno de los más sublimes puntos de su doctrina, con la práctica de la cual llegó al más puro amor.

Tenía ciertamente un gran valor y firmeza de carácter para no desechar nada en la ejecución y en la prosecución de sus designios. Pero su fuerza principal procedía de un don de la gracia que, revistiéndolo del Espíritu Santo, lo hacía emprender y sufrir todo tratándose de los intereses de Dios. Se sentía tan poderosamente animado que nada era capaz de arredrarlo, ni detenerlo, ni las dificultades de la empresa, ni el trabajo, ni las oposiciones del mundo, ni las consideraciones de la prudencia humana, ni el temor a la falta de éxito. Le bastaba saber que Dios quería algo de él, para que lo emprendiera convencido de que lo realizaría.

A pesar de que su salud no era muy fuerte, no se cuidaba en absoluto, trabajando sin descanso en el ejercicio de sus ocupaciones y en todas las ocasiones en que la obediencia y la caridad lo inducían para la gloria de Dios y el servicio del prójimo.

El fervor del espíritu suplía la debilidad del cuerpo y lo sostenía en tal forma, que parecía infatigable.

La paciencia y la dulzura son las más nobles y sólidas pruebas de la fuerza. El P. Lallemant ha sobresalido en la una y en la otra. Sufría de tan buen grado que al verlo sufrir se podía creer que no sufría. Como era perfectamente dueño de sí mismo, jamás se veía en él desigualdad de es-

píritu ni de humor. Mantenía a su alma en una paz profunda y la serenidad se veía siempre en su rostro. Jamás decía una palabra más fuerte que otra.

Este valor sobrenatural de que estaba animado le hacía pedir a Dios, como San Ignacio, ser contradecido y obstaculizado por todo el mundo en sus deseos, no únicamente para tener ocasión de sufrir, sino para que el éxito de sus empresas fuera tanto más glorioso a Dios cuantas más dificultades tuviese que sufrir para realizarlas.

Pidió durante tres años que lo enviaran a las misiones extranjeras, especialmente a las del Canadá, aunque no se consiguieran en ellas tantas conversiones como en otras partes; pero por ser más fecundas en trabajos y sufrimientos y menos brillantes, habrían de contribuir mucho más que las otras a la santificación de los misioneros. Esto era lo que las hacía preferibles a las demás misiones. Y no habiendo conseguido ir él mismo, procuró siempre enviar fervorosos operarios, y desde Francia les prestaba todos los servicios que dependían de él.

Su amor por las misiones nacía de este espíritu de piedad que le hacía mirar las almas como imágenes de Dios, adornadas de su semejanza y rescatadas con la Sangre de su Divino Hijo, y su pérdida le inspiraba un sensible dolor y un deseo ardiente de su salvación. El don de piedad produce en el corazón de los santos inmensas ternuras de amor y de celo por Dios y para con el prójimo. Este don comunica a la caridad una

atracción y una dulzura de que carece sin él. Es tan extraordinario como precioso y necesario, tanto a los hombres de letras como a los obreros del Evangelio, para impedir que el estudio y las preocupaciones de las cosas exteriores les sequen el espíritu.

El P. Lallemand poseía una unción de piedad tan grande, que rebosaba en todas sus acciones y muy especialmente en aquéllas que se referían más directamente a Dios, como cuando recitaba el Oficio Divino o celebraba la Santa Misa, cuando administraba los Sacramentos y hasta en sus más pequeñas acciones, cuando hacía el signo de la cruz o cuando tomaba agua bendita. Todo esto lo hacía de tal manera que denotaba un fondo de piedad igualmente tierno y sólido.

No había para él placer más grande que entretenerse familiarmente con Dios diciendo que la oración era su felicidad sobre la tierra, a la que dedicaba mucho más tiempo que a cualquiera otra de sus ocupaciones. Aun en la noche le quitaba muchas horas al sueño para entregarse a la oración. Un día, estando solo con uno de sus amigos a la orilla del fuego, le confesó que no tenía ninguna dificultad para elevar su espíritu a Dios; que esto le era tan fácil como mirar el fuego de la chimenea.

Nada le interesaba fuera de lo que se refería a Dios. Su constante ocupación interior era la de conocer especialmente en cada cosa los designios de Dios, para ejecutarlos según las luces de la gracia y el espíritu de Jesucristo.

Experimentaba siempre sensiblemente la dirección del Espíritu Santo en la oración, aun antes de llegar a ese estado que los místicos llaman pasivo o sobrenatural, en que el alma no hace más que consentir sobrenaturalmente a todas las operaciones de Dios. Cuando hacía oración se iluminaba con luz divina que le señalaba el tema y los puntos y lo hacía hacer todos los actos, como él mismo lo atestigua en sus escritos.

Su gran devoción era el Verbo Encarnado. Todas las potencias de su alma estaban llenas de su adorable persona, de su amor, de sus misterios. El de la Santa Eucaristía era el objeto de un culto especial, el tema más frecuente de sus coloquios y cuando hablaba de él se superaba a sí mismo. Todas sus prácticas de piedad se dirigían al Hombre Dios o se referían a él, el amor de Nuestro Señor era el móvil de todos sus actos. Nada le hacía encontrar más amables las virtudes como considerarlas divinizadas en Jesucristo. Desde este punto de vista, las que naturalmente son más repugnantes, o más difíciles, tenían para él gran atractivo.

Todo lo que tiene el sello del Hijo de Dios, todo lo que se relaciona con El o que le concierne, le era infinitamente apreciado; por estas consideraciones tenía para con la Santísima Virgen y San José ternuras inconcebibles, mantenía un comercio de amor y familiaridad con los ángeles que están especialmente dedicados al Verbo Encarnado y a su santa Madre.

Se observó que diariamente rezaba el Santo Rosario; pero honraba mucho más a la Santísima Virgen con sublimes sentimientos de cariño, respeto, amor y confianza que con prácticas exteriores.

Tenía una gracia extraordinaria para inspirar a todo el mundo la devoción a San José y aconsejaba a las personas que deseaban entrar en las vías espirituales que se propusieran por modelo de humildad a Nuestro Señor Jesucristo; por modelo de pureza a la Santísima Virgen; por modelo de vida interior a San José. Bajo estos modelos trabajaba en su perfección y con gusto reconocía cómo felizmente lo había experimentado en sí mismo.

Practicaba diariamente en honor de San José cuatro pequeños ejercicios, de los cuales sacaba maravilloso provecho. Los dos primeros eran para la mañana y los otros dos para después de la comida. El primero era una elevación del espíritu hacia el corazón de San José para admirar cuán fiel había sido en recibir las gracias; después hacía un examen de su corazón para reconocer su poca fidelidad, humillándose y animándose. El segundo era considerar cómo San José conciliaba la vida interior con sus ocupaciones exteriores. Luego, reflexionando sobre sí mismo y sobre sus ocupaciones, veía cómo había faltado a la perfección de su modelo. Con este ejercicio hizo un progreso tal que al fin de su vida no perdía jamás su recogimiento interior y la atención que prestaba a las cosas exteriores, lejos de disminuir

su unión con Dios, servía para acrecentarla. El tercero, era acompañar a San José como a esposo de la Santísima Virgen y considerar el admirable conocimiento que tuvo de su virginidad y maternidad, seguida de su humilde sumisión para creer al ángel respecto al misterio de la Encarnación. Con este ejercicio se excitaba al amor de San José por amor a su Santísima Esposa. El cuarto era representarse las adoraciones y los homenajes de amor y de reconocimiento que San José rendía al santo Niño Jesús y pedirle que lo hiciera participar de las adoraciones y amor hacia este Divino Niño con los sentimientos del más profundo respeto y el más tierno amor de que era capaz. Quiso llevar hasta su tumba las señales de su devoción a San José; pidió que pusieran en su ataúd junto con él, una imagen de su tan querido patrono.

Se ha reconocido en numerosas ocasiones que San José no le rehusaba nada de lo que le pedía, y cuando quería hacerlo honrar por alguien, aseguraba que no había gracia que no se obtuviera por su intercesión. Así lo hizo con los padres Paúl Ragueneau y Jacques Nouet, prefectos de las clases inferiores en el Colegio de Bourges cuando él era rector. Como reconociera en ellos grandes disposiciones para la virtud, tuvo un cuidado especial por su adelanto espiritual. Acercándose la fiesta del Santo, los llamó a los dos y les prometió hacerles obtener por la intercesión de este gran Santo, todo lo que le pidieran si ellos querían exhortar a sus alumnos a que fueran sus de-

votos y a que hicieran algo extraordinario el día de su fiesta. Los dos jóvenes prefectos se comprometieron e hicieron comulgar en ese día a todos sus alumnos; luego fué cada uno a manifestar al P. rector lo que deseaba que San José le alcanzara. El P. Nouet pidió la gracia de hablar y escribir dignamente de Nuestro Señor. Al día siguiente fué a buscar al P. Lallemant para decirle que después de pensarlo mejor, deseaba otra gracia que creía más útil para su perfección, pero el Padre le respondió que ya no era tiempo de pedir otra gracia porque la primera ya le había sido concedida y que él no se había comprometido para nada más. Esta gracia se manifestó con brillo durante toda la vida del P. Nouet. Sus predicaciones y sus libros han dado pruebas, y sobre todo su gran obra sobre Nuestro Señor Jesucristo, que fué el trabajo de varios años, terminada poco antes de su muerte. En cuanto al P. Ragueneau, que contó esto a la señora Marin, religiosa benedictina de Montmartre, no quiso decir la gracia que él había hecho pedir. Parece que fué alguna gracia interior que su humildad le obligaba a ocultar, como otros tantos favores y preciosos dones que había recibido del cielo. Porque era un perfecto religioso, de un gran espíritu, de particular penetración y solidez de juicio, de un valor heroico y capaz de las más grandes empresas, de una santa simplicidad, de una admirable confianza en Dios y mucha experiencia en las cosas espirituales; un varón enteramente desprendido de todas las cosas temporales y cuya única aspiración

era el amor a Dios y el celo por la salvación de las almas. Fué uno de los primeros misioneros de la Nueva Francia y supe por los Padres José Poncet y Francisco Le Mercier, dos santos religiosos que habían sido sus compañeros en los trabajos apostólicos, que nadie había prestado tantos servicios como él a la Iglesia del Canadá, ni había merecido tanto el nombre de Apóstol. Vuelto de nuevo a Francia, para ser Procurador de su querida Misión, manifestó el gran talento que Dios le había dado para dirigir. La Providencia le enviaba innumerables almas buenas y, sobre todo, de esas que deben ser conducidas por vías extraordinarias, ocupándose en ello con una caridad inmensa, ayudándolas de palabras y por cartas. Le escribían de todas partes y sus respuestas llevaban la luz y la unión del Espíritu Santo al corazón de las que las recibían. Murió santamente en París, el tres de setiembre de 1680, a la edad de setenta y cinco años. Sería de desear que alguien se diera el trabajo de recopilar sus cartas, para publicarlas. Volvamos al P. Lallemand.

Era del número de los que creen que cuando la Encarnación del Hijo de Dios fué manifestada a los ángeles, además de los homenajes que todos los ángeles fieles rindieron al Hombre-Dios, algunos se consagraron especialmente a El y a la Santísima Madre Virgen, de la cual debía nacer; que los acompañaban ordinariamente a ambos durante su vida mortal, y que uno de sus oficios es inspirar su devoción a las almas y de socorrer de todas maneras a sus devotos. Por esta considera-

ción, honraba especialmente a estos ángeles e hizo una alianza espiritual con ellos, para honrar y amar a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre, para hacerlos conocer y amar de todo el mundo y procurar el acrecentamiento de su gloria. No decía jamás la Santa Misa sin antes pedir a los ángeles del Verbo Encarnado que lo acompañaran al altar; y cuando recitaba el Oficio, invitaba a los ángeles de la Corte de la Santísima Virgen a que se unieran a él para cantar las alabanzas de Dios.

Desde que tomó la resolución de entrar a la Compañía de Jesús, consideró a San Ignacio como su Padre, teniendo para con él los sentimientos de hijo y a él recurría con confianza en todas sus necesidades.

Poseía la piedad en toda su extensión, y este don celestial operaba en él con todo los efectos que puede producir: sumisión filial para con sus superiores, bondad paternal para con sus inferiores, caridad fraternal para con todo el mundo.

La piedad perfecciona la obediencia, haciendo ver a Dios en los superiores y que tengamos para con ellos sentimientos de hijos. El P. Lalle-mant se encontraba en esta disposición; le gustaba ajustar sus ocupaciones y su conducta por la obediencia como verdadera intérprete de la voluntad de Dios. Para poder hacerlo con mayor perfección, no pedía nada, no rehusaba nada, no se permitía la libertad de tener algún deseo o que algo le repugnara, estando siempre listo para hacer lo más costoso o lo más contrario a sus gustos,

al conocer el deseo del Superior, sin esperar sus órdenes.

Recomendaba especialmente a sus novicios la obediencia y les hacía hacer examen particular sobre esta virtud durante cinco o seis meses seguidos. *No os aburráis, hermanos míos, les decía, si os retengo tanto tiempo bajo obediencia. Si queréis haceros perfectos, estad ciertos que estáis en el camino recto y seguro de la santidad.*

Su exactitud en la observancia de las reglas provenía del mismo principio, porque ellas le señalaban minuciosamente lo que Dios quería de él; les tenía especial veneración y las observaba con ese espíritu de amor que es propio de los religiosos perfectos.

Pero el punto en que su espíritu de piedad aparecía más hondo, era en su conducta con sus iguales e inferiores; en esto se puede decir que jamás ha tenido semejanza.

La caridad tenía en él todas las cualidades que le atribuye San Pablo. No ha existido nadie más paciente, ni suave, ni humilde, ni desinteresado, más condescendiente y más servicial.

Su buen natural, sus maneras amables y atractivas, su extraordinaria modestia, su compostura interior unida a una suavidad y una santa gravedad, ese aire divino que se reflejaba en su rostro y en sus palabras, le atraían todos los corazones. Desde que se le hablaba por primera vez, se buscaba ansiosamente su conversación y su amistad.

Sabía adaptarse tan bien a las personas que la Providencia le encargaba sufrir pacientemente sus

defectos, buscar las ocasiones de servir las, de insinuarse en su espíritu, que al fin, con esta santa condescendencia y esta gran paciencia, se enseñoreaba completamente de ellas.

En cualquier circunstancia que se le buscara, por muy ocupado que estuviera, recibía siempre a todos los que llegaban a él, con rostro sonriente y corazón abierto; parecía siempre que no tenía otra cosa que hacer sino escuchar a quienes querían hablarle y jamás les manifestaba que le eran importunos.

El P. Rigoleuc observa en una de sus cartas que algunos de los padres que hicieron junto con él el segundo noviciado bajo este santo Director, al principio se encontraban un poco contrariados con su manera de ser, pero después los ganó de tal manera con su dulzura, su bondad, su humildad, que antes de tres meses no había ninguno que no estuviera absolutamente sometido a sus prescripciones y diciéndose unos a otros que no habían visto jamás un Superior semejante.

Dios permitió, no obstante, que aquellos que debían ser para con él más bondadosos, como sus Superiores, o más respetuosos y sumisos, como sus inferiores y sus discípulos, se olvidasen un poco de él y lo hicieran sufrir. Pero, muy lejos de manifestarles resentimiento o de quejarse, se gozaba y se preocupaba gustoso de prestarles servicios. Toda su venganza se reducía a desear más ardientemente su progreso espiritual; y un día le confesó confidencialmente a uno de sus amigos, que este deseo era tan ardiente en él, que

lo consumía y ya no podía soportar su exceso. En efecto, quienes lo conocieron muy a fondo, creían que el fuego del celo que lo abrasaba había contribuido a abreviar su vida tanto como el rigor de su penitencia.

Al poco tiempo de ser rector del Colegio de Bourges, un hermano, que tenía el oficio de panadero, se dirigió a él bruscamente quejándose de que tenía mucho trabajo y le pidió que pusiera orden y que mandara a otro en su lugar. El padre lo escuchó pacientemente y le prometió ayudarlo. En seguida, se va él mismo secretamente a la panadería y se pone a amasar con todo entusiasmo. El hermano, cuando el fuego de su arretrato hubo pasado, volvió a la panadería, y sorprendido, vió que el padre rector lo suplía en su oficio. Se arrojó a sus pies, pidiéndole perdón, muy confundido con su falta y encantado con la dulzura y humildad de un superior tan caritativo.

Así procedía siempre en semejantes choques, manejando de tal manera la dulzura, que con ella conseguía lo que deseaba de todos los corazones. Decía que la experiencia diaria lo convencía más y más de que el gobierno de la Compañía debe ser extremadamente suave y que los superiores deben estudiar la manera de hacerse obedecer más por amor que por temor; que el medio de mantener la regularidad no es el rigor y la penitencia, sino la bondad paternal de los superiores y su atención para subvenir a las necesidades de sus

subordinados, conservándolos y haciendo aumentar en ellos el espíritu interior y de oración.

Su gran capacidad le atraía tanto la estimación y la confianza de las almas, como su tierna caridad le ganaba su afecto. Además de las luces naturales de un gran espíritu y de un criterio recto y sólido, unía las adquiridas en un estudio profundo de la teología y por su experiencia estaba maravillosamente iluminado con las luces infusas que Dios da a sus ministros, ya sea para sí mismos, o para guiar a los demás.

Poseía la ciencia de los santos, tal como él mismo la describe en su "Explicación del Espíritu Santo". Lo que dice deja ver muy bien que él fué uno de los hombres del mundo que ha comprendido mejor la vida espiritual; hablaba divinamente y los padres que hacían su tercera probación bajo su dirección, admiraban en él ese raro talento de ciencia infusa, esa abundancia y variedad de conocimientos sobrenaturales cuya procedencia se advertía muy bien de su unión con Dios, de la cual tenían el carácter. Le faltaba el tiempo para estudiar, ocupándolo en orar y hablar a sus novicios, lo cual le impedía preparar las exhortaciones y conferencias que les hacía diariamente; no obstante eso, eran tan profundas y tan bellas que era de creer que había dedicado todo su tiempo a estudiarlas.

Los padres más ancianos y respetables de la casa estaban encantados con su conversación y no habrían querido perder un momento del recreo para no privarse del agrado de oírle hablar de

cosas espirituales. Un padre muy eminente aseguró que jamás había conversado con este santo varón sin haber obtenido un nuevo conocimiento, ya sea respecto al sentido de la Sagrada Escritura, en la cual estaba admirablemente versado, o en cualquier punto de teología o de espiritualidad.

El P. Julián Hayneuve, que ha merecido por sus escritos y sus heroicas virtudes, la estimación y veneración de todos, siendo rector del Noviciado de Rouen mientras el P. Lallemand era Director de los padres que hacían su tercera probación, quiso ser discípulo de este maestro tan perfecto, asistiendo como los novicios a todas las exhortaciones y conferencias, donde encontraba, decía, luces y unción como antes no había hallado jamás en parte alguna.

Es inconcebible la fuerza que tenían sus sermones y la impresión que hacían en las almas. Este don celestial que San Pablo llama *gracia de la palabra*, era visible en él, sea para exhortar o para intimidar, para animar o consolar. A menudo se ha observado que una sola palabra salida de su boca tranquilizaba a un alma turbada o convencía a un espíritu obstinado.

Algunos han estimado, y con mucha razón, que entre los jesuitas de Francia, el padre Luis Lallemand había sido lo que el P. Alvarez entre los de España. Es muy cierto que unía eminentemente, como este ilustre director de Santa Teresa, el conocimiento y la práctica de la teología mística, y que tuvo como él, por discípulos, a los hombres más espirituales e interiores que la

Compañía ha tenido entre nosotros. Se ha observado que todos los que habían hecho su primero o segundo noviciado bajo su dirección, se han distinguido generalmente entre los demás por una conducta religiosa que respondía a las excelentes lecciones que habían aprendido de él y sobre todo por su amor al recogimiento y a la vida interior.

El mismo reconocía que Dios le había dado un talento especial para dirigir a los miembros de la Compañía y que le hacía conocer los designios que tenía sobre ellos, los impedimentos que tenían y el camino por donde él debía hacerlos ir hacia la perfección. Aseguraba que la santidad a que son llamados excede a todo lo imaginable y que quien viera las gracias que Dios ha preparado para cada uno de ellos, creería que eran destinadas para un San Ignacio o para un San Francisco Javier.

Tenía una luz, habitual, de discernimiento y de consejo constante, que le hacía distinguir en todo, lo que más convenía y era mejor en cualquier momento y lugar; en cada circunstancia lo más adecuado para el fin que se persigue, y lo más agradable a Dios. Siguiendo esta luz, siete u ocho años antes de su muerte hizo ese voto tan generoso y elevado, tan por encima de la debilidad humana, de hacer siempre y en todo lo que juzgara más perfecto. Aunque siempre procedía con tanta prudencia, eligiendo lo que estimaba mejor, no rechazaba lo menos bueno, toda vez que fuese efectivamente bueno.

Decía que lo que debemos imitar en los santos no es lo que aparece más sobresaliente en los extraordinarios ejemplos de sus virtudes sino su fidelidad constante en corresponder a la gracia en todo, aun en las cosas más insignificantes; que si somos bastante intrépidos, nos haremos semejantes a ellos en méritos, aunque no hagamos, ni suframos, lo que ellos hicieron y sufrieron. Su manera de dirigir era absolutamente sobrenatural. El espíritu de política no tenía cabida en él, compadecía a las comunidades cuyos superiores se dejaban llevar por este espíritu que es, decía, la ruina de la obediencia y de la confianza que los subordinados deben tener con aquellos que representan a Jesucristo para llevarlos a Dios.

Jamás precipitaba nada ni tomaba resoluciones sin antes consultar al Espíritu Santo, estimando que un celo apresurado que previene los movimientos de la gracia y un fervor hirviente que no tiene bastante atención para con la luz interior, es uno de los defectos que más impiden la operación de Dios en las almas y el fruto de los obreros del Evangelio en las funciones y trabajos de su ministerio. Jamás en su vida se observó en él una falta contra la prudencia.

Las mayores luces de las almas vienen por los dones de inteligencia y sabiduría. El Espíritu Santo se las comunicó plenamente al P. Lallemand, como lo ha hecho con los más grandes maestros de la vida espiritual, y difícilmente se encontrará quien haya profundizado más que él la inteli-

gencia de nuestros misterios y especialmente el del Hombre-Dios. Podía decir como San Pablo que había recibido la gracia de hacer conocer al mundo las riquezas incomprensibles de Cristo.

No se detenía como se hace ordinariamente en lo exterior y como en el cuerpo del Misterio del Verbo Encarnado y de las acciones de los santos. El don de inteligencia le hacía penetrar el espíritu y le manifestaba las admirables disposiciones del interior de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos. A esto se dedicaba con más intensidad. La alta idea que tenía de la Santísima Virgen estaba fundada en el conocimiento de sus incomparables perfecciones y en las maravillas que se han operado en ella, desde el momento de su Inmaculada Concepción y durante el curso de su vida, pero principalmente cuando fué elevada a la Maternidad Divina en el Misterio de la Anunciación. Estimaba que había sido librada, no solamente del pecado original, sino aun de las obligaciones contraídas por él.

Entre todos los santos tuvo predilección especial y conocimientos más extenso y más claro por San José y San Ignacio. Parecía que este último le había dado su espíritu y le había obtenido de Dios el poder de comunicárselo a sus hijos. Decía que lo que aparecía a los ojos del mundo como las virtudes y gracias de este gran santo y lo que los autores de su vida han observado, no son nada al lado de la perfección interior, que permanece oculta en el fondo de su alma.

Tenía una gracia especial para explicar las Santas Escrituras y para penetrar sus diversos sentidos. Las leía constantemente y hacía de ellas casi todo su estudio. Pero más por la vía de la oración que por la lectura de los intérpretes. La oración era su auxilio en las dificultades que encontraba cuando leía la palabra de Dios; a veces pedía a Nuestro Señor, durante un año entero, el comprender un pasaje de la Escritura.

El don de inteligencia no se limita a las cosas divinas, aunque ellas sean el primero y principal objeto. Se extiende también a las acciones humanas y a las cosas de la tierra, para conocer los designios de Dios y la relación u oposición que tienen con su gloria. Pero únicamente las almas puras, desprendidas de todo interés propio, recogidas en sí mismas e íntimamente unidas a Dios, pueden tener esa penetración. Como él no tenía en vista más que a Dios, no buscaba más que a Dios en todas las cosas; la presencia de Dios y la pureza de sus intenciones le servían de antorcha para penetrar a través de los artificios y disfraces del espíritu humano, para aclarar entre los negocios y las intrigas de los hombres los designios y los intereses de Dios, junto con los suyos, y reconocer en cada cosa lo que hay de Dios y lo que hay de las creaturas.

Decía que los que vigilan bien sobre sí mismos, para observar y reglar todos los movimientos del propio, tienen grandes disposiciones para adquirir el conocimiento del secreto de los corazones, sea porque Dios se complace en recompensar

con este favor el estudio que hacen de su interior, sea que la experiencia que recogen de lo que sienten en ellos mismos, les enseña a juzgar lo que les pasa a los demás.

Siguiendo este principio no es de extrañar que penetrara, como lo hacía, el fondo de los corazones y descubriera los pensamientos más secretos que se le querían ocultar.

Uno de los nuestros declaró que una vez que se confesó con él, el santo varón le previno de un pecado secreto que le faltaba confesar y que otra vez le manifestó los pensamientos que vagaban en su espíritu y le declaró todas las particularidades de una tentación que le había asaltado.

Otro fué a verlo para descubrirle una llaga secreta de su alma; pero al entrar en su pieza, vencido por la vergüenza, cambió de parecer y se puso a hablar de muchas otras cosas; entonces el padre conoció el mal que le ocultaba, le respondió tan claramente sobre el tema que no se había atrevido a tratar, como si le hubiera abierto enteramente su corazón.

Un día, viendo venir a lo lejos a un joven religioso, que por no sé qué consideraciones humanas temía presentarse ante él y buscaba diversos pretextos para evitar su encuentro, lo llamó y le dijo todo lo que pasaba en su alma como si lo estuviera viendo con sus ojos. Este, muy sorprendido de que el padre hubiera penetrado su pensamiento, le confesó francamente su debilidad y luego volvió a su primitiva confianza.

De esta manera el padre Lallemand preservó a varios de sus hijos espirituales de la desgracia en que estaban próximos a caer; afianzó a otros que vacilaban en su vocación y encendió el fervor en otros, que comenzaban a relajarse.

El don de sabiduría perfecciona al de inteligencia dándole una unción y un sabor sin los cuales los conocimientos de ésta serían secos e insípidos.

Por la sabiduría recibía el P. Lallemand las luces de la inteligencia. Experimentaba el efecto de la promesa de Nuestro Señor a sus discípulos. La unción del Espíritu Santo le servía de maestro y las visiones celestiales, las dulzuras, las consolaciones divinas, de las que a menudo era favorecido en la oración y en el altar, le hacían evidentes las verdades obscuras de la fe, le descubrían el sentido de la Escritura y le explicaban lo que nuestros misterios tienen de más oculto.

Una noche lo despertó Nuestro Señor y le dijo que era la hora en que se había realizado el misterio de la Encarnación, que se dispusiera para recibir una pequeña participación de la gracia que le fué concedida a la Santísima Virgen en este gran misterio. Se levantó y se puso a orar; en el fervor de su oración, se sintió como interiormente investido y penetrado del Hombre-Dios por una unión tan íntima que purificó su alma y su cuerpo de una manera inexplicable. Al mismo tiempo se le apareció la Santísima Virgen, quien, llamándolo su hijo, le aseguró que lo amaba tiernamente y lo exhortó a ser singularmente

devoto de la Santa Humanidad de su Hijo, que es, dijo Ella, olvidado por casi todo el mundo. El tomó la libertad de pedirle dos gracias: la primera, la de acordarse siempre de ella, porque tenía el sentimiento de que algunas veces pasaba mucho tiempo sin pensar en ella; la segunda, la de no separarse jamás de esta adorable Humanidad, a la cual había consagrado su corazón. La Santísima Virgen le prometió estas dos gracias y, en efecto, desde entonces gozó siempre igualmente de la presencia del Hijo y de la Madre.

Algún tiempo después tuvo una fuerte tentación de desconfianza y duda de su salvación, la que rechazó con el recuerdo de la seguridad que le había dado la Madre de Dios, de que no sería jamás separado de la Santa Humanidad de su Hijo. Pero luego, reflexionando sobre el apoyo que encontraba en esta seguridad, temió que hubiera en esto algo de presunción. En tal inquietud, la Santísima Virgen se le hizo presente y disipó su temor, advirtiéndole que su confianza no era presunción, puesto que no la apoyaba en sí mismo, sino sobre la gracia que le había sido prometida; que estas especies de promesas son siempre condicionales y suponen que, aquellos a quienes se les hacen, no faltarán jamás a su fidelidad; que si incurría en falta, bien podría perderse no obstante la gracia que había obtenido.

Nuestro Señor le dió durante su tercer año de noviciado un segundo ángel de orden superior para servirle de guía y conductor en las vías espirituales.

Uno de estos ángeles o algún santo, lo despertaba algunas veces en la noche y lo invitaba a orar; pero muy a menudo era el mismo Nuestro Señor o aún el mismo San Ignacio quien le hacía este favor.

San Ignacio lo mejoró milagrosamente de una enfermedad que tuvo siendo estudiante de filosofía; y durante su segundo noviciado le obtuvo de Dios que le librara enteramente de un dolor de cabeza constante que lo atormentó nueve años durante sus estudios.

Un día tuvo una tentación importuna y molesta y se puso en oración; entonces se le apareció Santa Teresa, quien arrojó violentamente al enemigo y le devolvió la paz del alma. La misma tentación volvió después; como era su costumbre, recurrió a la oración y vio a San Ignacio y a Santa Teresa complaciéndose en ver como huía el demonio y lo libraron para siempre de esta clase de tentaciones.

Un día oraba en la iglesia del Noviciado de Rouen y fué visitado por San José, quien le concedió gracias extraordinarias. Además recibió otras numerosas visitas del cielo, que lo instruían en sus dudas, lo consolaban en sus penas, lo fortificaban en sus trabajos y lo animaban en las empresas que Dios le inspiraba para su mayor gloria.

Se ha sabido que tuvo numerosas revelaciones del estado de las almas del Purgatorio. Veía sus sufrimientos; conocía sus causas y a menudo tuvo el consuelo de ver la pompa de su entrada

triunfante en el cielo; que algún santo, por ejemplo San Ignacio, las presentaba a Nuestro Señor; la manera cómo Jesucristo las recibía, la acogida que los ángeles y santos les hacían; cómo sus ángeles guardianes las acompañaban hasta el trono de gloria, donde el Salvador las situaba.

Sus oraciones, sus lecturas y sus estudios eran generalmente sazonados con los consuelos y dulzuras de la gracia, y la unción del Espíritu Santo se exhalaba de sus labios y se hacía sentir en sus palabras.

Se comprende muy bien con qué perfección practicaría lo que tanto recomendaba a los demás: que se entregaran enteramente al Espíritu Santo. Así se había entregado él mismo desde su infancia, y todo el curso de su vida fué una perpetua dependencia de la dirección de este Divino Espíritu, que, habiéndolo colmado de sus dones, lo había hecho admirablemente dócil a todos sus movimientos.

El Espíritu Santo fué su maestro en la teología mística. No la aprendió en absoluto de los hombres, y aunque tuvo por directores a religiosos de gran virtud y capacidad, no encontró en ellos el ascendiente que los padres Surin y Rigoleuc encontraron en él para llegar a ser lo que fueron. El Espíritu Santo fué su guía en estas sublimes vías de la vida interior, donde hizo tan maravillosos progresos. La ley interior que el Espíritu Santo había grabado en su corazón, era su principal regla. La seguía en todo y no procedía más que por ella. Todo su proceder era sobrenatural.

Sus sentimientos, sus palabras, sus acciones, parecían venir de un fondo plenamente poseído de Dios. No se advertían defectos en él; lo interior y lo externo estaban en perfecta concordancia. Su vida interior estaba completamente oculta en Dios con Jesucristo y el espíritu de Jesucristo se reproducía sensiblemente en su vida interior, como en un espejo; de tal suerte que no se le podía ver sin sentirse movido a devoción y llevado al recogimiento.

Se le tuvo unánimemente por uno de los jesuitas más perfectos de su tiempo, animado del verdadero espíritu de San Ignacio y muy semejante a este santo patriarca. Los Superiores de las Ordenes Religiosas y sobre todo los carmelitas y las religiosas de la Visitación, como todas las personas espirituales de los lugares donde vivió, tenían gran intimidad con él, consultándole como a oráculo del Espíritu Santo, tanto para su propia dirección como para las almas que les estaban confiadas.

Todos sus discípulos tenían una tan alta idea de su virtud, que no he conocido ninguno que en toda ocasión no hablara de él con gran admiración. Pero sobre todos, los padres Juan José Surín y Juan Rigoleuc tuvieron para él toda la estimación y veneración que se tiene por los santos, y sus escritos demuestran que habían impreso perfectamente en su espíritu y en su corazón la doctrina y la santidad de su maestro.

Su reputación llegó hasta los países extranjeros y el cielo hizo conocer milagrosamente sus méri-

tos a la Madre Luisa de la Ascensión, religiosa clarisa, que vivía entonces en Carrión, España, llenando el mundo entero con la fama de las maravillas que la gracia operaba en ella. Este santo varón le fué dado a conocer en el grado de perfección a que había sido elevado. Ella deseaba tener con él una santa amistad, y como tuviera ocasión de ver a ciertas personas que iban a Rouen, les pidió saludaran en su nombre al P. Luis Lallemand, de la Compañía de Jesús, y la recomendaran a sus oraciones.

Habría deseado que Dios le concediera una vida tan larga como los intereses de su gloria lo exigieran. Pero los designios de Dios son impenetrables. Viendo los Superiores que el trabajo excesivo de su cargo en el Noviciado de Rouen, estaban acabando de arruinar su salud, lo retiraron y lo nombraron prefecto de Estudios Superiores en el Colegio de Bourges y después rector del mismo Colegio. Pero durante todo este tiempo no hizo más que languidecer y desear la muerte, mirándola como el paso de este estado de corrupción, en el que la ley del pecado reina en nosotros, a pesar nuestro, al feliz estado de santa libertad, en el que la clara visión de Dios hace impecables a los que la gozan por toda la eternidad. Sintiendo que se acercaba la muerte, tomó en una mano el crucifijo y en la otra una imagen de la Santísima Virgen, fijando los ojos tanto en uno como en otro y hablándoles amorosamente y mirándolos alternativamente con señaladas muestras de confianza y ternura, que hacían de-

rramar lágrimas a los circunstantes. Con estos piadosos sentimientos rindió dulcemente su alma a su Creador el cinco de abril, día de la santa Cena, del año 1635, alrededor de los cuarenta y siete años de edad, de los cuales había pasado veintinueve años en la Compañía.

La noticia de su muerte, al extenderse por la ciudad, aumentó los sentimientos de estimación y respeto que se tenía por él. Se hablaba de él como de un santo y todo el mundo acudía al Colegio para honrar su cuerpo. Unos le tocaban sus rosarios; otros le cortaban los cabellos o un pedazo de sotana; todos se apresuraban para tener reliquias suyas y deseaban besarle los pies o las manos, la mayoría con una devoción tan tierna, que no podían contener las lágrimas.

Un padre Agustino, que predicaba la Cuaresma en la Catedral, después del sermón de la Pasión de Nuestro Señor el Viernes Santo, hizo un pequeño elogio del difunto, exhortando a sus oyentes para que asistieran a su entierro, que tendría lugar esa tarde, no tanto, decía, para orar por él, como para pedirle su protección para los suyos, en la esperanza de tener en él un patrono en el cielo y toda la ciudad un protector y poderoso medianero ante Dios. En efecto, no solamente el pueblo, sino el clero, los religiosos, las personas más honorables por su nacimiento, o por los cargos que ocupaban, asistieron a sus funerales y manifestaron la opinión que tenían de su santidad y su poder ante Dios.

Ha habido diversas revelaciones de su gloria y muchos han creído recibir por su intercesión, gracias especialísimas.

Era de elevada estatura y porte majestuoso; frente ancha y serena, barba y cabellos castaños, la cabeza calva, el rostro ovalado y bien proporcionado, la tez un poco curtida y las mejillas ordinariamente inflamadas con el fuego celestial que ardía en su corazón: los ojos, que despedían una dulzura encantadora, denotaban la solidez de su juicio y la perfecta igualdad de su espíritu. Oí decir a los que lo conocieron, que eran los más autorizados para juzgarlo, que no puede haber una persona mejor conformada, más fina en sus movimientos y de un exterior más devoto y recogido, de manera que el verlo le atraía la estimación y el afecto de todo el mundo.

El más fiel retrato que se puede hacer de las disposiciones interiores de su alma es recopilar su doctrina y sus máximas espirituales, que ahora publico, tal como lo hizo el P. Rigoleuc; es un obsequio que ofrezco a las almas que aspiran al recogimiento interior y especialmente a los religiosos de la Compañía de Jesús, quienes encontrarán en ella toda la perfección propia de su estado.

DOCTRINA ESPIRITUAL

DEL P. LUIS LALLEMANT

DE LA

COMPañIA DE JESUS

Todo lo que el P. Rigoleuc recopiló de las Instrucciones de su Director el P. Lallemant, respecto a la vida espiritual, se puede reducir a siete principios; a saber: la consideración del último fin; la idea de la perfección; la pureza del corazón; la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo; el recogimiento y la vida interior; la unión con Nuestro Señor y el orden o los grados de la vida espiritual.

PRIMER PRINCIPIO

CONSIDERACION DEL ULTIMO
FIN

CAPITULO PRIMERO

Que únicamente Dios puede hacernos felices

§ I

Tenemos en el corazón un vacío que todas las creaturas no podrían llenar. Únicamente Dios puede satisfacerlo porque es nuestro principio y nuestro fin. La posesión de Dios llena este vacío y nos hace felices. La privación de Dios nos deja con ese vacío y nos hace desgraciados.

Antes que Dios llene este vacío, nos coloca en la vía de la Fe, a condición de que si lo consideramos siempre como a nuestro último fin, usando de las creaturas con moderación, y si dirigimos a su servicio el uso que de ellas hagamos, contribuyendo fielmente a la gloria que El quiere sacar de todos los seres creados, se entregará a nosotros para llenar este vacío y hacernos felices. Pero si faltamos a esta fidelidad, nos dejará en este vacío, que al no ser satisfecho, será nuestra gran miseria.

§ II

Las creaturas quieren ocupar el lugar de nuestro último fin y nosotros mismos los primeros deseamos ser nuestro último fin. Una creatura

nos dice: *Ven a mí, yo te satisfaceré*. Le creemos y nos engaña. Luego otra, después otra, nos habla el mismo lenguaje y nos engaña de la misma manera, mientras nos dure la vida. Las creaturas nos llaman por todos lados y nos prometen satisfacernos, pero todas sus promesas no son más que mentiras; no obstante ello, estamos siempre listos para dejarnos engañar. Es como si el lecho del mar estuviera vacío y alguien tomase agua con la mano pretendiendo llenarlo. Así nosotros no estamos jamás contentos; porque las creaturas, cuando nos acercamos a ellas, nos alejan de Dios y nos arrojan al lugar de las penas, de la turbación y de la miseria, que son las cualidades inseparables de la creatura, así como la alegría, la paz y la felicidad, son inseparables de Dios.

§ III

Nos parecemos a esas personas desganadas que prueban un manjar, luego lo dejan, inmediatamente toman otro, el que dejan igualmente, no tomándole el gusto a nada. Nos arrojamos sobre toda suerte de objetos, sin poder saciarnos con nada. Dios sólo es el soberano bien, que nos puede hacer felices; engañándonos cuando decimos: *Si yo estuviera en tal lugar, si tuviera tal empleo, estaría contento. Fulano es feliz, tiene lo que desea*. Vanidad. Si fueras Papa no estarías contento. Busquemos a Dios, busquemos únicamente a Dios, que sólo El es quien puede satisfacer todos nuestros deseos.

§ IV

Antiguamente el demonio tomaba la máscara de Dios, presentándose a los paganos en los ídolos como el autor y el fin de todo lo que existe en el mundo. Las creaturas hacen lo mismo. Toman la máscara de Dios, haciéndonos creer que nos han de satisfacer colmando todos nuestros deseos; pero todo cuanto pueden darnos sirve sólo para aumentar nuestro vacío. Ahora no lo sentimos, pero en la otra vida lo sentiremos, cuando el alma separada de su cuerpo tenga un deseo casi infinito de verse llena de Dios y cuando este deseo frustrado en su expectativa nos haga sufrir una pena como infinita.

§ V

A la hora de la muerte reconoceremos cuán desgraciadamente nos dejamos engañar y encantar por las creaturas. Nos sorprenderemos que por cosas tan pequeñas y tan bajas hayamos querido perder otras tan grandes y preciosas, y el castigo de esta locura será estar privado por un tiempo de la vista de Dios, sin lo cual nada puede contentar al alma. El deseo que tiene el alma de verlo y poseerlo es inconcebible, tanto como la pena que este deseo le causa, cuando no es satisfecho.

Por esto debemos resolvernó a renunciar generosamente a todos los designios que podamos te-

ner sobre nosotros mismos, a todas las miras humanas, a todos los deseos, a todas las cosas que puedan satisfacer el amor propio y en general a todo cuanto nos resulte un obstáculo para aumentar la gloria de Dios. Esto es lo que se llama en términos de la Escritura: *marchar delante del Señor, tener el alma recta, caminar en la verdad, buscar a Dios de todo corazón*. Sin esto no estaremos jamás contentos.

§ VI

¿Para qué apegarnos a las criaturas como lo hacemos? Son tan limitadas y tan vacías de bienes verdaderos, que todos los agrados y satisfacciones que nos ofrecen, no son más que una felicidad vana e imaginaria, que nos deja ansiosos en lugar de satisfacernos, porque siendo infinitos nuestros anhelos de felicidad no pueden ser saciados más que con la posesión del Soberano Bien. A esto añadamos la poca duración de las criaturas, que nos dejan muy luego o que nosotros mismos somos apremiados para que las dejemos.

En cuanto a los hombres especialmente, ¿no sabemos, acaso, que no se aman más que a sí mismos y que no buscan en todo más que su propio interés? Lo poco de bueno, de reputación o autoridad que tienen, lo aprovechan para ellos mismos, y aun cuando tuvieran todos los bienes en

abundancia, no los usarían de otra manera. Todo lo que no hacen únicamente por Dios, lo hacen por amor propio; y en todo lo que hacen por los demás no se pierden jamás de vista a sí mismos. No nos son propicios o amigos fieles sino cuando en esto encuentran su conveniencia. ¿Qué confianza podemos tener, pues, en los favores y amistad de los hombres?

CAPITULO II

Que nuestra felicidad depende de nuestra perfecta sumisión a Dios que debe reinar solo en nuestro corazón

§ I

Nuestra verdadera grandeza consiste en nuestra sumisión a Dios. Dependemos de Dios por tres motivos. Primero: no podemos tener el ser sino de El. Segundo: no podemos tener los medios de llegar a El, sino por El. Tercero: no podemos poseer nuestro fin y soberano bien, sino por El. Por lo que los antiguos filósofos se engañaban buscando su felicidad en ellos mismos y en las cosas humanas.

§ II

Dios únicamente tiene el derecho de soberanía sobre los corazones. Ni los imperios seculares, ni la Iglesia misma extienden su poder hasta allá. Nada de lo que allí ocurre depende de ellos. Dios es allí el único Rey. Ese es propiamente su reino. Es ahí donde establece el trono de su gracia. En ese reino interior consiste su gloria. Nuestra perfección y nuestra felicidad consisten en la sumi-

sión de nuestro corazón a este imperio de Dios. Mientras más sumiso le sea nuestro corazón, seremos más perfectos y felices.

§ III

Dios se dedica más al gobierno sobrenatural de un corazón en que reina, que al gobierno natural de todo el universo y al gobierno civil de todos los imperios. Dios no aprecia más que el corazón; con tal que él esté sujeto a su autoridad, con tal que El le posea, está contento.

Además únicamente Dios puede satisfacer nuestro corazón. El corazón tiene un vacío que sólo Dios puede llenar.

§ IV

Las delicias de Dios son conversar con los corazones. Este es el lugar de su descanso y recíprocamente Dios sólo es el centro de todos los corazones, quienes no deben reposar sino en Dios y no tener movimiento más que para Dios.

¡Dichosa la vida interior que hace vivir únicamente a Dios en los corazones, los cuales viven solamente para Dios y no gustan más que de Dios! ¡Dichosa la vida del corazón donde reina Dios y que El posee plenamente! Vida separada del mundo y oculta en Dios; vida de amor y de santa libertad; vida que hace que el corazón encuentre en el reino de Dios su gozo, su paz y

los verdaderos placeres, la gloria, la sólida grandeza, los bienes y riquezas que el mundo no puede dar ni quitar.

§ V

Creemos que entregándose al recogimiento y a la vida interior se lleva una vida triste y miserable. Y es todo lo contrario. La bienaventuranza aun de la tierra, consiste en la posesión de Dios; mientras más renunciamos a nosotros mismos, para unirnos a Dios, somos menos miserables y mucho más felices. Pero el demonio se vale de nuestra ignorancia y debilidad para arrojarnos en errores y debilidades perpetuas, de donde hay que salir, para hacernos capaces de la soberana felicidad de esta vida, que consiste en ver a Dios, gozando del don de su santa presencia, sin la cual los más altos serafines serían desgraciados. Un alma que, contemplando a Dios, sin cesar, estuviera siempre pronta a ejecutar su Voluntad, sería feliz.

SEGUNDO PRINCIPIO

LA IDEA DE LA PERFECCION

La perfección puede considerarse en general o en particular, conforme es peculiar a la Compañía de Jesús

SECCION Iª

De la perfección en general

CAPITULO I

LOS PRIMEROS ACTOS DE UN ALMA QUE ASPIRA A LA PERFECCION

ARTICULO I

*Cómo debemos buscar a Dios en todas las cosas y
no buscar más que a El solo*

§ I

Para buscar realmente a Dios, debemos representárnoslo primeramente como el principio de la naturaleza y de la gracia; en seguida, como el conservador de todos los seres; en tercer lugar, como el soberano dueño que todo lo gobierna y dispone con su Divina Providencia, por lo que debemos mirar todos los acontecimientos, hasta los más insignificantes, como la Voluntad de Dios y su divino beneplácito.

Buscar a Dios es no querer ni desear nada más que lo que El quiere y ordena, por su divina Providencia. Debemos considerar en Dios como dos

actos, en relación a nosotros. Uno, por el cual nos quiere hacer tales y cuales gracias, para conducirnos a tal grado de gloria, si le somos fieles. El otro por el cual no quiere hacernos más gracias, ni elevarnos a mayor grado de gloria. Pocas personas tienen bastante ánimo y fidelidad para cumplir los designios de Dios, y para llegar, por medio de su cooperación, al grado de gracia y de gloria que Dios desea. Debemos tener tanta estimación, amor y sumisión a la Voluntad de Dios, a sus juicios y a las disposiciones de su Providencia, que no deseemos ni más gracia ni más gloria que la que El quiera darnos, aunque esté en nuestra mano el tener toda la que queramos. Es menester que nos mantengamos en estos límites, por el respeto infinito que debemos tener a las disposiciones de la Divina Providencia.

§ II

Otra manera excelente de buscar a Dios, es la de no tener otro fin en todas las cosas, sino la gloria de Dios.

Esta máxima, en relación al estudio de las letras, nos enseña a no querer saber más que lo que tiende al mayor servicio de Dios. El demonio es incomparablemente más sabio que nosotros, pero nosotros lo sobrepasamos en que podemos referir nuestra ciencia a la mayor gloria de Dios, lo cual el demonio no puede hacer.

La misma máxima puede aplicarse a todas nuestras actividades y generalmente a todas las

cosas. En lo que debemos estar de tal manera despojados de nosotros, de nuestros intereses, de nuestros gustos, de nuestras inclinaciones e intenciones particulares, que estemos dispuestos a renunciar a todo por el servicio de Dios y de lo que nos puede ayudar a buscar y encontrar a Dios: porque no hay nada deseable por sí mismo más que Dios; lo demás se puede desear en cuanto tenga relación con Dios. De modo que, buscar lo que no nos conduce a Dios, emplearnos y gozarnos en ello, es un error y una ilusión.

Cuando abandonamos estas reglas y preferimos lo que nos es más agradable a lo que reporta más gloria a Dios, es como si un rey vendiera su reino por un vaso de agua; la locura más grande del mundo, porque todo es vanidad y mentira fuera de los intereses de Dios. De lo que se sigue que todos los días tenemos unas pérdidas enormes: porque perdemos tanta gloria para nosotros, cuanta deberíamos haber procurado a Dios, si pudiéramos hacerlo.

Porque proceder en todo para la mayor gloria de Dios, es el fin más grande y noble a que se puede aspirar. Todo lo que Dios mismo pueda dar a los más altos serafines, sin esto, es menos que nada; es imposible que Dios eleve a una creatura a un fin más sublime que éste, aunque esta creatura fuese mil veces más perfecta que el más alto Serafín.

Busquemos, pues, a Dios en todas las cosas y hagamos armas de todo para su mayor gloria; de la prosperidad y de la adversidad; de los con-

suelos y de las sequedades; aun de nuestros pecados e imperfecciones. Todo sirve a los que saben buscar a Dios y encontrarlo en todo lo que les sucede.

§ III

Hay otra manera de buscar a Dios, la cual es difícil de comprender si no se la practica. Es la de buscar no solamente su voluntad y su gloria, no únicamente sus dones y sus gracias, sus consuelos y el gusto de la devoción, sino buscarlo a El mismo, descansar en El sólo y no gustar más que de El. Al contrario, si uno se apega a sus gracias y dulzuras sensibles, se expone a grandes peligros y no llegará jamás al fin que se pretende. Pero cuando se busca a Dios únicamente, se está muy por encima de todas las cosas creadas y no se consideran las coronas, las grandezas de la tierra, mil mundos y todo lo que no es Dios, sino como una nada.

Nuestro mayor cuidado y nuestro continuo estudio debe ser buscar a Dios de esta manera y hasta que lo hayamos encontrado, no debemos salir fuera para el servicio del prójimo, más que para probar. Hay que ser como los perros de caza, que se tienen aún a media cuerda. Cuando lleguemos a poseer a Dios, podremos dar mayor soltura a nuestro celo y entonces haremos mucho más en un día que cuanto hacíamos antes en diez años.

§ IV

Cuando un alma ya no tiene afecto más que para Dios y no busca más que a Dios, cuando está unida a El y no gusta más que de El, cuando no encuentra descanso sino en Dios, nada puede hacerla sufrir. Por eso los santos, siendo perseguidos por los hombres y azotados por los demonios, se reían de todo esto. Exteriormente sentían los golpes, pero el interior estaba en paz.

Hasta que lleguemos a este estado, seremos miserables. Un cuerpo, aunque esté adornado de miles de pedrerías, si no tiene alma se corromperá y no será más que un cadáver, lleno de infección. De la misma manera, si un alma tiene todas las cualidades que se puedan desear, si no tiene a Dios, todo lo que tiene no puede impedirle ser desgraciada.

Cuando las creaturas nos presentan sus atractivos para tentarnos, el mejor medio de asegurarnos contra sus sorpresas es retirarnos en Dios y unirnos a El con piadosos y santos pensamientos, en vez de detenernos a discutir y combatir las seducciones de la tentación: lo cual es muy molesto y peligrosísimo. La misma conducta se debe observar en las primeras impresiones de las penas, los contratiempos y las adversidades.

Nuestro intento debe ser buscar a Dios y nuestro único anhelo llenarnos de El, a lo que llegaremos después de haber purgado nuestros pecados; mientras tanto debemos tender a eso y ser-

virnos para este efecto de todas las creaturas como de medios, sin apegar a ellas nuestro corazón.

§ V

Es para nosotros una gran desgracia poder encontrar satisfacciones en las creaturas, para las cuales no deberíamos tener más que desprecio y repulsión. Damos gran importancia a un puesto brillante o cómodo, nos esforzamos por alcanzarlo y cuando lo hemos logrado nos consideramos felices. Una pequeñez es capaz de contentarnos, como si Dios no fuera nuestra felicidad.

No debemos fijar nuestra vista, ni apegar nuestro corazón, ni siquiera a los dones sobrenaturales de Dios. Es a El únicamente a quien debemos buscar y en El sólo descansar. Fuera de El, todo es nada. *Dios es mi herencia por toda la eternidad. Nuestro Padre Director, agrega el P. Rigoleuc, nada nos recomienda tanto como buscar a Dios únicamente en todas las cosas, sin detenernos en nada fuera de El, ni aun en sus dones.*

ARTICULO II

Que hay que entregarse enteramente a Dios

§ I

Es una gran ventaja para la perfección servir a Dios con un alma generosa y un corazón desprendido. Si se compara la vida de una persona

tibia con la de una fervorosa, si se cuentan sus buenos y sus malos días, se verá que el primero habrá tenido muchas más malas horas que el segundo.

§ II

Considerad a dos religiosos: uno que desde el comienzo se entregó completamente a Dios, proponiéndose no omitir nada para obtener su perfección; y el otro que marcha con pasitos cortos y que no tiene valor más que para elevarse sobre la mitad de las dificultades. Comparad la vida de uno y otro; digo la vida entera y no únicamente una parte de ella, encontraréis que el tibio habrá tenido que sufrir mucho más que el fervoroso. *No hay más que aflicción y desgracia en sus caminos*, dice el Rey Profeta, hablando de los pusilánimes, que no se entregan generosamente a Dios. *No conocen el camino de la paz*.

Esta palabra *caminos* significa la disposición interior del que, resistiendo a Dios, no tiene en su interior más que penas e inquietudes de conciencia. Están alegres superficialmente y en apariencia y no en el fondo de sus almas, donde los fervorosos encuentran la paz, que, según el hebreo, significa la abundancia de todo bien. Por lo demás, es una cobarde infidelidad contentarse con un poco de perfección, cuando somos llamados a un estado en que todo lo podemos esperar de Dios si correspondemos fielmente a la gracia de nuestra vocación.

§ III

Pasamos los años y aun la vida entera pensando si nos entregaremos completamente a Dios o no. No podemos resolvernos a hacer el sacrificio completo. Nos reservamos muchas afecciones, proyectos, deseos, esperanzas, pretensiones, de las cuales no queremos despojarnos, para colocarnos en la perfecta desnudez de espíritu, que nos dispone a ser plenamente poseídos de Dios. Son otros tantos lazos, con los cuales el enemigo nos tiene atados, para impedirnos avanzar en la perfección. Reconoceremos el engaño a la hora de la muerte y sólo entonces comprenderemos que nos hemos dejado entretener con bagatelas, como niños.

Luchamos contra Dios durante años enteros, resistiendo a su gracia, que nos acosa interiormente para que dejemos una parte de nuestras miserias, abandonando los vanos entretenimientos que nos sujetan y que nos entreguemos a El sin reservas, ni demoras. Abrumados por nuestro amor propio, cegados por nuestra ignorancia, retenidos por falsos temores, no nos atrevemos a franquear el paso y por el temor de ser miserables permanecemos siéndolo siempre, en vez de darnos plenamente a Dios, que no quiere poseernos más que para librarnos de nuestras miserias.

Es necesario, pues, que renunciemos de una vez, a todos nuestros intereses y satisfacciones, a nuestros proyectos y a nuestra voluntad, para no

dependen en adelante más que de la voluntad de Dios y abandonarnos completamente en sus manos.

ARTICULO III

Cuánto la doblez y falta de sencillez nos aparten de Dios.

§ I

El Espíritu Santo, *que es el maestro de la Sabiduría, huye la ficción.* Jamás avanzaremos si no caminamos con sinceridad delante de Dios y de los hombres. Los hombres están infinitamente llenos de mentiras. Nos engañamos continuamente a nosotros mismos y a los demás. Es ésta la falta que menos nos gusta reconocer. No debiéramos jamás usar de excusas ni paliativos. La duplicidad y los artificios del amor propio nos alejan extremadamente de Dios.

§II

Un alma noble, que se sirve de política y artimañas para engañar al prójimo, no forma casi ningún propósito en su espíritu, que no sea pecaminoso, tendiendo sus miras por lo general a engañar al prójimo. Tal conducta es una continua mentira, y sin cesar opuesta a Dios, parece negar implícitamente la providencia de Dios sobre los corazones.

§ III

No debemos usar jamás sutilidades y política, en el trato con los superiores, respecto de los empleos ni de cualquier otra cosa u ocasión que se ofrezca. Todo ello es la prudencia de la carne, reprobada por Nuestro Señor. La prudencia de la carne es la muerte. La sabiduría del espíritu es la vida y la paz.

CAPITULO II

PRINCIPALES MEDIOS DE PERFECCION

ARTICULO I

Que los Sacramentos son los principales medios para adquirir la perfección

§ I

Los principales ejercicios de la perfección son los Sacramentos, cuando se lleva a ellos la preparación debida; no obstante, ¡cosa extraña!, es lo que parece descuidáramos más.

Los Sacramentos dan las gracias que deben producir en nosotros, los efectos que les son propios: la Confesión, una gran pureza de corazón; la Comunión, una estrecha unión con Dios y gran fervor de espíritu en nuestras acciones.

§ II

Hay una demostración moral, de que nada contribuye tanto al progreso de las almas como la Confesión y Comunión diaria, suponiendo que se

hayan hecho antes, unas tres o cuatro confesiones bien hechas, para establecer la seguridad de la conciencia, porque mientras más se acerca a los Sacramentos, se reciben más gracias para participar de sus efectos. Ahora bien, los efectos de estos dos Sacramentos, la pureza de corazón y el fervor de espíritu, son la mejor preparación que se puede llevar para recibirlos.

§ III

Un alma que, antes de la Comunión, se encontraba débil, lánguida, en tinieblas y que después de la Comunión, se encuentra iluminada, ferviente, vigorosa, no puede dudar de los frutos de su Comunión, siendo el efecto de los Sacramentos dar a las almas la gracia que les es propia y que se llama sacramental. Así, después de una confesión bien hecha, recibe el alma una gran luz para conocer su interior, una humilde y amorosa contrición, gran paz y tranquilidad de conciencia. Después de una buena Comunión, se siente un gusto por Dios y una nueva fuerza para emplearse en su servicio.

ARTICULO II

Del uso de las penitencias

La medida que hay que usar en las penitencias, debe ser de no hacer tanta que la salud se resienta, ni tan poca, que la rebelión de la naturaleza se haga sentir demasiado vivamente.

Cuando se ha llegado a una gran perfección, se hacen muchas fácilmente y aun por un especial favor de Dios se puede llegar a penitencias heroicas, tal como las han hecho los santos.

Las más nocivas son las que quitan el sueño, aunque Dios concede también, a las personas muy perfectas, la gracia de dormir poco.

Por consiguiente, la medida de las penitencias es muy diversa, según sean las personas, su complexión, su edad, sus condiciones, el tiempo y sus necesidades.

CAPITULO III

EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES MAS NECESARIAS PARA LA PERFECCION

ARTICULO I

De la Fe

§ I

Siendo la fe la más excelente participación de la sabiduría increada, después de la clara visión de Dios, no se la debe apoyar en razones naturales, ni en invenciones humanas. Estas razones, no obstante, pueden servir para vencer nuestras repugnancias y contradicciones, para despojarnos de nuestra ignorancia y disponer nuestro espíritu a creer; pero no para apoyar lo que creemos por la fe; porque la fe encierra toda la autoridad de Dios y tiene por fundamento su soberana e infinita sabiduría, que no le permiten engañarse, y su infinita fidelidad, que hace que no pueda engañarnos.

§ II

Algunos tiemblan ante las verdades de la fe y no quieren ni pensar en ellas, aunque no duden, pero evitan pensar en ellas porque no están

acostumbrados. Es un gran error y a la hora de la muerte el demonio podrá atacarlos por el lado en que son más débiles.

§ III

La fe, perfeccionando el conocimiento que lleva a la voluntad a obrar y, según Santo Tomás, residiendo en parte en la voluntad, facilita todas las virtudes; porque con un conocimiento de la fe respecto a la temperancia, por ejemplo, podré ejercer más fácilmente un acto de temperancia que por la sola honestidad de la virtud, y al mismo tiempo, ello hará que mi acción sea sobrenatural.

Debemos, pues, tratar más y más de afirmarnos en la fe, caminando siempre bajo su influencia, poniéndola siempre en lugar de esos argumentos que el espíritu humano quiere hacer sobre toda suerte de cosas, haciéndola servir de antorcha y principio de todos nuestros actos. Un acto de voluntad apoyado en la fe, vale más que diez sentimientos de gozo espiritual.

§ IV

Cuando Dios quiere hacerse perfectamente dueño de un alma, comienza por ganarse el entendimiento, comunicándole una fe excelente. De ahí pasa a la voluntad, después a la memoria, a la imaginación, a los apetitos de la concupiscencia y de la irascibilidad, apoderándose poco a poco de

todas las facultades. En seguida pasa a los sentidos y movimientos corporales y de esta manera llega a poseer completamente el interior y el exterior y todo esto se opera por la Fe que abarca eminentemente todas las virtudes, como dicen los Teólogos, y es el primer móvil que las hace obrar. Por esto debemos habituarnos al ejercicio de la Fe y a conducirnos según ella, en todas nuestras acciones.

§ V

Es una lástima que, en la religión, algunos y aun la mayor parte no se conducen más que por la razón humana y la prudencia natural, no sirviéndose de la fe más que para no proceder contra ella. Se dedican a perfeccionar la razón y el buen sentido y no se preocupan de aumentar su fe. Esto es como si uno pusiera gran cuidado en la educación de su esclavo y descuidara la de su hijo.

§ VI

Nada demuestra mejor cuán ciega y débil es la razón humana, por sí misma y sin fe, en materia de perfección moral, como el poco progreso que hizo en todas las naciones, antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo. Los romanos parecen haber sido los más sabios y perfectos entre todos los pueblos infieles. La Santa Escritura atribuye su grandeza y poder a su sabiduría y paciencia y San Agustín estima que Dios

les dió el imperio del universo como recompensa a sus virtudes. Sin embargo, ¿cuál era su sabiduría y a qué tendía? ¡Cuánta vanidad y corrupción en sus virtudes, aun en las más puras y sólidas!

ARTICULO II

*Cuánto desagrada a Dios nuestra poca confianza
y cuánto daño nos hace*

§ I

Una de las cosas con que más deshonramos a Dios, es nuestra poca confianza en El; este defecto viene de que no reflexionamos bastante en lo que nos ha sido dado en la Encarnación y lo que significa que un Dios se haya hecho hombre por los hombres. *Porque Dios ha amado de tal manera al mundo, que le dió a su Hijo Unico; puesto que no perdonó a su propio Hijo y que lo entregó a la muerte por nosotros todos, ¿qué no nos dará después de habérselo dado?*

Que un hijo de un rey quisiera morir para expiar el crimen de su vasallo muy querido, o que un rey quisiera dar la vida de su hijo por uno de sus favoritos, sería una gracia y bondad admirable; pero que este hijo quisiera morir y este padre quisiera dar la vida de su hijo por su único y mortal enemigo, sería un exceso de misericordia y de bondad que no se puede concebir. No obstante, es lo que ha hecho Dios, dando a su Hijo

a la humanidad, su enemiga, no únicamente por salvarla, más aún para elevarla al trono de la Divinidad. Es lo que ha hecho el Hijo de Dios, que pudiendo salvar a los hombres con un suspiro suyo, quiso merecerles la gracia de la salvación por una vida tan penosa y pobre como la que llevó y por una muerte tan cruel y tan vergonzosa como la que sufrió.

Y después de esto, ¿no tendremos confianza en una tal misericordia? ¿No esperaremos que un Redentor tan lleno de bondad y que nos ha rescatado al precio de su Sangre, nos redimirá de nuestros pecados e imperfecciones?

La desconfianza desagrada a Dios en extremo, sobre todo en las almas que ha prevenido con gracias extraordinarias. En castigo de una ligera desconfianza, Moisés no entró en la tierra prometida. Murió a la vista de esta tierra, tantas veces prometida y tan ardientemente deseada; pero no entró y Dios no se dejó doblegar por ningún ruego.

§ II

Hacemos agravio a Dios cuando decimos: *¿Cuándo seré indiferente? ¿Cuándo tendré el don de oración?* Como si Dios fuera pobre o avaro de sus dones; como si El mismo no estuviera empeñado en nuestra perfección. Sigamos en todo Su voluntad, cooperemos a sus gracias, mantengamos la pureza de nuestro corazón y confiemos en que El no nos faltará.

§ III

Muchos no llegarán a una gran perfección, porque no tienen gran confianza. Hay que tener una grande e invariable confianza en la misericordia y bondad infinita de Dios y en los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo. *Tú, Señor, eres mi único apoyo y esperanza.*

§ IV

Debemos confiar en Dios y esperar de El grandes cosas, porque los méritos de Nuestro Señor Jesucristo son nuestros; honramos a Dios, esperando siempre en El. Mientras más confianza le demostremos, más lo honramos.

ARTICULO III

De la Humildad

§ I

San Lorenzo Justiniano dice que no sabemos lo que es la humildad si no la tenemos en el corazón. Unicamente los que tienen el corazón humilde son capaces de conocerla, por lo que dijo Nuestro Señor: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Para adquirir la humildad, en primer lugar, no hay que omitir ninguna de las acciones exteriores

en que podamos practicarla, según nuestra condición, en las ocasiones que se nos presenten, y pedir a Dios los verdaderos sentimientos de humildad, para poder ejecutar bien las acciones exteriores de esta virtud, que algunas veces se hacen por vanidad. En segundo lugar, hay que hacer a menudo actos interiores de humildad, reconocer nuestra nada y nuestras miserias, amar nuestra propia abyección, juzgarnos severamente a nosotros mismos y condenarnos interiormente por todo lo que hacemos contra ella.

No debemos jamás reprender a nadie, sin antes habernos convencido y reconocido ante Dios, que nosotros obramos mucho peor y que somos mucho más malos, que aquel a quien vamos a reprender.

Al hacernos cargo de un puesto, como rector superior o predicador, hay que prepararse con la práctica de la humildad, de la mortificación o de la caridad, como visitar a los prisioneros o a los enfermos en los hospitales, servir en la cocina, etc.

§ II

Los oficios de humildad y caridad son los mejores, porque la humildad conserva en nosotros la paz y los dones de Dios, y la caridad nos induce a ocuparnos del prójimo.

Seamos humildes, pacientes, mortificados y unidos a Dios, que él bendecirá nuestros trabajos, cuyo éxito depende en absoluto de la bendición

de Dios, sin la cual toda nuestra inteligencia y nuestras industrias nada son.

§ III

Dios se reserva siempre el dominio de los dones que nos hace y quiere que toda la gloria de ellos sea suya. No es para nuestra propia excelencia que nos los hace: es para manifestar la suya. No tenemos ni debemos tener más que el uso de ellos, para la gloria de Dios únicamente y no para nuestro propio interés. Lo cual se entiende, de toda clase de gracias, dones y privilegios y aun de los bienes y talentos naturales.

En el bien que hacemos y en el que poseemos, Dios nos deja el provecho y la utilidad, pero se reserva la gloria; no quiere que nos la atribuyamos.

No estamos contentos con esta división, le usurpamos su parte a Dios; queremos tener la gloria y el provecho de nuestros bienes. Esta injusticia es una especie de blasfemia; a la naturaleza considerada en sí misma, nada le es debido, porque es únicamente bajeza y abyección. A esto deberíamos tender y aspirar constantemente con gran deseo y sed insaciable, pues en esto consiste nuestra verdadera grandeza; todo lo demás no es más que presunción, vanidad, ilusión y pecado. Aquellos en quienes este deseo de la abyección es más vivo, son los más grandes delante de Dios. Estos son los que marchan con más seguridad en la

verdad y son tanto más semejantes a Dios, cuanto que no buscan, como El, otra cosa que su gloria. Este es su propio bien; la gloria le pertenece a El. En cuanto a nosotros, nuestro fondo es la nada, y si nos atribuimos otra cosa, somos unos ladrones. Si amamos la estimación y el aplauso del mundo, somos unos locos que nos alimentamos con aire.

§ IV

Generalmente nos formamos una falsa idea de la humildad, concibiéndola como una cosa que nos deprime y es todo lo contrario; porque como ella nos da el verdadero conocimiento de nosotros mismos y ella es la pura verdad, nos acerca a Dios y por consecuencia nos da la verdadera grandeza, que buscamos inútilmente fuera de Dios.

La humillación no nos rebaja más que en la estimación de los hombres, lo que poco importa, pero nos eleva en la estimación de Dios, que es en lo que consiste la verdadera gloria.

En estos encuentros tan sensibles a la naturaleza, debemos considerar que si los hombres nos despreciaran, desacreditaran, escarneciesen, Dios nos vería muy elevados; lo que nos rebaja a los ojos de los hombres hace que Jesucristo tenga gusto en vernos llevar su librea y los ángeles nos envidien este honor.

§ V

Alguien dirá: *No me puedo persuadir de ser más pecador que los demás. Si quebranto un pre-*

cepto, veo a otros que quebrantan muchos; si cometo ciertas faltas, veo a otros que cometen otras más graves.

La dificultad que encontramos para tener estos sentimientos humildes de nosotros mismos, proviene de que todavía no somos suficientemente espirituales. Los tendremos cuando estemos más adelantados. Hay en las ciencias y en las artes secretos que no son conocidos más que de los maestros. De igual manera, en la ciencia del espíritu, la más excelente de todas, siendo puramente sobrenatural, hay máximas que sólo conocen los santos, que son los doctores en esta divina ciencia. Un San Francisco de Asís, un San Francisco de Borja, eran excelentes maestros en humildad. Se creían los más grandes pecadores del mundo, no únicamente de palabra, sino sinceramente y del fondo del alma. Su espíritu estaba persuadido de lo que decía su boca.

ARTICULO IV

Del amor de las cruces

§ I

San Ignacio mártir tenía el amor por la cruz y por el anonadamiento tan adentro en su alma, que habiendo sido condenado a ser devorado por las fieras en el anfiteatro, deceaba que los leones, después de despedazar su cuerpo, devoraran tam-

bién sus huesos: que no dejaran nada del holocausto que había consagrado a Dios para ser digno discípulo suyo. Se estimaba feliz de ser anodado por las penas, de tal manera que no quedara nada de su cuerpo, a los ojos del mundo. *El mundo, dice, no verá más mi cuerpo*, lleno de alegría con este pensamiento.

§ II

Nuestro Señor no redimió al mundo con sus milagros y predicaciones sino por su Cruz, su muerte y la efusión de su Sangre; lo mismo los obreros del evangelio, aplican las gracias de la redención, por medio de sus cruces y de las persecuciones que sufren. De manera que no se debe esperar gran fruto de sus actividades si no van acompañadas de contrariedades, calumnias, injurias y sufrimientos.

Algunos creen hacer maravillas porque hacen sermones muy buenos, muy bien compuestos, pronunciados con mucha gracia, están muy en boga y reciben felicitaciones de todas partes. Se equivocan; los medios en que se apoyan no son aquellos de que Dios se sirve para hacer grandes cosas. Es necesaria la cruz para procurar la salvación del mundo. Es por el camino de la cruz por donde Dios lleva a los encargados de salvar las almas, a los apóstoles y a los hombres apostólicos, a un San Francisco Javier, un San Ignacio, un San Vicente Ferrer o un Santo Domingo.

§ III

No debemos considerar nuestras cruces y nuestras aflicciones como males que nos hacen sufrir, ni como mortificaciones que nos rebajan a los ojos del mundo; las debemos mirar, a ejemplo de Nuestro Señor, en los designios eternos de Dios, en el orden de su Providencia y en su amor hacia nosotros, en el Corazón de Jesucristo, que las ha elegido para nosotros y que nos las presenta como la materia de las coronas que nos prepara y como una prueba de nuestra virtud y de nuestra fidelidad en su servicio.

§ IV

En los comienzos de la vida espiritual no debemos pedir sufrimientos a Dios; hay que pensar en purificar su conciencia, dedicarnos a la pureza del corazón, al conocimiento de nuestro interior y al recogimiento. De ahí se pasa a la paz del alma, luego a la comunicación con Dios; en seguida, a las virtudes infusas y a los dones del Espíritu Santo. Entonces Dios inspira sus designios y su voluntad y lleva a unos por los trabajos, como a San Francisco Javier; a otros por los sufrimientos, como a Santa Ludovina; a otros por contrariedades y persecuciones como a San Ignacio; pero no debemos elegir por nosotros mismos nada especial, porque quedaríamos siempre intranquilos, no teniendo una virtud a toda

prueba en las cruces; lo que sería tratar de llevar una carga para gigantes sin tener las fuerzas necesarias. Pero cuando por voluntad de Dios entremos a los estados de penalidades, trabajos y humillaciones, entonces ni los trabajos nos abrumarán, ni las persecuciones nos intranquilizarán y a menudo ni aun las mayores austeridades arruinarán nuestra salud.

SECCION II

DE LA PERFECCION PROPIA DE
LA COMPAÑIA DE JESUS

CAPITULO I

EN QUE CONSISTE LA PERFECCION
PROPIA DE ESTA COMPAÑIA

ARTICULO I

*Del fin y del Instituto de la Compañía de Jesús y
de los medios para obtenerlo*

Dios Padre dió a su Hijo la Compañía para que lo ame y lo honre, y nuestra Compañía honra e imita toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Si algunos faltan a este deber es culpa particular suya y no de nuestro Instituto.

Como el fin de nuestra Compañía es tan excelente y sublime que no puede ser mejor, siendo como es, el mismo fin del Hijo de Dios sobre la tierra, los medios son también muy excelentes, porque nuestro instituto abraza todo lo que hay de sobrenatural, como la oración, los Sacramen-

tos, la predicación y todos los medios naturales como el talento, la habilidad, la ciencia y la manera de enseñarla; pero éstos deben estar subordinados a la prudencia sobrenatural y sacar su fuerza y su virtud de la más alta oración.

Es en lo que generalmente faltamos si no tenemos mucho cuidado y, faltos de prudencia sobrenatural, le damos mucha importancia a los medios naturales y humanos, apreciándolos y procurándolos demasiado y haciendo poco caso de los sobrenaturales y divinos. De ahí viene que sacamos tan poco fruto de nuestros trabajos; este sólo defecto es capaz de arruinar todo lo demás, no pudiendo subsistir nada sin la gracia y sin la vida interior.

Es prodigioso ver que un religioso de la Compañía de Jesús permanezca tanto tiempo imperfecto, teniendo tantos medios como tenemos para perfeccionarnos; no es concebible cuántas gracias ha debido desperdiciar y qué abuso ha debido hacer de ellas, sobre todo si ha vivido muchos años en la Compañía.

Desde que empezamos a relajarnos en el camino de la perfección y nos contentamos con una virtud mediocre, faltamos al propósito a que debemos aspirar como religiosos, que es nuestra propia perfección; como jesuitas estamos obligados a procurar la mayor gloria de Dios, con nuestra propia perfección y la del prójimo.

Una persona muy meritoria decía una vez, a uno de nuestros padres, en París, que él no se admiraba del celo, fervor y santidad del P. Suf-

fren, pero lo que sí le admiraba era que no fuéramos todos otros tantos Padres Suffren. ¿Cuánto bien no haría un superior que tuviera el espíritu de este santo varón?

Este lema de San Ignacio, *Ad majorem Dei gloriam*, quiere decir que en materia de perfección y santidad, no hemos de poner límites a nuestros propósitos y que no digamos jamás: *Ya es bastante, ya estoy contento, no quiero más*, porque por nuestra vocación, debemos aspirar a la perfección de la vida apostólica y a una virtud enteramente evangélica.

ARTICULO II

Que la Compañía pertenece a Jesucristo como a Salvador

San Ignacio deseaba ardientemente ser admitido en la familia de Nuestro Señor. Pidió a la Santísima Virgen que le alcanzara este favor y en seguida lo pidió al Eterno Padre. Sus ruegos fueron escuchados. Un día, yendo a Roma, entró en una capilla, y poniéndose en oración, se le apareció el Padre Eterno con Jesucristo, la Santísima Virgen y un acompañamiento de ángeles y santos. El Padre Eterno presentó a Ignacio y sus compañeros a su Hijo, recomendándoselos. El Hijo de Dios los recibió favorablemente y les prometió socorrerlos en Roma, para la ejecución de los propósitos que habían hecho de consagrarse a los ministerios apostólicos. Así fué como, en cali-

dad de Salvador, Jesucristo recibió a su servicio a la Compañía, para emplearla en procurar la salvación de las almas; y le dió su nombre, para demostrar que la asociaba al oficio que éste sagrado nombre significa.

Siendo nosotros los hijos de San Ignacio, debemos considerarnos como pertenecientes al Salvador, siendo de su casa y consagrados a su servicio y por su amor al servicio de las almas.

En vista de esto, hagamos tres actos de generoso celo: 1. Un deseo de poder servir y honrar a Nuestro Señor, como lo merece y desde el primer instante de nuestro ser; 2. Gran pesar de haber perdido tanto tiempo, cuando lo podíamos haber empleado en conocerlo, amarlo y servirlo; 3. Ofrenda y nueva consagración de nosotros mismos a su servicio, en unión con el amor que el Padre Eterno y el Espíritu Santo le tienen y los honores y adoraciones que la Santísima Virgen, los ángeles y los Santos le han tributado, le tributan sin cesar y le tributarán por los siglos de los siglos.

Ofrezcámosle nuestro cuerpo, para usarlo y consumirlo en el cumplimiento de sus designios; todos los momentos de nuestra vida hasta nuestro último suspiro para emplearlos en su servicio; nuestra alma, abandonándola enteramente a las disposiciones de su Providencia; nuestra muerte, deseando que llegue por el exceso de nuestros trabajos por su gloria; nuestra resurrección y nuestro estado de santidad, para amarlo y bendecirlo por toda la eternidad.

ARTICULO III

San Ignacio, modelo de perfección de la Compañía

San Ignacio ha sobresalido igualmente en la vida activa y en la contemplativa y se puede decir que muchos santos no han tenido, en grado eminente, sino una sola de las perfecciones que él poseía en grado soberano. ¿Qué mayor austeridad que la que él practicó en los primeros años de su fervor? ¿Qué don de castidad más extraordinario, que aquel con el cual lo favoreció la Santísima Virgen después de su conversión? ¿Qué pobreza voluntaria más rigurosa que la que observó por tan largo tiempo y en tantos viajes, no viviendo más que de limosnas como un mendigo? ¿Qué humildad más grande que rebajarse dos veces, para aprender los principios de la lengua latina, entre niños, siendo él ya de edad avanzada? ¿Qué paciencia más heroica que la que demostró en tantas persecuciones? ¿Qué prudencia sobrenatural más perfecta, que la que se ve en toda su conducta y en sus constituciones? ¿Qué celo más ardiente y más extenso que el suyo? ¿Qué igualdad de espíritu más constante y más inalterable? ¿Qué oración más sublime? ¿Qué familiaridad más íntima con Dios?

A la vista de este modelo de perfección, que debemos imitar, como hijos de este santo Patriarca, tenemos bastantes motivos para confundirnos, al considerar la poca virtud que tenemos y

el poco bien que hacemos en un estado tan apostólico. Pero los que, como los seculares, se dejan deslumbrar por el falso brillo de la figura pasajera del mundo, no conocen sus miserias. ¡Qué confusión no irán a tener en la otra vida si no tienen cuidado!

CAPITULO II

DIVERSAS DISPOSICIONES PARA LOS RELIGIOSOS RESPECTO A LA PERFECCION

Entre los religiosos los hay de tres clases. Los primeros no rehusan nada a sus sentidos. ¿Tienen frío?, se calientan. ¿Tienen hambre?, comen. ¿Se les ocurre alguna diversión?, la toman sin titubear, siempre prontos a satisfacerse, sin saber prácticamente lo que es mortificarse. Todas sus acciones las hacen por cumplimiento, sin espíritu interior, sin gusto y sin fruto.

Estos están en peligro de pecado mortal y muchas veces están efectivamente en pecado mortal, aunque no se den cuenta de ello porque no entran jamás seriamente dentro de sí mismos, ni examinan sino muy superficialmente el estado de su conciencia.

En este profundo olvido de ellos mismos, una infinidad de objetos pasan diariamente ante su imaginación y su corazón es arrebatado fuera de sí y como enajenado por el bullicio de las cosas exteriores; en su ausencia sin cesar es traicionado por las ilusiones de la naturaleza y del demonio, cuyas impresiones sigue ciegamente.

Estos religiosos pueden a menudo estar en mayor peligro que los mismos seglares. Porque éstos, sabiendo que caen algunas veces en pecado mortal, desconfían de sí mismos y su temor les hace precavidos. Pero estos otros confían en su estado y apoyándose en la falsa presunción de que es raro que los religiosos pequen mortalmente, viven en una engañadora seguridad, que les hace caer sin darse cuenta y, para acallar los remordimientos de su conciencia, se forjan mentiras que los afirman en el error; este estado es muy peligroso porque no se aperciben de sus caídas.

Los segundos evitan los excesos de los primeros y se rehusan las satisfacciones que no creen necesarias, pero se dejan engañar bajo las apariencias del bien. Forjan proyectos según sus inclinaciones, luego buscan excusas de virtud para disculpar y justificar su conducta. En cuanto a sus obligaciones, hacen cuidadosamente todo lo que es exterior, pero con poca atención interior y recogimiento, dando demasiada libertad a sus sentidos, descuidando la guarda del corazón.

Estos están llenos de imperfecciones y de pecados veniales y aún en peligro de pecado mortal. Porque como son débiles y no pueden sacar mucha fuerza de su interior, se dejan vencer por las ocasiones, cuando es fácil conseguir la victoria, si el interior está bien resguardado.

Los terceros, como perfectos, están despojados de todo deseo, son indiferentes a todo, se contentan con todo, no deseando más que el cumpli-

miento de la voluntad de Dios. Reunen juntamente la exactitud exterior y la atención interior; vigilan la guarda del corazón, conservan la paz de su alma y practican el recogimiento tanto como la obediencia les permite.

Estos reciben tres insignes favores de las tres personas de la Santísima Trinidad: del Padre, una fuerza invencible en la acción, en los sufrimientos y en las tentaciones; del Hijo, destellos y resplandores de la Verdad, que brillan sin cesar en su alma; y del Espíritu Santo, un fervor, una dulzura y un consuelo encantadores.

CAPITULO III

LOS MOTIVOS QUE NOS INDUCEN A PROCURAR NUESTRA PERFECCION

ARTICULO I

El deseo de nuestra salvación

La salvación de un religioso está inseparablemente unida a su perfección; de manera que si abandona el cuidado de su adelantamiento espiritual, se acerca poco a poco a su ruina y a su pérdida. Si ello no sucede, es porque Dios, queriendo salvarlo, le previene misericordiosamente antes de su caída. Todos los maestros de la vida espiritual están acordes con esta máxima: de que no avanzar es retroceder. Pero como algunos han hecho ya algunos progresos, pasan mucho tiempo sin darse cuenta que retroceden porque esto sucede muy insensiblemente.

ARTICULO II

El orden de un celo bien dirigido

Nuestro primer cuidado y nuestra principal preocupación, debe ser nuestra perfección, la cual debe ser preferida a toda otra cosa; después, di-

vidiendo el resto de nuestros cuidados y de las preocupaciones de nuestro espíritu, nos entregaremos al servicio de nuestros prójimos, por medio de un verdadero celo, dirigido por la prudencia.

Cualquiera que proceda de otra manera, puede estar seguro que aunque lleve la sotana de la Compañía, no tiene en absoluto su espíritu, ya que nuestra regla y nuestra profesión nos obligan a hacer más caso de los medios de perfección que nos unen a Dios, como instrumento principal, del cual debemos recibir el movimiento, que de cualesquiera otros ejercicios. Así, debemos conformar todo el resto, con lo principal, que es el interior.

Una vocación apostólica como la nuestra, exige que renunciemos a todas las amistades, a todos los conocimientos, a todos los estudios que no sirven para acercarse a Dios o para conducir a El, a nuestros prójimos.

ARTICULO III

El fruto de nuestros trabajos

Dios no se sirve jamás de los imperfectos para la ejecución de sus grandes designios, por temor de que se condenen. Porque si se sirviera de ellos, tomarían ocasión de enorgullecerse y la vanidad podría ser causa de su perdición. Pero trabajad sólidamente en vuestra perfección; uníos a Dios; tratad únicamente de agradarlo; aunque estuvie-

rais en un desierto, si quiere servirse de vosotros, sabrá muy bien encontraros y os hará hacer maravillas aun cuando vuestro estado y vocación no os llevasen a la vida apostólica. En el tiempo de San Bernardo, ¡cuántos obispos había, cuántos preladados y doctores, eminentes por su saber y su prudencia! No obstante, Dios no puso sus ojos en ellos y fué a buscar al Santo Abad de Claraval a su soledad, para encomendarle los más delicados asuntos de la Iglesia. ¡Y de cuántas buenas obras fué el instrumento la bienaventurada María de la Encarnación!

ARTICULO IV

Cuántas personas están interesadas en nuestra perfección

Es para nosotros un poderoso motivo de fervor el considerar cuántas personas están interesadas en nuestra perfección.

1 — Nuestro Señor, que dió su Sangre y su Vida para alcanzarnos la perfección que Dios nos tenía destinada y que no quiere perder el fruto de su muerte.

2 — La Santísima Virgen, que nos ha obtenido tantas gracias para hacernos perfectos y que espera que un día seamos su corona y su gloria.

3 — Nuestros ángeles, que se consagran con tanto celo a conducirnos por los caminos de la perfección para tenernos por compañeros en la eternidad.

4 — San Ignacio y nuestros santos patronos junto con los demás amigos que tenemos en el cielo, que desean ardientemente que marchemos por sus huellas y que nos asisten tan poderosamente con su intercesión.

5 — Las almas del Purgatorio, que recibirían mucha más asistencia de nuestra parte si fuéramos más perfectos.

6 — La Religión, a quien serviríamos mucho mejor, si viviéramos más unidos a Dios.

7 — La Iglesia, a quien seríamos mucho más útiles si hubiésemos llegado al grado de santidad a que somos llamados.

¡Cuántas almas nos mostrará Dios, a las cuales habría salvado por nuestro medio si hubiéramos sido perfectos instrumentos de su gloria! ¡A cuántas nos hará ver que habríamos ayudado a salvarse si hubiéramos sido santos! ¡Cuántas otras que han permanecido largo tiempo en el Purgatorio y que habrían sido libertados por nuestra asistencia, si hubiéramos tenido mayores méritos ante Dios!

¿Quién podrá decir hasta dónde se extendería el fruto de nuestras obras, si estuvieran animadas de una perfecta caridad? Las personas que ganemos para Dios, ganarán a otras y éstas a otras más, durante una larga serie de años. Si esto no se hace, es por culpa nuestra y tendremos que dar cuenta a Dios; pero somos tan ciegos que no comprendemos esto.

CAPITULO IV
LOS MEDIOS PROPIOS DE NUESTRA
COMPAÑIA

ARTICULO I

En qué sentido la oración de la Compañía debe ser práctica

La meditación es una oración que tiende a perfeccionar la voluntad y a hacerla más santa.

No es puramente especulativa como la de los filósofos. Es práctica, y esto, de dos maneras; primeramente, en cuanto sirve para mejorar la voluntad y dirigir las otras potencias del alma; en segundo lugar, en cuanto produce diversos actos internos y da movimiento a las acciones exteriores, para hacerlas según el modelo propuesto.

La oración propia de la Compañía es práctica en estos dos sentidos; y quien pretendiera que no hace falta que sea práctica en el primer sentido y que sólo es necesario que lo sea en el segundo, estaría en un error; porque se seguiría de esto que la contemplación no sería propia de la Compañía, lo cual es falso.

Es un error el inquietarse en la oración para referirlo todo a la acción. Nos apuramos e inquietamos para ver qué haremos en tal o cual ocasión, qué actos de humildad, por ejemplo, practicaremos. Esta manera de ejercitar las virtudes

es cansadora y puede ocasionar el disgusto. No es que sea malo hacer así la oración, previendo las ocasiones y preparándose para ellas; pero esto se debe hacer con libertad de espíritu, sin despreciar el simple recogimiento de la contemplación, cuando uno se siente atraído por ella. Puesto que Nuestro Señor dará a un alma, por una sola oración, una virtud y aún muchas virtudes en más alto grado que las que se pudieran adquirir en muchos años por estos medios exteriores. San Pablo el Ermitaño tenía la virtud de la paciencia y la de la caridad con el prójimo, aunque no las ejercía. Es suficiente entonces aprovechar dulcemente las ocasiones que se presenten de practicar la virtud, la humildad, por ejemplo, y tratar tranquilamente de producir algunos actos dejando lo demás a la oración.

Se debe considerar como oración práctica y no puramente especulativa. la que aficiona al alma a la caridad, a la religión, a la humildad, etc., aunque esta afición permanezca en el alma y no se traduzca en actos exteriores.

ARTICULO II

La obediencia y la exacta observancia de las reglas propias de nuestra Compañía y de los motivos que nos llevan a ello

La Compañía de Jesús, dice Suárez, es la más estricta de todas las religiones aunque no sea la más austera. En efecto, la disciplina ordinaria no

puede ser más estricta; todo depende de la voluntad del Superior: el empleo, la habitación y la manera de proceder, lo que es un gran consuelo para nosotros y de grande perfección.

Los caminos de Dios en nosotros son las gracias que nos da, cuando estamos en el estado y lugar a que nos tiene destinados. Dios une a ello de tal manera las gracias por las cuales nos quiere llevar al cielo, que mientras estamos donde El quiere, nos colma de sus gracias; pero si nos salimos, nos abandona generalmente hasta que por su misericordia volvemos.

Que los superiores nos sean adictos o no, poco importa; Dios dispondrá de tal manera nuestros puestos que el que nos tenga dispuesto nos llegará infaliblemente. Que si algunas veces permite en castigo de nuestros pecados, que los superiores falten a la caridad o a la prudencia en su conducta respecto a nosotros, cuando nos confesemos y hagamos penitencia por las faltas que nos ha merecido este castigo, Dios, en su misericordia, reparará doblemente el perjuicio que nos puede haber acaecido.

Por esto no debemos preocuparnos de que los superiores sean amigos nuestros, o de granjearnos su buena voluntad, ni de hablarles de nuestros puestos, ni interponer a otros para que les hablen en favor nuestro.

Debemos entregarnos completamente en manos de Dios; y si somos tratados mal, por los superiores o por cualquiera otra persona, nos debemos

persuadir, primeramente, de que lo hemos merecido; si no ha sido ahora, habrá sido otras veces; en segundo lugar, entremos en nosotros mismos y, si somos culpables, pidamos perdón a Dios; en tercer lugar miremos la injuria que creemos que nos han hecho, como venida de Dios, que la permite para nuestro bien y que tenía la voluntad de permitirla, antes que los superiores o esas otras personas, pensarán en hacérsola; cuarto, adoremos humildemente y desde el fondo del corazón esta voluntad de Dios y esta disposición de su Divina Providencia, sometiéndonos con perfecta resignación, estimando que lo que es efecto del odio o de la envidia de los hombres para humillarnos, será un medio de que Dios se servirá para elevarnos a un mayor grado de gloria, si somos fieles. Esto es lo que vemos en el ejemplo de José y aun en el de Nuestro Señor Jesucristo mismo. Aprendamos, pues, a servir a nuestro Señor en un absoluto abandono de nosotros mismos.

Un religioso que observa su regla y que practica la obediencia, puede decir: *hago lo que haría un ángel, si estuviera en mi lugar, lo que haría la Santísima Virgen y Jesucristo mismo.* ¡Qué seguridad y cuánto consuelo!

Debemos ser libres en nuestras devociones y en nuestras acciones, de manera que estemos siempre listos para dejarlo todo cuando la obediencia o la caridad nos llamen a otra parte. Si, por ejemplo, en el momento que tenemos destinado para rezar el rosario de la Santísima Virgen, se pre-

sentada la ocasión de oír una confesión o de hacerle cualquier otro servicio al prójimo, hay que dejar este ejercicio de devoción para hacer esta obra de caridad que se presenta.

CAPITULO V

EL CELO DE LA SALVACION Y DE LA PERFECCION DEL PROJIMO

ARTICULO I

Motivos de celo

Si alguno tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad cierra su corazón y sus entrañas, ¿cómo el amor de Dios permanecerá en él?

Este pasaje del discípulo amado de Jesucristo se entiende también de los bienes espirituales y debe hacer temblar a tantos religiosos y eclesiásticos, los cuales, habiendo sido tan ventajosamente dotados con las riquezas de la ciencia de la salvación y del conocimiento de las gracias, ven perecer millones de almas en la ignorancia de las verdades de la fe, sin conmoverse de su desgracia y sin hacerlos participante de su abundancia.

Esta consideración conmovía profundamente el corazón de San Francisco Javier, como lo atestigua en algunas de sus cartas.

ARTICULO II

El uso que debemos hacer de la ciencia, a ejemplo de San Ignacio

San Ignacio, estando ya lleno del Espíritu Santo, se dedicó al estudio de las letras para dar reputación y autoridad a las funciones de la vida apostólica, a la que se sentía llamado. Poseía ya la ciencia de lo alto, la que le bastaba para enseñar a los demás los caminos de la salvación. Pero su celo y su prudencia lo persuadieron de unir a esta ciencia infusa, la que se adquiere en los colegios, porque sin ésta no le era permitido dedicarse a la instrucción del prójimo.

Algunos de entre nosotros ¿no hacen lo contrario? Estando vacíos del espíritu interior, ¿no se entregan acaso al estudio de una manera absolutamente humana, sin rectitud y pureza de intención, sin moderación, aun quizás por vanidad, divisando ya los empleos a que su orgullo los lleva y mirando la ciencia como un medio para llegar al objeto de sus ambiciones, completamente opuesto al espíritu de San Ignacio y al fin propuesto para los estudios de la Compañía?

¿Y qué frutos podrá dar una ciencia adquirida por vanidad y con fines tan distintos de la gloria de Dios? San Ignacio se servía de la ciencia adquirida para autorizar la ciencia infusa que había recibido del cielo. ¡Ay! ¿No se encontrará quién, desprovisto de los dones de la gracia, se

sirva de sus talentos naturales y de su ciencia para adquirir la estimación de los hombres?

ARTICULO III

Por qué medios se debe mantener la estimación y autoridad de la Compañía

Los medios de que hay que servirse para conservar y aumentar la estimación y autoridad de la Compañía son: la humildad, el ejercicio de las virtudes cristianas, el celo por la salvación de las almas, y no la amistad y las visitas de los grandes del mundo.

San Ignacio quiso que el P. Laynez y los otros primeros compañeros, se acusaran sus faltas diaria y públicamente entre ellos, que sirvieran a los pobres en los hospitales y que enseñaran el catecismo a los niños. El P. Laynez, provincial de la provincia de Roma, tenía la tarea de enseñar el catecismo a los niños cuando San Ignacio lo envió por segunda vez al Concilio de Trento, como uno de los teólogos del Papa. El P. Antonio Aráoz, procediendo de otra manera en España, conspiró contra la Compañía.

Querer mantener la autoridad de la Compañía en las clases o en los otros empleos, sin querer sufrir ninguna humillación, es arruinar a la Compañía.

Es increíble cuán útiles serían nuestros trabajos si fueran regados con las bendiciones que las

contrariedades y humillaciones atraen del cielo. San Ignacio sufrió grandes desprecios y persecuciones innumerables en el ejercicio de su celo. San Javier, cuando se iba a las Indias, no quiso aceptar ninguno de los ofrecimientos que se le hacían; como le dijeran que rebajaba su dignidad de legado apostólico, al verle lavar su ropa y preparar su comida, respondió que quería servirse a sí mismo y a los demás sin deshonorar su carácter, ni perder la autoridad que la Santa Sede le había conferido; que esos respetos humanos y esas falsas ideas de decoro, eran las que habían llevado a la Iglesia al estado en que la vemos ahora. Que un prefecto sufra algo de un colegial, sin demostrar ningún sentimiento de enojo; con este acto de paciencia honrará a Dios, quien no dejará de reparar, aun delante de los colegiales, la injuria que se le hizo a ese buen religioso.

La Compañía debe conservarse y perfeccionarse por los mismos medios para los cuales fué establecida, es decir, por medios sobrenaturales. De manera que no debemos desear que nuestros padres sean cardenales ni confesores de reyes. Sería hacerle una injuria a Nuestro Señor apoyar en la autoridad de los príncipes una obra de la cual El es visiblemente el autor y esperar su conservación del favor de los poderosos de la tierra. Dios y la virtud mantendrán a la Compañía.

CAPITULO VI

DIVERSOS AVISOS.

ARTICULO I

Avisos para un Director de los "juniores" que salen del noviciado.

La gloria de Dios exige que tan luego como nuestros hermanos salen del noviciado se les haga marchar por las vías de santidad propias de la Compañía, para lo cual han de servir los avisos siguientes:

I. — Es necesario que quien está encargado de ellos, ve primeramente los progresos que han hecho ya en la vida interior y si verdaderamente han entrado en ella o si su adelantamiento no consiste más que en alejarse de los pecados ordinarios de los jóvenes, cumpliendo con alguna exactitud sus ejercicios espirituales de oración, lectura y examen de conciencia. Generalmente no están muy adelantados en la oración. Además, hay que ver si ignoran los caminos de Dios, conociendo únicamente la perfección que practican o si hacen sus acciones sin ninguna idea de perfección.

Finalmente, es necesario reconocer, en lo posible, las disposiciones de su alma, siendo todo esto necesario para juzgar de qué manera se les debe conducir, ayudándolos a cumplir los designios de Dios.

II. — Demostradles una bondad paternal y tratad de ganarles el corazón con toda clase de servicios, aun en las cosas exteriores, procurándoles en cuanto podáis, todo lo que necesitan. Luego, cuando estéis seguros de su afecto, demostradles el celo que tenéis de su perfección, que deseáis que sean enteramente de Dios y que queréis contribuir a ello con toda el alma.

III. — Dedicadlos a tranquilizar sus conciencias, sacándolos de las dudas y de la confusión en que generalmente se encuentran las almas que no han entrado aún en las vías de la perfección. Para esto, convendría leer en el libro de ejercicios espirituales del P. Gaudier, el tratado de *Reformatione vitae*. Por muy poca luz que haga brillar Dios en sus almas, siempre será mucha. Conviene estar prevenidos y tener en cuenta que ya será bastante si luego de una prolija diligencia, su espíritu llega a aclararse algo. Dios comienza por pequeños principios, los que hay que tener muy en cuenta, cuando el espíritu de perfección está arraigado en un alma.

IV. — Desde que advirtáis que comienzan a salir de la obscuridad, llevadlos a una gran pureza de conciencia, como el camino más apropiado

y seguro para llegar a la unión con Dios. Permittedles el uso frecuente de la confesión, porque está en vuestras manos el hacerlo. Dadles por máxima el no disimularse la menor falta que hayan cometido advertidamente y confesarse cada vez que caigan. Animadlos mucho en las vicisitudes y dudas que les vengan. Reprendedlos con prudencia cuando tengan alguna culpa y sobre todo cuando la culpa sea un poco notable; y aplicadles este remedio en la confesión para hacerlo más eficaz. No les permitáis irse sin haberlos antes animado. Es el proceder que se debe observar siempre con las almas que están todavía en sus comienzos, de suavizar siempre la aspereza de la reprobación con la dulzura de la exhortación. Porque hay que procurar a estas almas todos los alivios posibles.

V. — Inspiradles el espíritu de penitencia y que se obliguen a no perdonarse nada de lo que puedan acusarse en público; recomendadles mucho esta práctica. Y en lo que concierne a las mortificaciones corporales, haced que tengan por ellas gran estimación y un gran deseo; de modo que os las pidan con frecuencia y se las concedáis a menudo, pero que sea poco de una vez, como, por ejemplo, tomar disciplina, pero únicamente durante el tiempo que se demoren en rezar un *Padre Nuestro* o un *Ave María*. Hacedles comprender que el ejercicio frecuente de estas pequeñas mortificaciones, sirve mucho para tener sujeta la carne al espíritu y el espíritu sometido a Dios, pero

tened cuidado de moderarlos muchísimo. Porque si les permitís demasiado, la menor tentación puede hacerles nacer el disgusto y llegarán fácilmente a tener horror por la vida espiritual. Además, es conveniente que, al concederles estos permisos, les hagáis sentir que con pena se los concedéis. Así les quitaréis la idea que les viene a muchos y que les impide avanzar en los caminos de Dios.

- VI. — Mantenedlos en gran desnudez de todas las cosas, lo que no será difícil, si desde los comienzos podéis, con destreza, desprenderlos de ciertos pequeños apegos que vienen de los instintos de la naturaleza, como preferir una habitación a otra, conservar cuidadosamente algunas imágenes, sea por su belleza o por el cariño que les tienen a las personas que se las han regalado. Hacedles comprender las grandes ventajas de que gozan las almas que no tienen apego a nada. Llevadlos a contentarse, según la regla, con lo peor que hay en la casa; que se acostumbren a pedirlo y que se contenten con cualquier cosa. Procuradles con discreción las ocasiones de practicar este desprendimiento, y cuando encontréis alguno que tenga el espíritu bastante fuerte, hacedlo pasar por pruebas un poco sensibles.

VII. — Guardaos bien de manifestar más inclinación por unos que por otros. Tened para con todos una afección y dulzura pareja, prestándoles con toda la ternura de la caridad, todos los servicios que la regla y la obediencia os permitan.

Tened por cierto que habréis hecho más por su perfección, si les habéis ganado el corazón que si les habéis dedicado vuestras mejores instrucciones. De esta manera los obligaréis a tener para con vosotros un amor recíproco y una confianza filial que hará que os abran el corazón y os confíen francamente sus menores intereses.

Es de gran importancia que no les recibáis quejas de unos contra otros y que no les escuchéis los cuentos que os podrían traer. Nada hay más perjudicial para la paz y unión de la caridad que debéis conservar entre ellos, que estas especies de delación.

VIII. — Ocupadlos con tal moderación que no los obliguéis a apurarse en los estudios y que no les dejéis demasiado tiempo de descanso. No les deis jamás tarea para tiempo fijo, como para un día o una semana. Después de las pasiones y el pecado nada perjudica tanto a un alma como el apuro en el trabajo, cuando hay que terminar una obra en un tiempo limitado. Al pretender hacer avanzar a estos muchachos en la ciencia, reprimiréis en ellos el espíritu de Dios y los haréis salir de sus caminos para arrojarlos en los de la naturaleza y en un estado profano, completamente contrario a su vocación. Dios quiere poseerlos tranquilos y en plena libertad; todas sus operaciones se dirigen a desprenderlos del tiempo y de las cosas temporales para unirlos a El y atraerlos únicamente a los intereses de su amor y su servicio.

IX. — Tened cuidado que no se unan por una amistad particular con algunos de los nuestros o de los extraños. Mientras estén así ligados, no avanzarán jamás en la virtud. Por lo que debéis cortar cuanto antes todas esas pequeñas comunicaciones que tienden a esta clase de apegos. No obstante, si veis que algunos que tienen verdadero deseo de perfección, aprovechasen de la conversación con otros, no conviene impedirles que se vean en particular, con tal que las personas con quienes se unan sean efectivamente capaces de servirles para su aprovechamiento.

X. — Haced que tengan gran respeto y deferencia los unos por los otros, como si fueran príncipes que amándose tiernamente no osaran conversar más que una sola vez en su vida, o como si fuera con el mismo Nuestro Señor, con quien tratasen. Este modo de departir, discreto y religioso, y este espíritu de santa cortesía, es en extremo agradable a Dios y destierra de las conversaciones muchas puerilidades y defectos en que se cae generalmente cuando uno se deja llevar de su natural.

He aquí aproximadamente los principios que pueden disponerlos para ser conducidos por el Espíritu Santo. Observad en seguida cuidadosamente a dónde los llevará la gracia: si será a un espíritu de penitencia o al horror de uno de sus vicios en particular o al amor de alguna virtud; desde que reconozcáis en esto los designios de Dios, secundad sus operaciones y dadle las ins-

trucciones necesarias para combatir este vicio o para practicar esta virtud. Cuando ya estén bien instruídos, prescribidles que después de una comunión, os den por escrito a qué actos de esta virtud se aficionan más y de qué vicios quieren desprenderse. Estimad siempre mucho que os manifiesten lo que Dios les hace conocer, a menos que no descubráis en ello alguna tentación o algún engaño del enemigo.

Algunas veces parece que estas almas no aprovechan y entonces hay que examinar suavemente su conducta, ver qué preparación llevan a su oración, a la confesión y a la comunión; exhortarlos a algunas santas prácticas, a la devoción a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a San José, y al Angel de la Guarda; recordarles de tiempo en tiempo lo que les habéis recomendado y en todas las ocasiones decirles siempre alguna palabra para animarlos más y más en el santo trabajo que han emprendido.

ARTICULO II

Advertencias para los Padres de Tercera Probación, para el tiempo de su segundo noviciado.

§ I

La tercera probación es tan importante, que únicamente Dios y los Padres maestros saben cuán necesaria es, no solamente para la perfección, sino también para la salvación misma de los nues-

tros; por eso con tanta razón nuestro Padre General no quiere dispensar a nadie de ella.

Es un año de retiro que se debe pasar en el silencio y el recogimiento. Cualquiera que no venga voluntariamente y bien resuelto a observarlo y a evitar todas las ocasiones de hablar, de conversar, de distraerse, no avanzará mucho, porque hay que alejarse de las ocasiones, mientras la virtud todavía es incipiente.

Después de este año de retiro, pasaremos el resto de nuestros días en los trabajos exteriores; de manera que no hay peligro de excederse este año en los ejercicios de la vida interior.

La mayoría de los santos y de los religiosos que llegan a la perfección tienen, generalmente, dos conversiones: una por la cual se entregan al servicio de Dios y otra por la cual se entregan enteramente a la perfección. Esto se ve en los Apóstoles, cuando Nuestro Señor los llamó y cuando les envió el Espíritu Santo; en Santa Teresa y en su confesor el P. Alvarez, y en muchos otros. Esta segunda conversión no les llega a todos los religiosos y esto por su negligencia. El tiempo de esta conversión, a nuestro parecer, es generalmente la tercera probación. Armémonos, pues, ahora, de nuevo valor y no nos excusemos para nada en el camino del servicio de Dios, porque este camino no nos será nunca más fácil de lo que es ahora. Con la práctica todo se suavizará poco a poco y las dificultades se allanarán, porque purificando nuestro corazón más y más recibiremos también mayor abundancia de gracias.

§ II

Hay tres cosas a las cuales debemos aplicarnos en particular dentro de la Compañía. La primera es el amor de Nuestro Señor Jesucristo, a quien debemos reconocer como a nuestro fundador, siendo San Ignacio solamente su lugarteniente. La segunda debe ser un sincero desprecio de nosotros mismos, que nos haga desear el desprecio y el último lugar en todo, dominando todo deseo de empleos honoríficos, de grandes éxitos y de la estimación de los hombres. Si pretendemos permanecer en un estado de virtud mediocre, sin amar verdaderamente y buscar nuestra propia abyección, no estaremos jamás dispuestos para las grandes gracias que Dios nos hubiera podido conceder si no hubiese encontrado en nosotros estos obstáculos. Para tener este amor y este deseo de ser despreciados, hay que ir a beberlo en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo, entrando en El a menudo, para considerar al Verbo anonadado y a su Santa Humanidad anonadada en la Eucaristía. La tercera, es la vida interior o espíritu de recogimiento. Que si algunos dicen que hay peligro que ello impida las acciones de celo, a que nuestra vocación nos obliga, yo respondo que es todo lo contrario, porque un hombre de oración ciertamente logrará más en un año que lo que pueda conseguir otro que no lo sea, en toda su vida.

Hay que pedir incesantemente estas tres cosas a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo y a San Ignacio, sobre todo durante la octava de su fiesta.

§ III

Debemos dedicar toda nuestra vida a tres cosas. La primera, es al amor de Dios. Muchos de los que se tienen por los mejores religiosos, pasan su tiempo trabajando en el servicio de Dios, sin levantar casi nunca o por lo menos muy poco, su corazón a Dios mismo. ¡Ay! Todo lo que pueda ocuparnos fuera de Dios ¿qué es en comparación con Dios? Todo lo que no es Dios, es nada. Se debe tal consideración a Dios, que si un hombre hubiera hecho y sufrido por la gloria de Dios todo lo que todos los hombres han hecho y sufrido desde el principio del mundo, no sería nada para tan alta Majestad. Los santos pensaban así.

La segunda, es el constante desprecio de nosotros mismos, de nuestras acciones y de todo lo que nos concierne, con un santo horror por todo lo que se opone, en nosotros, a Dios.

La tercera, es la abominación y detestación del pecado y de todo lo que nos lleva a él, considerándonos como un albañal y resumidero de todos los males.

Hay dos cosas a que debemos dedicarnos constantemente durante toda nuestra vida. La primera, purificarnos más y más de los pecados veniales. La segunda, buscar a Dios tanto en la

oración, empleando en ella todo nuestro tiempo libre, como por el fervor y la fidelidad en cumplir nuestros deberes de obediencia, no aceptando en nuestro corazón ninguna afición, afecto o deseo por otros lugares u ocupaciones que a los que la obediencia nos dedique. Para llegar a esto, es absolutamente necesario tener el don de oración.

§ IV

Tres cosas son para nosotros de gran necesidad durante el curso de nuestra vida espiritual. La primera, dedicarnos constantemente a la pureza del corazón, vigilando para conocer y mortificar nuestras pasiones. La segunda, dedicarnos más y más al conocimiento y al amor de Nuestro Señor sin lo cual no tendremos jamás una espiritualidad sólida y elevada. La tercera, no entretenernos en mirar y gustar las luces y los sentimientos que Dios nos concede, porque estas gracias producen su efecto desde el momento en que se reciben y por esto es inútil detenerse a considerarlas; esto sirve únicamente para alimentar nuestro amor propio. No debemos hacer reflexiones sobre lo que Dios opera en nosotros, más que para afianzarnos en el bien que nos inspira, para confundirnos por los favores que nos hace y para practicar la abnegación que nos pide y nos unamos a Dios únicamente y no a sus dones. *Lo que el Padre Director nos recomendaba constantemente, dice el P. Rigoleuc, era la pureza de corazón,*

el recogimiento y la oración; que evitáramos los pecados veniales, nos encargáramos de pocas cosas, a menos que la obediencia nos obligara a tomar otras más; dedicarnos mucho a los más bajos y despreciados ejercicios de humildad, conservar siempre una grande libertad de espíritu.

ARTICULO III

Advertencias para los Padres de Tercera Probación, al salir de su noviciado, para todo el resto de su vida.

El año que sigue inmediatamente a nuestra tercera probación, es muy peligroso, sobre todo los tres o cuatro primeros meses. Es una época de crisis de la que depende el resto de la vida. El fervor y la exactitud que se demuestran, no satisfacen a los que no tienen la conciencia tan tierna. A veces no se tiene el valor de mantenerse en el camino de la perfección, se teme desagradar a los hombres, uno se cansa de ir contra la corriente, se relaja, cae, después se levanta y por fin encuéntranse algunos motivos más poderosos que, poco a poco, arruinan todos los propósitos que se habían formado; de modo que al cabo de cierto tiempo resulta que se ha vuelto al primer estado y se sigue como antes el ritmo común de los imperfectos.

Después de nuestra tercera probación, debemos mantenernos principalmente en una gran pureza

de corazón, evitando hasta los menores pecados veniales, y en una gran libertad de corazón por la mortificación de toda suerte de afectos desordenados y de apegos a las creaturas, ni siquiera deseando más gracias que las que a Dios le plazca concedernos.

Examinemos a menudo el estado de nuestro corazón y veamos si no hay en él ciertas actividades, cierta intranquilidad, o algún movimiento desordenado. Cuando nos encontremos demasiado recargados de ocupaciones, pidamos al Superior que nos exonere de algunas al menos por algún tiempo. Dejemos las que no nos han sido encomendadas; vigilemos en ese tiempo más cuidadosamente sobre nosotros mismos, fortalezcámonos más por la oración y por las demás prácticas piadosas y de penitencia.

He aquí, dice el P. Rigoleuc, los puntos que más y con más celo nos recomendaba:

1º — La pureza de corazón que se adquiere con una cuidadosa vigilancia sobre nuestro interior y con la confesión diaria que se debe tener en gran estima. Porque mientras más se confiese uno, más purificado queda, pues la gracia propia de este Sacramento es la pureza de conciencia. Así, cada confesión además del aumento de las gracias acostumbradas y de los dones, comunica todavía una nueva gracia sacramental, es decir, un nuevo derecho para recibir de Dios las gracias actuales y los auxilios necesarios para librarse más y más del pecado.

2º — Una completa y entera fidelidad a Dios, entregándole lo mejor de nuestro corazón; no procediendo con El, como por etiqueta y con doblez, no buscando vueltas en sus caminos, sirviéndole en todo lo que nos sea posible y con todo nuestro corazón, no teniendo por fin más que a Dios en todos nuestros proyectos y en todas nuestras empresas. Saúl no había pecado más gravemente que David y sin embargo Dios reprueba a Saúl y perdona a David, porque, aunque pecador, tenía un corazón recto mientras que Saúl no procedía sinceramente con Dios.

3º — Gran deseo y hambre de nuestra perfección, una voluntad resuelta de tender a ella constantemente con todas nuestras fuerzas; que sea esto nuestro principal anhelo y el mayor de nuestros cuidados. Recordemos que esta preocupación es más esencial para la Religión que los mismos votos; porque de ello depende todo nuestro progreso espiritual. Esta es la diferencia que hay entre los verdaderos religiosos y los que no lo son más que en apariencia y ante los ojos de los hombres. Sin este cuidado por avanzar en la perfección, el estado religioso no asegura nuestra salvación; nada sin embargo más generalizado que engañarse en este punto. Se dice que se aspira a la perfección y en el fondo no hay tal.

4º — Gran cuidado en avanzar en la perfección y de ser sólidamente espiritual y para esto disminuir, en lo posible el bullicio de las cosas exteriores que dependa de nosotros; huir de la

demasiada familiaridad con los nuestros y con los extraños, especialmente con los niños y más aún con las mujeres; entregarnos mucho al recogimiento; prepararnos diligentemente al Santo Sacrificio de la Misa, tratando de sacar el mayor fruto que puede producir; no abreviando el tiempo de la acción de gracias, la cual bien hecha puede suplir a la mayor parte de las negligencias.

No relajarse en la práctica de las penitencias.

5º — Una sincera y pura observancia de nuestros votos, sin embarazarnos con ciertas cosas que les son contrarias, de donde nacen grandes escrúpulos a la hora de la muerte. Es un gran consuelo en esos momentos, cuando se va a comparecer ante Dios, no tener nada que reprochase sobre sus votos y ver que se les ha guardado fidelidad rigurosamente. El fin de ellos, como algunos lo creen, es quitar todo lo que pudiera impedirnos aspirar y llegar a la perfección.

6º — Seguir la dirección del Espíritu Santo, su voluntad, sus inspiraciones, según las podamos conocer, no afligiéndonos por lo demás. Porque si hacemos buen uso de las luces y conocimientos que tenemos, Dios nos concederá otras más abundantes y mayores con las que seremos más iluminados, en proporción a la fidelidad con que cooperemos a la gracia.

7º — No atribuirnos ni apropiarnos jamás las gracias que Dios nos concede, ni gloriarnos de ellas o exaltarnos en nuestro interior más que por

el éxito de nuestros cargos y trabajos, como por una arenga, algún drama, una declamación o un sermón. Dios nos deja la utilidad de estas cosas, pero la gloria, como ya lo dijimos, se la reserva; a El le es debida y es una intolerable vanidad querer atribuírnosla.

8º — Al salir de este año de retiro, tengamos cuidado que no parezca que queremos enseñar y reformar a los demás. Hagamos lo que podamos y deseemos hacer incomparablemente más. Hablamos discretamente de la más alta perfección a los que sean capaces de ella. No digamos de buenas a primeras, todo lo que sepamos de bueno, porque esto sería vanidad y sin ningún provecho.

Es muy importante, en la Compañía, el estar bien persuadidos de que ninguna dispensa de nuestros votos sin causa legítima, puede ser válida ante Dios y aceptada en su juicio. De modo que todo jesuíta que obtiene esta dispensa sin justo motivo, es verdaderamente apóstata ante Dios, aunque a los ojos de los hombres y como se dice, *in foro externo*, se crea seguro.

ARTICULO IV

Avisos para los predicadores

§ I

Si un predicador no es hombre de oración, no hará jamás mucho fruto, porque su predicación, respecto a sus propósitos, pensamientos, estilo,

gestos y por las miras imperfectas y las intenciones impuras que habrá tenido en todo esto, estará llena de pecados, por lo menos veniales.

El provecho del auditorio depende en mucho de la virtud del predicador y de su unión con Dios, que en un cuarto de hora de oración, puede sugerirle más pensamientos y más propios para mover los corazones, como no los hubiera encontrado en un año de lectura y de estudio.

Algunos se matan estudiando para hacer buenos sermones y sin embargo no sacan casi nada de fruto. Y esto ¿por qué? Porque la predicación es un acto sobrenatural, como el salvar almas, que es el fin que se pretende y es necesario que el instrumento sea proporcionado a este fin. No será ni la ciencia, ni la elocuencia, ni las otras cualidades humanas, sino la santidad de vida y la unión con Dios, lo que nos hará instrumentos aptos para procurar la salvación de las almas. La mayoría de los predicadores tienen bastante ciencia, pero no tienen bastante devoción y santidad.

§ II

El verdadero medio de adquirir la ciencia de los santos y tener con qué llenar un sermón, una exhortación, una conversación espiritual, no es tanto el uso de los libros, como la humildad interior, la pureza del corazón y el recogimiento en la oración.

Así lo hicieron los Santos Padres que han explicado las Santas Escrituras; los santos docto-

res escolásticos, que han enseñado la teología con mayor éxito; los santos predicadores que han anunciado el Evangelio con más fruto.

Cuando un alma llega a una completa pureza de corazón, Dios la instruye por Sí mismo, tanto por la unción de los consuelos espirituales y de los goces interiores, como por las luces suaves y afectuosas, que enseñan mucho mejor a hablar al corazón del auditorio, que lo que pueden hacer el estudio o los otros medios humanos. Dios lo ha hecho así con los obreros apostólicos de nuestra Compañía. Así fué cómo el P. Edmundo Auger, agobiado de trabajo y sin tener casi tiempo para estudiar, maravillaba a Francia con sus predicaciones y operaba conversiones asombrosas.

Este camino, que es el más corto y más fácil para obtener fruto en las almas, es el que debemos seguir, dejando el otro más largo y difícil; a saber: esa gran dedicación al estudio, que seca el espíritu de piedad. Pero no queremos deshacernos de nuestra propia suficiencia y entregarnos a Dios.

§ III

Un predicador debe hablar bien y no descuidar el estilo. El respeto que se debe a la palabra de Dios, lo exige. Pero es necesario, no obstante, evitar ese refinamiento estudiado, por temor de que en el oído del auditorio queden sólo las palabras y la elocuencia, lo cual impediría todo fru-

to del sermón. Se predicaría a sí mismo y no a Jesucristo.

Cuando ha adquirido un buen estilo, no debe pensar más que hacer de modo que la gracia anime en él al arte y a la naturaleza, y que el Espíritu de Dios reine en sus discursos como lo hace el alma con el cuerpo.

Para esto debe pedir al Espíritu Santo los pensamientos que él sabe propios para tocar los corazones de sus oyentes.

No debe amar, ponderar, ni alabar, más que a Jesucristo y lo que a El se refiere; no desear ser apreciado, alabado, ni estimado de nadie y no tener en vista más que hacer conocer y amar a Nuestro Señor y de atraer a todo el mundo a su servicio.

§ IV

Es una cosa monstruosa ver a hombres llamados a la vida apostólica, llevar la ambición y la vanidad al sagrado ministerio de la predicación. ¿Qué fruto podrán conseguir? Han obtenido lo que perseguían durante seis o siete años. Han satisfecho su deseo a expensas de una cantidad de pecados e imperfecciones. ¡Qué vida! ¡Qué unión con Dios! ¡Cómo Dios se va a servir de tales instrumentos? De ahí vienen los descontentos, las penas, las perturbaciones y las caídas funestas. Uno cae por aquí, el otro por allá. Este entre los escrúpulos e inquietudes de conciencia que no le dejan un momento de reposo, el otro siempre murmurando de los superiores, con rebe-

liones del espíritu, que le hacen insoportable el yugo de la obediencia. Ese otro sale de la Compañía. Su desgracia les viene de que no entraron a su puesto por las vías de la obediencia.

ARTICULO V

Avisos para diversos cargos de la Compañía

§ I

Siendo la Compañía un estado sobrenatural, para que los medios de que se sirve y el fin que se propone, tengan proporción, es necesario que su gobierno sea sobrenatural. Por lo cual los superiores que se conducen únicamente por la prudencia natural, generalmente se equivocan. Josué fué engañado por los gabaonitas, porque no consultó al Señor. Todo superior debe proceder por principios sobrenaturales; lo mismo un rector que un director.

§ II

Es la vida interior y no las ordenanzas, lo que hay que aumentar en la Compañía. La multiplicación de las ordenanzas viene de la prudencia humana, que se apoya más en sus propias iniciativas que en los medios sobrenaturales y divinos. Esto es sumamente perjudicial para la perfecta observancia de las reglas, que debe proceder de un principio interior, fundado en el amor y en el

deseo de perfección. Las muchas ordenanzas agregadas a las reglas, exasperan el espíritu y hacen que se les desprecie tanto más fácilmente, cuanto que no son siempre muy uniformes y que generalmente no están acordes unas con otras. San Ignacio da más importancia a la *ley interior que el Espíritu Santo escribe en los corazones que a las constituciones y reglas exteriores.*

Cuando se dan ejercicios a personas espirituales, es necesario, ante todo, considerar en qué estado de gracia se encuentran, para acomodarse a ellas. Lo mismo debemos hacer respecto a nosotros, al comenzar nuestros retiros; generalmente es de mucha importancia el conocer el estado de las almas que se han de dirigir, porque ordinariamente, Dios proporciona sus gracias según el estado de las almas; de manera que si está en estado de penitencia, le da gracias para la penitencia; si está en estado de unión le hace gracias de unión.

El fruto de un retiro depende enteramente de la dedicación del director para conocer todo cuanto pasa en el alma a la cual se le dan los ejercicios: para esto sería necesario, en cuanto sea posible, hablarle varias veces al día y ver lo que la gracia, la naturaleza y el demonio operan en ella, para ayudarla según sus necesidades.

Hay que evitar dos excesos en la dirección de las personas espirituales. Uno es el de creer muy fácilmente a las almas que, habiendo leído las maravillosas operaciones de la gracia en los santos,

a los más pequeños goces que experimentan se imaginan ser favorecidas de la misma manera. ¡Peligrosa vanidad! El otro es el de mantener los espíritus sumamente bajo y no dejarlos jamás elevarse al grado de perfección a que Dios los llama. Hay directores que no quieren oír hablar de contemplación, ni de visitas del cielo, ni de gracias extraordinarias. Ilusión sumamente perjudicial para el adelanto de las almas.

§ III

En la solución de los casos de conciencia, hay que confiar más en las luces del Espíritu Santo, que constituyen la ciencia de los santos, que en los raciocinios de los hombres. Los que en esto se fundan *en el argumento de paridad*, caen a menudo en un grave error. Está permitido, por ejemplo, matar a alguien que quiere quitaros vuestros bienes; luego está permitido matar al que quiere quitaros el honor con una calumnia. Este raciocinio no está bien; en otros casos más parecidos todavía, no se sigue lo uno de lo otro. En las cosas morales, para que dos cosas sean diferentes, bastan pequeñas diferencias entre ellas, lo que impide juzgar de una por la otra, por pequeña que parezca la diferencia que exista entre ellos.

§ IV

Si en las clases manifestamos a los hijos de los ricos, que nos preocupamos de ellos, en considera-

ción a las preeminencias de fortuna, cometeríamos un gran error, dañándoles gravemente a ellos mismos, porque los educaríamos en ese espíritu de orgullo que inspiran las riquezas y escandalizaríamos a los demás, que verán que nos dejamos deslumbrar, como el resto de los hombres, por el brillo de las grandezas del siglo, a las cuales nuestra profesión nos obliga a no tenerles y demostrarles sino gran desprecio y aversión.

TERCER PRINCIPIO

LA PUREZA DEL CORAZON

(Y el cuidado del corazón)

SECCION PRIMERA
PUREZA DEL CORAZON

CAPITULO I
SU NATURALEZA Y SUS PROPIEDADES

ARTICULO I

En qué consiste la pureza del corazón

La pureza del corazón consiste en no tener nada en el corazón, por pequeño que sea, contrario a Dios o a la operación de la gracia.

Todo lo que hay de creado en el mundo, todo el orden de la naturaleza y de la gracia, todo el orden de la Providencia, tiende a arrojar de nuestras almas lo que contraría a Dios. Porque no llegaremos jamás a Dios hasta que no hayamos corregido, suprimido, destruído, sea en esta vida o en la otra, todo cuanto sea contrario a Dios.

ARTICULO II

Cuán necesaria nos es la pureza de corazón

§ I

El primer medio para llegar a la perfección, es la pureza de corazón. Sólo por ella la alcanzaron un San Pablo Ermitaño, una Santa María Egipciaca y tantos otros solitarios. Después de la pureza de corazón, siguen los preceptos y doctrinas espirituales de los libros; luego, la dirección y la fiel cooperación a la gracia. He ahí el gran camino de la perfección.

Debemos poner todo nuestro cuidado en purificar nuestro corazón, porque ahí está la raíz de todos nuestros males.

Para comprender cuán necesaria nos es la pureza de corazón, necesitamos saber cuánta es la corrupción natural del corazón humano. Hay en nosotros una malicia infinita que no vemos, porque no entramos jamás seriamente en nuestro interior. Si lo hiciéramos, encontraríamos allí una infinidad de deseos y apetitos desordenados de honores, placeres y comodidades, los cuales hierven constantemente en nuestro corazón. Estamos tan llenos de ideas falsas y de juicios erróneos, de afecciones desordenadas, de pasiones y malicias, que tendríamos vergüenza de nosotros mismos si nos viéramos tales como somos. Imaginémonos un pozo fangoso del cual se saca agua in-

cesantemente; al principio, lo que se saca es puro barro; pero a fuerza de tanto sacar, el pozo se purifica y el agua se aclara; de tal manera que al fin es bella y cristalina. Así también, trabajando sin cesar para purificar nuestra alma, se descubre poco a poco el fondo, y Dios manifiesta su presencia por poderosos y maravillosos efectos que opera en el alma y por ella, en bien de los demás.

Cuando el corazón está purificado, Dios llena el alma y todas sus potencias, la memoria, el entendimiento y la voluntad, con su santa presencia y su divino amor. Así, la pureza del corazón conduce a la unión divina y generalmente no se llega por otros caminos.

§ II

El camino más corto y más seguro para alcanzar la perfección, es aplicarnos a lograr la pureza de corazón, más que al ejercicio de las virtudes, porque Dios está dispuesto a concedernos toda clase de gracias, con tal de que no le pongamos obstáculos. Purificando nuestro corazón, cerceñamos todo lo que impide la operación de Dios. De manera que, quitados los impedimentos, no es posible imaginar cuántos efectos maravillosos opera Dios en el alma. San Ignacio decía que aún los Santos ponían grandes obstáculos a las gracias de Dios.

§ III

Sin una gran abundancia de gracias, no haremos jamás actos de virtud sobresalientes y no tendremos abundancia de gracias sino después de purificado nuestro corazón. Pero cuando lleguemos a esta perfecta pureza de corazón, practicaremos todas las virtudes que tengamos ocasión de practicar. Respecto a las que no se nos presente la ocasión, tendremos el espíritu y por decirlo así la esencia, que es lo que Dios busca principalmente; porque se pueden hacer actos de virtud, sin poseer su espíritu y su esencia.

§ IV

Entre todos los ejercicios de la vida espiritual, no hay ninguno al que se oponga más el demonio que a la pureza de corazón. Nos dejará hacer algunos actos exteriores de virtud, acusar públicamente nuestras faltas, servir en la cocina, ir a los hospitales y a las cárceles, porque muchas veces nos complacemos en esto y sirve para lisonjearnos y para impedir los remordimientos internos de nuestra conciencia; pero no puede sufrir que fijemos los ojos en nuestro corazón, que examinemos sus desórdenes y los corriamos. Nuestro mismo corazón, de nada huye tanto como de esta investigación que le hace ver y sentir sus miserias. Todas nuestras potencias están infinitamente desordenadas y no nos gusta conocer sus desórdenes, porque este conocimiento nos humilla.

ARTICULO III

El orden que hay que guardar en la pureza de corazón y los diversos grados de pureza

§ I

El orden que hay que guardar en la pureza de corazón es: en primer lugar, conocer los pecados veniales y corregirlos; segundo, observar los movimientos desordenados del corazón y remediarlos; tercero, vigilar sus pensamientos y sujetarlos; cuarto, reconocer las inspiraciones de Dios, sus designios, su voluntad y animarse a cumplirlos. Todo esto debe hacerse suavemente y uniéndolo a la devoción de Nuestro Señor, la cual abarca un gran conocimiento de sus grandezas, un profundo respeto por su persona y por todo lo que le pertenece; su amor y su imitación.

§ II

Hay cuatro grados de pureza, a los que podemos llegar por una fiel cooperación a la gracia. El primero, es purificarnos de los pecados actuales y de la pena que les es debida. El segundo, deshacernos de nuestras malas costumbres y de nuestras afecciones desordenadas. El tercero, librarnos de la corrupción original, llamada *foemes peccati*, alimento del pecado, la que está en

todas nuestras potencias y en todos nuestros miembros, como aparece aún en los niños que tienen inclinación al mal, sin que puedan todavía ejecutar los actos. El cuarto, desprendernos de esa debilidad que nos es natural, como a creaturas sacadas de la nada y que se llama *defectibilidad*.

El primer grado se adquiere principalmente por la penitencia. El segundo, por la mortificación y por el ejercicio de las demás virtudes. El tercero, por los Sacramentos que operan en nosotros la gracia de la reparación. El cuarto, por nuestra unión con Dios, que siendo nuestro principio y el origen de nuestro ser, es el único que puede fortificarnos contra las debilidades a que nos arrastra nuestra nada.

Un alma puede llegar a un grado tal de pureza, que logre un dominio tan grande sobre su imaginación y sus potencias, que no las emplee más que en el servicio de Dios. No podrá desear nada, ni recordar nada ni pensar en nada, ni escuchar algo si no se relaciona con Dios; de manera que en la conversación, si se llega a charlas vanas e inútiles, le será preciso recogerse en sí misma, careciendo de especies o imágenes para comprender lo que se está diciendo, o retenerlo después en su memoria.

CAPITULO II
DE LO QUE SE DEBE PURIFICAR
EL CORAZON

ARTICULO I

Los pecados veniales

§ I

Concebimos el pecado venial como una palabra ligera, un pensamiento vano, una acción de pocas consecuencias. Esto es una gran ilusión, porque es de fe que Dios castiga el pecado venial con penas sobrenaturales muy grandes y más duras que los tormentos más horribles que se puedan sufrir en esta vida. De lo que se deduce que la malicia del pecado venial debe ser incomparablemente mayor a los ojos de Dios, que a los de los hombres.

El pecado venial es un mal tan grande, que obliga a un Dios de bondad infinita y que habría querido permanecer en la Cruz, por amor a los hombres, hasta el fin de los siglos; a condenar a un alma a quien tanto quiere, al mayor

de todos los suplicios, cuando comparece ante su tribunal manchada con este pecado; porque el mayor tormento imaginable para un alma separada de su cuerpo, es estar privada, para siempre o por algún tiempo, de la vista de Dios. Y esto es lo que merece el pecado venial, que no ha sido expiado por la penitencia en esta vida. Así es como debemos considerarlo.

Ahora vemos nuestros pecados únicamente en su estado físico, que nos encanta, o en su aspecto moral, que no podemos comprender. Hay que encararlos en sus efectos y considerar que impiden nuestra unión con Dios y nos alejan para siempre de El en esta vida si perseveramos en ellos; hay que mirarlos como completamente opuestos al bien de Dios, como es su gloria, a nuestro adelanto espiritual y al curso de la Providencia que interrumpen y cambian respecto de nosotros.

§ II

Lo que les sucede a los seculares con el pecado mortal, nos sucede a nosotros religiosos con el venial. En los seculares, la pasión extingue la luz de la fe y la de la razón. La afección desordenada corrompe el juicio y caen en seguida en los mayores desórdenes. Los judíos tenían bastantes luces para comprender que Jesucristo era Dios; pero la envidia los cegó e hicieron morir al Mesías que esperaban. Sócrates, Platón, Trajano, podrían conocer por la sola luz de la razón los crí-

menes tan abominables a que se entregaban. Su pasión brutal los cegó. Nada hay más evidente que la obligación de restituir los bienes ajenos, cuando se han usurpado injustamente. No obstante, vemos todos los días que la avaricia extingue todas las luces naturales y sobrenaturales que muestran esta obligación. No se restituyen ni se restituirán jamás. El apego a los bienes ha corrompido de tal manera el juicio, que ya no hay luz para conocer eso.

De esta misma manera, nos endurecemos en el hábito de una cantidad de pecados veniales. La vanidad, la sensualidad, el apego a nuestras comodidades, ahogan en nosotros las luces de la razón, que hacen cuanto mal hay en esta clase de faltas. Tratamos de escrupulosos a los que por delicadeza de conciencia siguen otra conducta. Y para engañarnos, en nuestra obcecación, ocultamos con bellos pretextos la pasión que nos ciega. Nos forjamos una buena intención y después de esto, pasamos por encima de todos los movimientos de la gracia.

§ III

La ruina de las almas viene de los muchos pecados veniales, que causan la disminución de las luces e inspiraciones divinas, de las gracias y consuelos interiores, del fervor y valor para resistir a los ataques del enemigo. De ahí provienen la ceguera, la debilidad, las caídas frecuentes, la costumbre, la insensibilidad, porque después de haberse aficionado, se peca sin pena por su pecado.

Quien no trata de evitar los pecados veniales, aun cuando logre los éxitos mundanos más asombrosos en el desempeño de puestos de celo para con el prójimo, se encontrará en peligro de perderse a sí mismo; porque es imposible que viviendo de esta manera no caiga algunas veces en pecado mortal, sin darse cuenta. Pero no deja de ser culpable de los pecados que comete en esta ignorancia, porque es una ignorancia como afectada.

§ IV

Los que evitan cuidadosamente los pecados veniales, sienten generalmente gran devoción y una seguridad moral de que su alma está en estado de gracia. Muy por el contrario, los que se dejan llevar sin escrúpulos, a cometer pecados veniales, no sienten en absoluto, la unción de la sólida piedad y el Espíritu Santo no les da ninguna seguridad de que están en gracia.

§ V

En nuestras caídas, en seguida de darnos cuenta, lo primera que debemos hacer es adorar a Dios interiormente y volvernos a El amorosamente, pedirle perdón con confianza, comenzar de nuevo a obrar el bien, sin jamás dar lugar al abatimiento ni a la inquietud.

ARTICULO II

Las pasiones

§ I

Clemente de Alejandría llama a las pasiones *los caracteres del diablo*, como si el demonio, con nuestros pecados y nuestros malos hábitos, con nuestras afecciones desordenadas y nuestras pasiones, nos imprimiera su marca. Hace alusión a la marca de los emperadores que llevan los soldados y que San Agustín llama el *carácter de la milicia*.

Mientras estamos sujetos a las pasiones, estamos en la esclavitud de Satanás, que les da movimiento, como lo hace el organista con las teclas que toca. Para esto, remueve los humores del cuerpo y las fantasías de nuestra imaginación. Aviva el recuerdo de los objetos y representa las ideas que cree más seguras para excitar las pasiones que quiere hacer estallar y, si no estamos en guardia, logra éxito en sus designios. Tiene, a menudo, permiso para turbar las inclinaciones de nuestro cuerpo; de tal suerte, que nos hacemos molestos para los demás y para nosotros mismos.

§ II

Los perfectos tienen tal dominio sobre sus pasiones, que las gobiernan como quieren. Están en ellos de alguna manera, como lo estaban en

Nuestro Señor, en la Santísima Virgen y en algunos santos, más como *propasiones* que como verdaderas pasiones. Es decir, que son movimientos de apetitos inferiores que se asemejan a los de las pasiones, pero que están sometidos a la razón y que obran únicamente por sus disposiciones y las impresiones de la gracia que es la que dirige a la razón.

Los imperfectos están tan pronto alegres como tristes, según sus pasiones estén en calma o inquietud; porque la tristeza y la inquietud provienen siempre de las afecciones no mortificadas, que causan esas alternativas de paz y de inquietud.

Los que aspiran a la perfección consideran la tiranía de las pasiones como insoportable y tratan de librarse de ellas con una constante dedicación a mortificarlas. Pero la gente del mundo que está en una perpetua esclavitud, ni aspira siquiera a su libertad. Ama sus cadenas y, como dice Job, *encuentra sus delicias en las zarzas y espinas que la despedazan.*

§ III

La concupiscencia y las pasiones extinguen insensiblemente las luces infusas y sobrenaturales del entendimiento; de tal manera que al fin las ahogan por completo; así se ven inteligencias eminentes, que para las cosas espirituales son, sin embargo, completamente ciegas. Uno puede tener los ojos perfectos, pero de esto no se deduce que ten-

ga gran inteligencia: son dos facultades muy diferentes. Los que son llevados por una gran pasión, a hacer profesión de herejías (como lo hizo un príncipe alemán para disgustar a Carlos Quinto), al principio no son herejes más que por afecto y pasión, teniendo interiormente un juicio contrario a los errores de la falsa religión que profesan exteriormente. Pero con la costumbre las pasiones se fortifican y los pecados se multiplican, lo que queda de las luces de la fe se pierde y el entendimiento se ciega y se vuelve completamente hereje.

De esta manera, en todo lo que concierne a la perfección, todos los desórdenes comienzan por una pasión y afición desordenada por cualquier objeto, que corrompe el entendimiento y éste, por último, se deja ganar en tal forma que no forma juicio alguno sino en favor de la pasión, que se ha apoderado de él. Se mira cualquier objeto, un empleo, por ejemplo, que se encuentra fácil o que es brillante. La pasión se excita, se quiere, se desea este empleo. Primeramente, el entendimiento, iluminado con las luces de la gracia, resiste a este deseo y lo condena; pero la pasión aumenta y las luces de la Fe se extinguen poco a poco y el entendimiento no opone resistencia. Condesciende a las inclinaciones desordenadas de la voluntad; las aprueba; encuentra razones para justificarlas y, corrompido por la voluntad, la ayuda en su corrupción proponiéndole falsas máximas para autorizar su desorden.

ARTICULO III

El fondo de orgullo que hay en nosotros

§ I

El orgullo es el amor y el deseo de nuestra propia excelencia. De nuestros vicios es el más oculto y más arraigado, del cual son más frecuentes las ocasiones. Alguna se presenta a cada momento, sea respecto de lo bueno y de la superioridad que poseemos, de donde tomamos motivo para complacernos en nosotros mismos, para elevarnos sobre los demás y querer ser estimados y alabados; sea respecto de lo malo y de los defectos que tenemos y que tratamos de ocultar, disfrazar, aminorar, excusar y que ni siquiera queremos reconocer interiormente. En un día hacemos más de cien actos de orgullo.

En los religiosos, este vicio es distinto que en los seglares. En éstos, el objeto y la materia de su orgullo es la fortuna y los bienes de la tierra, en los cuales quieren sobresalir; pero en los religiosos, el orgullo como en los ángeles rebeldes, se refiere a su superioridad personal y a los bienes espirituales. Es un gran mal y la fuente de todos los demás.

§ II

Para asemejarnos a Dios debemos renunciar a la semejanza con el diablo, la cual consiste en el orgullo, en la vanidad, en la presunción; y a la

con los animales, que consiste en las pasiones y los movimientos desordenados del apetito sensual.

Todo vicio produce en el alma cuatro malos efectos: 1º: la obscurece y la ciega; 2º: la mancha; 3º: la turba y la molesta; 4º: la debilita. Pero entre estos vicios, el que ciega especialmente el espíritu es el orgullo; el que mancha más particularmente el corazón, es la voluptuosidad.

Por naturaleza, estamos siempre dispuestos a dejarnos encantar por el brillo del honor, del aplauso y de la estimación de los hombres, por los atractivos del placer y de la satisfacción de nuestros sentidos, porque dejamos a la gracia muy poco dominio sobre nuestro espíritu. Por la misma razón, si dicen algo sobre nuestros defectos, no lo podemos soportar. Ello exitará en nuestro corazón numerosos movimientos de cólera, de pena, de amargura, de impaciencia.

¡Extraña injusticia del corazón humano! Dios nos ha perdonado una infinidad de pecados veniales y cuando los hemos confesado, entre tantas recaídas nos ha dado sus consuelos interiores como prenda de nuestra reconciliación; no obstante eso, no podemos olvidar una palabra poco atenta que nos hayan dicho, una pequeña ofensa que nos hayan hecho; conservamos siempre el recuerdo y esperamos la ocasión de manifestar nuestro descontento. Esto nace de la loca estimación y del falso amor que nos tenemos; consideramos más nuestros intereses que los de Dios: el orgullo nos engeuece.

La malicia de nuestro corazón orgulloso se deja ver aún, en que, si alguien tiene el menor defecto, aunque en lo demás sobresalga, dejamos a un lado todas las perfecciones que posee y nos asimos del defecto que tiene; pensamos, hablamos, aprovechamos todas las ocasiones para estimarnos más a nosotros que a esa persona, para elevarnos interiormente sobre ella, de manera que la llevamos en nuestra estimación muy por debajo de todas las demás.

§ III

Tenemos mucha dificultad en reconocer las faltas que cometemos, contra las virtudes que creemos poseer, aunque, en efecto, cometamos algunas muy visibles. Pero nuestro espíritu soberbio no puede someterse a un humilde reconocimiento, porque esta confesión es contraria a la idea que tenemos de nosotros mismos y ofende a la vana gloria de que nos envanecemos.

Estamos tan llenos de mentira y vanidad que aunque veamos que no tenemos ciertas virtudes, si por casualidad hacemos algunos actos por los cuales nos alaban, nos dejamos persuadir en seguida de que tenemos esas virtudes y nos lisonjamos con esta falsa opinión, como esos locos que se imaginan que son reyes: creyendo ser lo que no somos.

§ IV

Si no somos extremadamente fieles a la gracia, hacemos todo, hasta las acciones más santas, por motivos de amor propio; de manera que si decimos la Misa, hacemos la oración, nuestra lectura espiritual o cualquier otro ejercicio, lo que buscamos en todo esto es nuestro adelanto espiritual. Este motivo es desordenado. Lo que debemos proponernos, es tender a Dios y unirnos a El con estos santos ejercicios. Este último motivo no mira más que la gloria de Dios, está conforme a la voluntad de Dios, es puro y desinteresado, agradable a Dios.

§ V

Somos muchas veces demasiado sensibles a los disgustos que nos vienen de parte de los superiores y de la religión. ¿Qué estado hay en el mundo en que no se sufra, de tiempo en tiempo, algún disgusto? Si nos rehusan una cosa que no estaban obligados a concedernos, un permiso, por ejemplo, nos quejamos grandemente y murmuramos: ¿Qué cosa más injusta? Un poco de humildad y de mortificación nos ahorrarían muchas penas.

§ VI

Dios pesa los corazones; algunas veces retira sus gracias, porque El ve cuánto orgullo tenemos. El prevé que dándonos más consuelos y luces, si nos concediera ciertos favores, nos pondríamos más soberbios. Estamos ya al borde del

precipicio y para impedirnos caer, nos priva de gracias que serían la ocasión de nuestra caída.

Así rehusó a San Pablo el librarlo de esa importuna prueba de su carne, por temor de que la vanidad no engriera su corazón. No porque San Pablo fuera soberbio, sino porque Dios no quiso que lo fuera.

§ VII

Tenemos el corazón infinitamente pequeño. Si Dios nos da el menor consuelo, una lágrima de devoción, encontramos motivo para elevarnos maravillosamente ante nuestros ojos. Y sin embargo, ¿qué es esto? No es ni la milésima parte de lo que Dios quiere darnos. Imaginémonos un pobre que acaba de recibir unos centavos de mano de un gran señor; se va radiante de alegría, sin esperar las larguezas de este señor, que quiere darle un puñado de monedas. He aquí justamente lo que nosotros hacemos.

ARTICULO IV

Que no hay que descuidar las menores imperfecciones

§ I

Debemos tener gran cuidado de los menores ímpetus del espíritu, puesto que Dios los tiene en mucho más que todas las ocupaciones y acciones de la vida natural.

Haber ahogado en su corazón el movimiento de una inclinación o pasión desordenada, haber arrancado de su alma una sola imperfección, es haber ganado más que haber adquirido la posesión de cien mil mundos por una eternidad.

Aunque trabajando todo el día, como mozo de cordel, no hubiéramos ganado otra cosa que libranos de un pensamiento inútil, deberíamos estimarnos muy bien recompensados de nuestro trabajo.

§ II

Ciertas cosas muy pequeñas en sí mismas, sin embargo, son de grandes consecuencias respecto del religioso. Así, caminar con poca modestia por la ciudad, dejarse llevar por algunas sensualidades en la mesa, reírse a carcajadas, son faltas pequeñas en sí mismas, pero muy considerables en sus consecuencias, porque de esto se infiere que los en que se ven, no tienen mucha devoción y muy luego pierden la estimación que tenían por la orden. Por esto, decir algo en desprestigio de una casa o del superior de ella a quien ha de ir a vivir en ella, es una falta notable, porque quita a este religioso la indiferencia que debe tener por cualquier lugar, lo cual es de grandes consecuencias. Este defecto es bastante común.

§ III

Hay que tratar con mucho cuidado de acabar con ciertas veleidades o actos ineficaces de la voluntad que hacemos continuamente respecto a ob-

jetos que excitan en nosotros sentimientos malos de orgullo, de envidia, de acritud, de sensualidad; de estos actos ineficaces nacen los eficaces y de una simple veleidad se llega fácilmente a una voluntad resuelta y deliberada. Con todo, en materia de devoción, estas voluntades ineficaces son buenas, como lo dice Suárez.

ARTICULO V

De la abnegación de nuestras inclinaciones para adquirir una santa indiferencia

§ I

Tenemos generalmente en nuestra alma ciertas cosas que dañan a todo nuestro interior. Será tal vez una afeción desordenada, algunos proyectos o deseos de estar en cierto lugar determinado, un puesto, un cargo. Debemos procurar una entera indiferencia y protestar que no buscamos nada más que poseer a Dios en esta vida, tanto cuanto podamos y que lo demás nos es indiferente.

Es un error el quejarnos algunas veces de no tener bastante trabajo en el lugar en que nos hallamos. Esta queja proviene de que no estamos suficientemente desprendidos de nuestras inclinaciones y de nuestra propia voluntad. No tenemos una perfecta indiferencia para cualquier clase de ocupaciones; tenemos proyectos propios. Nos gustaría ocuparnos de ciertas cosas, y nos aflige no hacerlo; por ejemplo, predicar o dirigir una Con-

gregación en tal ciudad y cuando no nos dan estos cargos nos parece que tenemos las manos atadas: creemos estar sin ocupación; es una ilusión.

Cualquiera que dirija su voluntad, indiferentemente, a toda clase de bien, no forma proyectos de sí mismo y tendrá mucho en qué ocuparse. Primeramente, en la oración, que debe ser la principal ocupación de un religioso; pero los que no han progresado en su juventud, jamás se dedicarán a ella en la vejez. En seguida la visita a los hospitales y a las cárceles; los catecismos, que son un ministerio tan propio de la Compañía y que San Ignacio y nuestros primeros padres ejercitaron con tanto celo; algunas exhortaciones a religiosas, algunas misiones en las parroquias del campo, por uno o dos días, etc.

Aspiras a cierto cargo: quieres, por ejemplo, tener tal clase en este colegio. Supongamos que lo consigues con intrigas o importunidades. Es verdad que estarás satisfecho, pero todo el trabajo de esta clase será sin fruto para ti; porque por más que lo ofrezcas a Dios, con muy buenas intenciones después, no será del agrado de Dios, porque no está conforme con su Voluntad. ¡No era esto lo que El quería de ti! La única gracia que Dios os concederá en esta ocasión, según su proceder ordinario, será la de impedir que en este cargo, sufras alguna gran caída; a no ser que reconociendo tu falta, resuelvas ponerte sinceramente en disposición de cambiar de cargo e informes a los superiores, que estás resignado enteramente a lo que ellos dispongan.

§ II

Tienes a bien decir que eres indiferente a todo; pero si te agradan ciertos empleos brillantes, no lo eres tanto. Mientras dure esta estimación, tu pretendida indiferencia no será más que una verdadera hipocresía.

No es posible ser indiferente, si en primer lugar, no se estima la vida interior y no se tiene bastante discernimiento para preferirla a toda otra ocupación. En segundo lugar, si no se desprecia el brillo de las ocupaciones exteriores, todo el gusto que se experimenta en ellas y todas las ventajas que prometen. Sin esto, bien se podría tener cierta indiferencia, pero con dificultad y molestias. No será constante porque, después de todo, el corazón no puede dejar de amar algo. Pero si se ama y si se toma como se debe la vida interior, seremos eternamente indiferentes para todos los cargos de la vida terrena; porque aquélla, cuando se la conoce, tiene incomparablemente más atractivos y delicias que ésta; de lo cual nos es muy importante convencernos, porque como no se puede persuadir a los seculares del desprecio de las riquezas sino haciéndoles saber que pueden adquirir otros bienes mucho más sólidos y duraderos, de la misma manera no despreciaremos las satisfacciones que podemos prometernos en los cargos honoríficos, más que cuando estemos igualmente convencidos de que encontraremos otras mucho más sólidas en el recogimiento de la vida interior.

Sin el don de oración, no tendremos jamás una perfecta indiferencia, universal y constante. Podremos muy bien tener cierta indiferencia por algunas cosas y por algún tiempo; pero no será completa ni apacible, estará siempre acompañada de inquietud y combatida por muchas repugnancias.

§ III

Es necesario ser de tal manera indiferente que se debe estar siempre más dispuesto para todo aquello hacia lo cual sentimos más aversión, y pedirlo a Dios y a los superiores. Quien no llegue a esto, está muy lejos de la verdadera indiferencia.

Algunos no buscan, pero mantienen la esperanza de tener ciertos cargos o algún otro bien. Hay que deshacerse de todo esto, para tener una perfecta indiferencia.

Debemos vivir en un gran abandono de nosotros mismos, a la voluntad de Dios, a los designios de su Divina Providencia y a las disposiciones de la obediencia, sacrificando a Dios todas nuestras pretensiones y todas las esperanzas humanas que tenemos en gran número, sobre todo en la juventud. Los jóvenes viven de las esperanzas del porvenir y los viejos del recuerdo del pasado.

Comprendamos que no hay nada más vano que esta clase de esperanzas que generalmente son engañosas; que de cincuenta, apenas tres resultan,

ya que Dios se complace en hacerlas fracasar porque son en cierta manera como una usurpación de sus derechos; por último, que procurar el logro de ellas es salir de las vías de la Providencia y dejar el camino que Dios nos había trazado desde toda la eternidad.

ARTICULO VI

Cómo se debe conducir en las gracias y con cuánta abnegación hay que recibirlas

§ I

La abnegación de los principiantes consiste en retirarse de las ocasiones de pecado, en mortificar sus pasiones, su voluntad y su juicio propio. La abnegación de los que ya han hecho algún progreso en la vida espiritual, está en no apegarse a los dones de Dios. Porque aunque confesemos que todo lo tenemos de Dios, procedemos no obstante como si tuviéramos por nosotros mismos las gracias que se nos dan por pura misericordia, como si las pudiéramos retener y las poseyésemos como se poseen los obsequios que nos llegan de la liberalidad de los hombres, lo cual es falso.

Dios, para impedir esta usurpación, retira a veces sus gracias y nos quita esa facilidad para practicar las virtudes, que nos había dado; de ma-

nera que nos parecerá que somos soberbios o sensuales y tendremos mucha dificultad para humillarnos y mortificarnos, como la teníamos al comenzar. Pero lo que Dios hace es para nuestro bien; hay que dejarlo hacer; quiere entonces obrar por Sí mismo y que nosotros aprendamos a sobrellevar sus operaciones. *Ut simus patientes divina.*

Nos priva de sus consuelos y de la devoción sensible, en la oración y en todos nuestros ejercicios, para probar nuestra fidelidad y para llevarnos a esta perfecta desnudez de espíritu en que deben estar las almas que el Espíritu Santo quiere colmar de sus dones. Lo único que tenemos que hacer por nuestra parte, es mantenernos en la mayor pureza de corazón que sea posible, evitando cuidadosamente las menores faltas, y en lo demás, entreguémonos a Dios y sometámonos a todas las disposiciones de la Providencia.

Esta conducta no es solamente para el tiempo de nuestro noviciado, sino para toda nuestra vida; tengamos, pues, confianza en Dios y tengamos seguridad de que no nos abandonará.

§ II

Nos apropiamos los buenos sentimientos que Dios nos da y nos apegamos a ellos, por una sensualidad espiritual o por una secreta vanidad, los escribimos y quisiéramos tenerlos siempre.

No es malo escribirlos, para recordarlos, con la

intención de servirnos de ellos en el porvenir; pero hacerlo con espíritu de propiedad es un peligroso abuso.

Somos viajeros, debemos caminar siempre hacia nuestro término y no detenernos en tan poca cosa; Dios nos reserva muchos otros favores; es infinitamente rico e infinitamente aficionado a dar; no se olvida jamás de distribuirnos sus bienes, con la condición de que seamos fieles en cooperar con ellos. Sirvámonos únicamente de los que nos da, mientras los tengamos; después pasemos adelante, como un viajero que camina alegremente en un lindo camino, sin detenerse más en un sitio que en otro, bajo el pretexto de su belleza.

Los que siempre están reflexionando sobre las luces y los sentimientos de la gracia se asemejan a un viajero, que de tiempo en tiempo, después de dar algunos pasos, se volviera para ver el camino que ha recorrido, y se entretuviera contemplándolo con vana complacencia.

§ III

Comprendamos que las gracias que Dios nos da, son bienes de Dios y no nuestros. La pobreza se debe practicar también en relación con esta clase de bienes espirituales; en la medida de abnegación y pureza con que las recibamos, las gracias de Dios nos serán más eficaces y abundantes.

§ IV

Cuando Dios nos da alguna luz, desde el momento en que la recibimos, opera el efecto que Dios desea, porque ha dispuesto al alma a lo que Dios quería de ella; a saber: a ser más capaz de unirse a Dios, a lo cual todo se endereza.

No se debe, pues, poner como hacen algunos, el fin de todas las luces en la acción y en la práctica; de manera que consideremos como inútiles las que no nos llevan a obrar. Basta que ellas dispongan poco a poco nuestra alma para la unión con Dios, que es el fin único de todas nuestras obras. Porque todo lo que hacemos en el ejercicio de las virtudes nos acerca a este término.

Cuando las luces y los sentimientos han pasado, no debemos hacer ningún esfuerzo para recordarlos. No obstante, si Dios nos los trae a la memoria, este recuerdo no es malo; pero solamente los principiantes los deben escribir.

§ V

Desde el momento que nos apegamos a cualquier cosa fuera de Dios, damos ocasión al demonio para que, por este apego, no deje de quitarnos la libertad de espíritu y de turbarnos o de darnos o procurarnos, en cuanto pueda, aquello a que nos hemos aficionado, sobre todo si son gustos y consuelos sensibles, de lo cual será muy solícito para perdernos, si es que puede.

Cuando un director se da cuenta, pues, que un alma que él dirige tiene esta clase de apegos, le debe quitar la causa por algún tiempo; luego, cuando advierta indiferencia, le permitirá el uso ordinario.

Las personas iluminadas por verdaderas luces no ponen su afección más que en Dios, no apegándose ni aún a las cosas más santas. Si Dios les da algún buen sentimiento, lo reciben con acciones de gracia y abnegación, guardándose bien de cambiarlos por otros que el demonio trata sutilmente de sugerirles. Y cuando este sentimiento de Dios ha pasado, no se apegan más, ni se esfuerzan por retenerlo más tiempo que el que Dios quiere. No se proponen renovar la causa o la ocasión que lo habían excitado, como hacer nuevamente los mismos ejercicios, la misma oración, la misma lectura, con la intención de tener un sentimiento semejante; sino que pasan adelante, caminando siempre en una entera desnudez de espíritu y por este medio, quitan al demonio el poder y la ocasión de engañarlos, dándoles dulzuras y consuelos sensibles y otras cosas extraordinarias para precipitarlos en seguida al abismo.

CAPITULO III

EL CUIDADO QUE HAY QUE TENER DE LA PUREZA DE CORAZON EN LA ACCION

ARTICULO I

*Debemos hacer nuestras acciones con una
intención pura*

Debemos tener un gran cuidado de hacer todas nuestras acciones con una intención pura. Una acción que de por sí es buena, se corrompe cuando está precedida o acompañada de mala intención; y es en parte mala, cuando habiendo sido precedida de una intención pura, es acompañada de impura intención, como, por ejemplo, de vanagloria que se desliza insensiblemente.

La pureza de intención tiene por principales enemigos a la vanidad, el placer, el interés y la aversión. Por lo que al comenzar nuestras acciones, al sentarnos a la mesa, al ir de recreo, debemos vencer nuestras repugnancias y renunciar a nuestras propias satisfacciones; de manera que no procedamos por ningún motivo impuro, que siempre estemos dispuestos a hacer lo que hacemos, para agradar a Dios, aunque no encontremos agrado ni satisfacción de nuestro propio interés.

En el curso de nuestras acciones debemos tener una gran circunspección, para defendernos de las impurezas que pueden deslizarse, sea de las externas como las de inmodestia, sea de las internas como las secretas instigaciones del amor propio.

ARTICULO II

Que debemos proceder por principios sobrenaturales

Nuestro corazón está en continuo movimiento hacia el bien; pero siempre es hacia un bien sobrenatural, si el Espíritu Santo no lo eleva más alto. Por esto debemos vigilar sobre todos los movimientos de nuestro corazón, para no seguir más que los que vengan del Espíritu Santo.

Los ángeles no han hecho jamás estos actos, que llamamos de *pura naturaleza*; ellos renunciaron para siempre a su amor propio, por el amor de Dios; y mientras fueron *viatores* no hicieron más que actos de fe, de esperanza, de caridad y de otras virtudes sobrenaturales. Esto les ha merecido la posesión de Dios y los ha hecho eternamente felices. Deberíamos imitar esta fidelidad de los ángeles, procediendo siempre por principios sobrenaturales. Pero nosotros estamos sumergidos en la naturaleza y la mayoría de nuestras acciones son, o puramente naturales, o mezcladas en parte con la gracia y en parte con la naturaleza. No hacemos casi nada que sea absolutamente de la gracia y perfectamente sobrenatural.

CAPITULO IV

LOS PRINCIPIOS DE LA CORRUPCION DEL CORAZON POR PARTE DEL ESPIRITU

ARTICULO I

El error y las falsas máximas

No tenemos jamás vicios ni imperfecciones, sin que tengamos falsos juicios y falsas ideas, que son las que causan este desorden en nuestras costumbres, porque el entendimiento y la voluntad son los dos principios de la malicia, como de la bondad de las creaturas libres. Así, los imperfectos están llenos de juicios prácticos basados sobre falsas ideas que se forman según las inclinaciones de la naturaleza corrompida. He aquí lo que nos mantiene siempre en nuestras miserias. El poco bien que hacemos nos enceguece de tal manera que nos estimamos muy virtuosos, y esta buena opinión que tenemos de nosotros mismos nos hace muy difícil corregir nuestros defectos. El pueblo seguía a Nuestro Señor, El les decía: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; y esta buena gente recibía humildemente su doctrina. Los fa-

riseos, los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes, no le seguían, estimando vanamente que ellos tenían algo más grande que lo que El predicaba.

ARTICULO II

La ignorancia

Los que no siguen las inspiraciones del Espíritu Santo permanecen toda su vida en esa triple ignorancia de que habla San Lorenzo Justiniano.

La primera es la que llama *nescientia veri et falsi*, la falta de discernimiento para distinguir lo verdadero de lo falso.

Esta ignorancia se encuentra entre los que no tomándose el trabajo de observar los movimientos de su interior, no saben distinguir en ellos las diversas operaciones de Dios, de las de la naturaleza y del demonio; de manera que se encuentran entre dos sentimientos opuestos, y sucede a menudo que toman lo falso por lo verdadero, una idea de su imaginación o una sugestión del enemigo por una inspiración divina y su propia inclinación como sugerencia de la gracia. Se permiten con toda libertad todo lo que creen que no es malo, todo lo que les parece que la razón y el buen sentido aprueban. Esta es su única regla y no siguen las máximas de la fe sino según el temperamento y las modificaciones que su razón le añade. Para mantenerse en esta libertad, se fundan sobre estos principios: que no quieren ser escrupu-

losos, ni romperse la cabeza, ni quieren ser abstractos, ni hacer nada contra el sentido común.

Es muy peligroso para los que son llamados a una eminente perfección, limitarse a ser conducidos por la razón y el buen sentido o apoyarse más en ellos que en las luces del Espíritu Santo.

Porque, en primer lugar, no hay espíritu por penetrante que sea, ni de más sólido juicio, que el demonio no pueda engañar. En segundo lugar, esta conducción es defectuosa, porque en muchos casos la razón es limitada y no basta para conducirse en toda ocasión. En tercer lugar, es puramente natural, baja, limitada, y restringe a pocas cosas los designios de Dios, que son grandes y de vastas proyecciones. Cuarto, usurpan los derechos del Espíritu Santo, colocando a la razón humana como árbitro y norma de las inspiraciones y vocaciones divinas, en lugar de estarles ella sometida y de ser el Espíritu Santo quien deba dirigir y disponer de sus gracias.

La segunda clase de ignorancia es llamada por San Lorenzo Justiniano: *nescientia boni et mali*; falta de discernimiento entre el bien y el mal. Es propiamente no saber tener esa justa moderación y ese medio en que consiste la virtud, entre las dos extremidades de los vicios que les son contrarios; lo que no se puede conocer con certeza más que bajo la dirección del Espíritu Santo.

Las virtudes morales degeneran en vicios, cuando se les toma fuera de un cierto punto que no es siempre el mismo; la menor circunstancia de tiempo, de lugar, de personas, puede hacerles cam-

biar. La razón podrá algunas veces encontrarlo, pero no siempre; puede fácilmente equivocarse en este discernimiento. El Espíritu Santo es quien enseña a encontrar ese medio y a mantenerse en él, cuando se ha encontrado. Es El quien enseña a practicar la mortificación sin llegar a excesos que arruinen la salud o sin deleitarse bajo pretexto de discreción; a inclinarnos tanto del lado de la dulzura como al del rigor; a hacer más oración, más penitencia en un tiempo que en otro.

De lo que debemos concluir, primeramente, que fuera de la verdadera Iglesia, no se puede tener ninguna virtud moral en toda su perfección; segundo, que lo que es bueno para un tiempo no lo es para otro; así, diversas cosas que en otros tiempos estaban en práctica en la disciplina de la Iglesia, no lo están al presente; que muchos cánones de los antiguos concilios ya no están en vigencia, a causa de los cambios habidos de siglo en siglo; que no se puede por esto tachar a la Iglesia de relajamiento, como lo hacen los innovadores, que alaban a la antigua Iglesia, sus costumbres y sus prácticas, que querrían, parece, no recordar que el mismo Espíritu que gobernaba en otros tiempos a la Iglesia, la gobierna hoy día y que acomoda su dirección a los tiempos y a las diferentes disposiciones de los fieles.

La tercera clase de ignorancia se llama: *nescientia commodi et noxii*; falta de discernimiento, lo que es útil y lo que es perjudicial. Es cuando, entre estas cosas que en sí mismas son buenas, no sabemos discernir cuáles son las más o menos

conformes con los designios de Dios. Así, habiendo sido San Pablo fuertemente turbado por una importuna tentación de la carne, no sabía si le sería conveniente o no librarse de ella; pidió ser exonerado y el Espíritu Santo le reveló que esta tentación era ordenada por la Providencia para la gloria de Dios.

De esto se deduce: que esta ignorancia puede encontrarse muchas veces, aun en las personas más santas, por lo menos en ciertos casos, bien que, generalmente en sus actos y en sus cargos, se dan cuenta muy bien, de lo que deben hacer y de lo que es mejor, que tienen las luces del Espíritu Santo, para conocer la voluntad de Dios, como tenemos la luz del sol para ver los objetos que se presentan a nuestra vista.

Segundo: aunque todo lo que hay de espíritu y buen sentido repartido entre todos los hombres, se reuniera en uno solo, éste no podría juzgar en tal o cual ocasión, lo que nos es más conveniente y lo que está en el orden de la Providencia respecto a nosotros. Los mismos ángeles no lo podrían decir; porque ¿quién puede saber lo que Dios quiere de nosotros, a dónde nos lleva y por dónde nos quiere llevar, siendo las vías interiores de los justos, tan diferentes como sus fisonomías?

Tercero: que este discernimiento pertenece, como los anteriores, al Espíritu Santo, que penetra hasta el fondo del corazón de Dios y conoce todos sus designios y su voluntad, manifestándoselos a las almas que se abandonan a su dirección.

CAPITULO V

PRINCIPIOS EXTERIORES DE LA
CORRUPCION DEL CORAZON

ARTICULO I

Cuánto perjudican las amistades particulares y las conversaciones con los imperfectos

Las amistades particulares y las comunicaciones familiares y frecuentes tienden generalmente a la maledicencia, a intrigas y pequeñas preocupaciones; a murmuraciones, a burlarse de los demás, a faltar a las reglas, a perder el tiempo y a otros defectos semejantes.

Hay que tener una caridad universal, encontrarse igualmente contento con todo el mundo en la recreación, no evitar ni buscar a nadie, no tener amistad particular con ninguna persona sin haberla antes probado muy bien, de tal manera que se pueda esperar un provecho de sus buenos ejemplos, para avanzar en la virtud.

No obstante, es conveniente tener confianza con alguno de los de la casa, a quien se pueda pedir consejos en sus dudas; él encomendará a Dios el asunto y después dará su opinión con toda franqueza.

ARTICULO II

Defectos que debemos evitar en nuestras conversaciones

§ I

Tengamos cuidado de que nuestra conversación no sea pueril, de no tratarnos unos a otros con bastante gravedad, respeto y cortesía; no nos acostumbremos a contradecirnos, ni a excusarnos cuando nos censuren; de no hablar demasiado ni de cosas espirituales, de ser más reservados de nuestras intimidades y que en nuestras conversaciones y recreaciones no nos llenemos el espíritu con una infinidad de cosas que no sirven más que para disiparnos y turbarnos.

Sería necesario no salir nunca de nuestro recogimiento, no olvidar jamás la presencia de Dios, mantenernos siempre en la modestia y en la humildad, hablar poco y únicamente de cosas buenas, tratarnos con deferencia y deshacernos de este espíritu de contradicción que lleva a impugnar las opiniones de los demás.

§ I

Nuestra conversación debe ser atenta y cortés, suave y agradable, temperada de alegría y gravedad modesta, acomodándose siempre al carácter

de los demás, sin contradecir ni decir pullas, sin burlas ni mofas, sin ligerezas ni adulación, apartándonos de cumplimientos y de maneras mundanas, acompañándolas de prudencia y de simplicidad, llenos de edificación, animados del espíritu de Dios y sazonados con la unción santa que la gracia da a las almas que posee enteramente.

§ III

En las conversaciones y en las visitas tengamos cuidado de que el corazón y el espíritu no se detengan en cosas exteriores y se limiten a ellas. A lo que se presente a nuestros sentidos, debemos decir interiormente: *Pase, pase, no es esto lo que yo busco: lo que busco es la unión con Dios, quiero únicamente a Dios.*

ARTICULO III

De las visitas y las conversaciones inútiles

§ I

La mayor parte de las visitas que se hacen, no sirven más que para causar disipación. Los que obran en esto por principios naturales no ganarán sobre los seculares en un mes entero, lo que ganan en un día los que se conducen por motivos sobrenaturales.

§ II

Es necesario, mortificar, en cuanto se pueda, la curiosidad de saber noticias y el deseo de contarlas. Nada más contrario al espíritu interior, ni que disipe tanto el corazón. Así como un pescado muere fuera del agua porque no está en su elemento, lo mismo el espíritu de recogimiento se pierde en las conversaciones de novedades porque está fuera de su elemento.

§ III

Cuán extraño es ver (pero no obstante sucede) que un religioso o una religiosa a quien Dios ha retirado de los embarazos del mundo y ha colocado en la religión como en un paraíso terrenal, donde se pueden alimentar con el pan de los ángeles, con el fruto de vida, del maná escondido; donde, en el recogimiento, en la oración, en los rigores mismos de la penitencia, pueden gustar dulzuras y consuelos que satisfacen plenamente el corazón; donde pueden beber en la fuente de las aguas puras de la gracia; almas a quienes Dios presenta las delicias del cielo y que pueden encontrar en Dios toda la felicidad de esta vida; entretenerse como la gente del mundo, con placeres que adulan a los sentidos, saborean la lectura de libros profanos, buscan sus satisfacciones en visitas y novedades, en vanas conversaciones y en familiaridades en que se pierden tantas horas, un

tiempo tan precioso que se sustrae a los ejercicios de devoción, a los deberes de su cargo y de la obediencia.

¿Y cómo se puede hacer esto? ¿Por qué encanto se dejan engañar así? *Fascinatio nugacitatis obscurat bona*. Tales bagatelas pueden encantar a un alma consagrada a Nuestro Señor Jesucristo con tan santos compromisos, con votos tantas veces renovados. Estas bagatelas le impiden reconocer los bienes que Dios ha preparado para aquellos que, con una generosa abnegación, dejan todo para entregarse a El.

¡Qué torrentes de delicias derramaría Dios en el alma de un San Francisco Javier cuando después de fatigas y peligros de un viaje de cinco o seis mil millas, decía que por uno solo de estos divinos consuelos de que rebosaba su alma, se expondría otra vez gustoso a los mismos padecimientos, y que cualquiera haría lo mismo, si Dios le hiciera gustar las mismas dulzuras!

SECCION II
[DE LA GUARDA DEL
CORAZON] (1)

CAPITULO I
SU NATURALEZA

ARTICULO I

Qué cosa es la guarda del corazón y en qué se diferencia del examen de conciencia

La guarda del corazón no es otra cosa que la atención que se lleva con los movimientos del corazón, y para con todo lo que pasa en el hombre interior, a fin de reglar su conducta por el espíritu de Dios, y ajustarle a su deber, y a las obligaciones de su estado. De aquí se puede echar de ver cuán diferente es este ejercicio del examen de conciencia.

1º — El examen se hace en ciertos tiempos señalados; la guarda del corazón se practica a todas horas, y no tiene tiempo alguno limitado; siempre y por siempre.

(1) Este capítulo figuró hasta ahora entre las obras del P. Juan Rigoleuc S. J., (versión según una antigua traducción anónima al español).

2º — El examen es una revista, una investigación, recordación y memoria de las acciones pasadas, de muchas acciones juntas, y ordinariamente de una parte del día; la guarda del corazón es una vista de las acciones presentes y una aplicación del espíritu a las diversas partes de una acción según se va ejecutando, y a medida que se va haciendo.

3º — El examen mira las cosas más en grande, y más superficialmente; la guarda del corazón las considera en detalle, y de una manera más distinta e íntima.

4º — El examen trabaja y ocupa la memoria; la guarda del corazón de ningún modo la fatiga, ni es tan molesta, que no deje quizá tiempo para discurrir.

Ella no pide una contienda y lucha violenta que debe traer el espíritu abstraído; mas solamente una atención de espíritu moderada, que produce un fondo de paz interior que es la fuente y manantial de las más dulces consolaciones que se pueden gustar en esta vida.

ARTICULO II

La necesidad de la guarda del corazón

Para concebir cuanto importa el velar sin cesar en la guarda del corazón, no se necesita sino hacer un poco de reflexión sobre la corrupción de la naturaleza que el pecado nos ha causado, sobre la continua guerra que nosotros tenemos con los

enemigos de nuestra salvación, y sobre los peligros a que estamos expuestos en todo momento.

Porque es bien cierto, que a menos de haber hecho notables adelantos en la gracia, nuestro corazón no puede estar casi jamás sin desorden, ni obrar sin turbación, y sin la impureza del amor propio; y que incesantemente se opone al espíritu de Dios. Además, su inconstancia natural le hace cambiar de semblante a todas horas, y toma los diferentes colores de los acontecimientos todos de la vida: y las diversas impresiones que recibe de afuera, le tienen en una perpetua vicisitud de sentimientos contrarios; estando además sujeto a una fiebre continua de cantidad de pasiones, que por la violencia de sus accesos, le impiden demorarse en el justo temple en que debe estar para gozar una perfecta salud. Siempre está de prisa, en apresuramiento, y en la busca de sus satisfacciones, sin que cese un momento de ocuparse en formar nuevos proyectos para contentarse y llenar ese vacío inmenso de deseos, que ni aun la posesión y disfrute de todas las criaturas sabría satisfacer. Su delicadeza y su sensibilidad son extremas. La menor cosa le ofende. Los menores males le hieren. Está lleno de rodeos y de disfraces; ama las ilusiones que le lisonjean y acarician: y para colmo de sus males, de nada huye más que de conocerse a sí mismo, echándose afuera por todas las veredas que encuentra, para no verse obligado a encerrarse en sí mismo, sin poder soportar la vista de sus desórdenes ni los remordimientos de su conciencia.

En este estado no es creíble cuánto es el imperio que toma el demonio sobre un corazón abandonado hasta tal punto: cómo a la presencia, y aun a la idea simple de los objetos excita aquella pasión que le agrada: cómo sofoca las buenas inspiraciones y hace nulos los atractivos y sollicitaciones de la gracia: cómo en las más fuertes impresiones del espíritu de Dios, él se fortifica, bien con las inclinaciones, bien con las repugnancias de la naturaleza; cómo renueva los hábitos antiguos y vuelve a encender los afectos apagados y despierta las sensaciones adormecidas, y revuelve la semilla y las ideas de los pecados pasados; cómo trastorna los designios de Dios, e impide o debilita, o corrompe las operaciones divinas.

Así es que viviendo el corazón franco y abierto a los objetos externos, expuesto a las sorpresas del enemigo, turbado por la guerra intestina de sus pasiones, en la flaqueza y corrupción de la naturaleza en que vivimos, en el comercio y trato del mundo que es tan contagioso, en el embarazo de los negocios que se suceden unos a otros, entre una multitud de cuidados que se llevan la mayor parte de nuestra atención; entre los halagos del pecado que en todas partes se encuentran; es inconcebible de cuántos defectos se llena, cuánto se ensucia, y cuántas llagas recibe, sin que casi las perciba.

De aquí podemos inferir cuánta necesidad tenemos de velar sin cesar sobre nosotros mismos. Y pues que nuestra perfección consiste en la unión

con Dios, es claro que nosotros no podemos esperar perfección alguna, sin una continua atención a la guarda de nuestro corazón, para impedir que nada entre, ni salga de él, que pueda turbarle la paz ni su estado de pureza: estas dos cualidades son absolutamente necesarias para disponer nuestras almas a la unión divina.

Este es el motivo por el cual todos los maestros de la vida espiritual recomiendan tanto la guarda del corazón; y por qué muchos de ellos no dan más que un solo precepto a los que quieren adelantar en los caminos de Dios, y es: *Guardad vuestro corazón*: jamás perdáis de vista vuestro interior.

Yo me acuerdo que el P. Luis Lallemand, que fué uno de los más ilustres en la ciencia de los santos, acostumbraba a decirnos en tiempo de nuestra tercera probación: *que una de las mayores gracias que Dios nos hace en la Compañía y una de las que debemos pedir a Dios con más instancia, es la de estar siempre en vela y guarda de nuestro corazón, que nos conozcamos y nos corriamos hasta en los más pequeños movimientos desordenados; y tanto, que si nosotros no velamos sobre nosotros mismos, se introducen sin sentir todos los días en nuestro corazón una infinidad de defectos que no conocemos.*

Así es en efecto: porque si esta atención y vigilancia es tan necesaria a todas las almas que aspiran a la perfección, ella es aún más particularmente precisa a los que por deber de su vocación están

casi siempre ocupados en los trabajos y afanes de una vida activa. En la cual, sin una continua vigilancia, están en grande peligro de derramarse muy por de fuera, y por consiguiente de perjudicarse mucho a sí mismo, y hacer poco fruto con respecto a los demás. Porque ello es cierto, que del interior es de donde todas las funciones exteriores del celo de las almas, sacan su vida y su eficacia: ¿qué virtud podrán tener ellas, si se mira con negligencia el cuidado de su interior? Si semejantes a los torbellinos y torrentes, que por apresurar mucho el curso de sus aguas, y precipitar su caída o bajada, o marcha, se encuentran bien pronto secos, nosotros nos derramamos del todo fuera con apresuramiento, ¿podremos admirarnos de que nos hallemos áridos, sin devoción, sin espíritu interior? ¡Ay! Que sólo Dios sabe cuánto comprometemos el buen suceso de nuestros trabajos con los prójimos, y cuánto perjudica el comercio del mundo a nuestra perfección, y puede ser que a nuestra salvación, por falta de aplicar-nos a reunir todas nuestras potencias para resistir a la impresión que los objetos exteriores hacen sobre nuestros sentidos, y de consiguiente sobre nuestro corazón.

¿De dónde proviene que tantos religiosos, tantas personas devotas, que por sí tienen buenos deseos, y que hacen, a lo que parece, todo lo que es preciso hacer para ser santos y llegar a serlo, sacan sin embargo tan poco fruto de sus oraciones, de sus comuniones, de sus lecturas, y que después de haber practicado todos los ejercicios de

la vida espiritual por tantos años, no tienen señal alguna de que hayan aprovechado en ella?

¿De qué proviene que los directores que conducen a otros por el camino de la perfección, viven ellos mismos siempre en sus imperfecciones ordinarias? ¿Que hombres celosos, operarios que trabajan con tanto ardor en la salud de las almas; que gentes que se entregan enteramente a ejercitarse en buenas obras, sin embargo tienen las pasiones tan vivas, están siempre sujetos a los mismos defectos, y no tienen casi ninguna entrada en la oración? Todo esto no proviene sino del poco cuidado, la negligencia en guardar su corazón. Estas personas abandonan el cuidado de su interior y se dan mucho a lo de afuera. Así es que sucede que muchas faltas se les escapan, mil pensamientos inútiles, mil palabras inconsideradas, cantidad de dichos agudos, de humor, movimientos desordenados, acciones puramente naturales que se anticipan a la gracia y a la libertad. Lo cual no sucedería, si ellas tuviesen una atención actual en reglar su conducta interior; y limitasen un poco la acción, para impedir que las pasiones, que en ella encuentran su pasto y alimento, se fortifiquen con tanto peligro y tan perjudicialmente cuanto que ellas se disfrazan bajo la especiosa apariencia del celo y la virtud.

Preciso es confesar, pues, que la guarda del corazón es tan necesaria para aprovechar en la vida espiritual, que no se adelanta nada en ella, sino en la proporción en que uno se da a este excelente ejercicio. Ahora veremos de qué manera deben los principiantes practicarle.

CAPITULO II

ARTICULO I

Práctica de la guarda del corazón

Supongo que, después de unos ejercicios, o de una confesión general, se ha formado una generosa resolución de ser todo de Dios a cualquier precio que sea y cueste lo que costare; y dedicarse con todas las fuerzas a la perfección del espíritu, y que por consiguiente se hacen todas las diligencias necesarias para conocer su estado interior, sus pasiones, sus malos hábitos, los caminos de Dios y la conducta de su Divina Majestad inspira al alma. Esto supuesto, ved de qué manera se debe aplicar a la guarda de su corazón durante el curso del día.

I. - Hagamos desde la mañana un buen propósito de velar sobre nuestro interior para regular todas nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, y todos nuestros movimientos, según el espíritu de Dios.

II. - Tratemos de prever y prevenir las ocasiones de nuestras faltas ordinarias, en que podríamos caer sea por hábito, sea por sorpresa.

III. - Estemos firmes en las ocasiones del pecado, de la tentación, y de la pasión que podría vencernos.

IV. - Recibamos las inspiraciones de Dios y las inspiraciones de la gracia en toda su extensión, y sigámoslas sin remisión y sin reserva.

V. - Reentremos dentro de nosotros mismos con la mayor frecuencia posible, y particularmente en ciertos tiempos señalados, como al oír el reloj, al cambiar de ocupaciones, en especial las de más duración y más notables. Y, por sobrecargados de negocios y ocupaciones que pudiésemos estar, no abandonemos jamás nuestro interior, de manera que no dejemos de levantar los ojos al cielo de vez en cuando.

VI. - Señalemos por escrito nuestras faltas muchas veces al día: esto es de tanta importancia, que sin ello todo lo demás no servirá mucho. Esta exactitud parece algo molesta; pero nosotros nos condenaremos a este trabajo y pena con gusto, si consideramos que nuestros pecados están con caracteres de confusión, marcados sobre la frente de nuestras almas, patentes para que todos los lean por toda una eternidad, a menos que los borre la penitencia. Justo es, pues, que se escriban al menos sobre el papel, a fin de que leyéndolos nosotros mismos, nos excitemos a llorarlos. Esta pequeña penitencia será el primer castigo de nuestras faltas, y nosotros se lo ofreceremos a Dios como primer fruto de nuestra sincera contrición.

En fin, tratemos de tener un continuo dolor de nuestros pecados, un perfecto desasimiento de nosotros mismos y de nuestras inclinaciones, una disposición del espíritu a toda suerte de cruces, de despojos y de privaciones, aun de las luces y de los consuelos espirituales. Así, teniendo el corazón abierto a las comunicaciones de Dios, suave y dócil a los movimientos de la gracia, pronto para la ejecución de sus quereres, generoso y vigilante para ahogar los sentimientos contrarios, haremos progresos maravillosos, y llegaremos a la más alta perfección.

Ved, según me parece, los puntos esenciales de la guarda del corazón. A lo cual puede añadirse, que en las revistas o exámenes que debéis hacer cada semana, y cada mes, no omitáis examinar y averiguar con qué cuidado habéis practicado este ejercicio, y cuál el provecho que habéis sacado.

Para compendiarle en dos palabras, y hacerlo por su brevedad más cómodo, decimos, que la guarda del corazón exige una atención actual o al menos frecuente, sobre su interior, para reprimir los sentimientos contrarios a la gracia, y seguir los movimientos del espíritu de Dios en toda su amplitud.

ARTICULO II

Las utilidades y las ventajas de la guarda del corazón

En este ejercicio es donde propiamente reside la esencia de la vida purgativa. En él está el

cumplimiento de aquel precepto tan expreso que nuestro Señor nos hace, de que velemos sin cesar esperando su venida. Es el centinela del lecho del esposo. Este es el camino más derecho, y más corto, al mismo tiempo que más seguro y cómodo. para llegar a la santidad. Esto es lo que se llama vivir en espíritu. Esta es la disposición que Dios requiere de nosotros para comunicarse a nosotros, y unirnos a él. Esta es la entrada en los caminos extraordinarios de la gracia.

Por este camino los antiguos solitarios y anacoretas del Egipto y de la Libia, sin dirección, sin asistencia humana, sin la frecuencia de los Sacramentos, se elevaron a la más alta perfección: con el cuidado que ellos tenían en velar la guarda de su corazón, supliendo el defecto de otros medios, y sirviéndoles como de un medio universal para soportar el horror y los enfados de la soledad, para perseverar en esta extrema desnudez, en esa austeridad prodigiosa, de que nos han dejado tan raros ejemplos, y para conseguir sobre los demonios esas gloriosas victorias, que causan tanto asombro a cuantos las leen.

Este fué principalmente el ejercicio con que San Ignacio gobernó nuestros primeros padres en el fervor de su conversión, y el que les dispuso para las grandes empresas que tuvo a bien el Señor ejecutar por ellos en todas las partes del Universo.

Así, vemos nosotros todos los días, que por este ejercicio de la guarda del corazón se principia la carrera de la vida espiritual: por él es por don-

de se adelanta en ella; y los progresos que se hacen en ella, son proporcionados al empeño que ponemos en guardar el corazón.

No hay libro ni director que enseñe mejor a conocerse, y a formarse a sí mismo, que esta continua vigilancia sobre su interior. Por este medio aprenderemos a ordenar nuestra conducta según los designios de Dios, a hacer todas nuestras obras en la pureza de su amor, a moderar nuestras pasiones, a sofocar sus primeros movimientos desde que nacen. Esta vigilancia será como un ojo siempre abierto para reconocer y distinguir los movimientos de la gracia de los de la naturaleza. Por ellos caminaremos con luz, y creceremos en gracia y en mérito casi a cada momento. Nos dispondremos a recibir los dones del Espíritu Santo, y le daremos una entera libertad para que nos conduzca y obre en nosotros y por nosotros, todo cuanto le plazca.

Tendremos entrada en el reino de Dios, donde se halla la paz del alma, y esa grandeza de ánimo tan necesaria para adelantar en los caminos del espíritu y arribar al colmo de la perfección.

Descubriremos dentro de nosotros mismos un nuevo mundo, escondido para aquéllos que no tienen ojos sino para mirar la figura de este mundo visible, que pasa como un sueño; y otra vida, desconocida de los que se dejan encantar por los placeres de la vida presente. Veremos como un grande teatro "en el que tres clases de espíritus, el de Dios, el de la carne, y el maligno espíritu,

aparecen sin cesar a todos juntos o separados". Como un campo de batalla, donde estos tres espíritus se baten sin tregua y sin descanso para la conquista de nuestra alma. Notaremos cien veces al día en estos espectáculos y combates interiores, las debilidades de la naturaleza, las astucias y rodeos del demonio, los artificios y revueltas del amor propio, más formidable que el demonio mismo, los conductos amorosos del espíritu de Dios, y los resortes admirables de la gracia.

Seremos admitidos a la familiaridad de Jesucristo, y llegaremos a ser sus discípulos en la escuela del corazón, en donde se aprende más en un momento que lo que todos los maestros del mundo podrían enseñar en un siglo.

Esta atención interior nos hará capaces de procurar el bien de nuestros prójimos. Por ella adquiriremos una prudencia sobrenatural, y una destreza realmente divina para tratar los negocios, para penetrar el fondo de los corazones, para discernir los espíritus y para conducir las almas a Dios.

En fin, por esta vigilancia nos estableceremos en una paz inalterable, en una igualdad de humor y de espíritu, siempre constante, en una perfecta e invariable dependencia de Dios.

Y cuando no hiciésemos otra cosa que practicar fielmente este ejercicio, sin hacer acciones brillantes ni ruidosas, ni mortificaciones extraordinarias, contentándonos con hacer solamente lo que es deber de nuestro estado y la obediencia.

cia nos encarga, viviendo y teniéndonos sin cesar como un centinela en un pequeño atrincheramiento interior, para observar los movimientos de nuestro corazón, no dejaríamos de llegar a una sublime santidad. Como, por el contrario, cuando recibiésemos las gracias más extraordinarias, cuando hiciésemos las penitencias más austeras, cuando tuviésemos los mayores empleos de celo y de caridad, no avanzaríamos jamás ni aprovecharíamos mucho, y no gustaríamos jamás de las delicias que están ocultas en la vida interior, ni la dulzura de la presencia del Espíritu Santo, si no fuéramos cuidadosos y vigilantes en la guarda de nuestro corazón.

Hagamos, si no, la prueba: y conoceremos bien pronto por nuestra experiencia, que nuestras pasiones son las causa más ordinaria de nuestros descontentos y los instrumentos de nuestras penas: que únicamente los desórdenes de nuestro corazón producen esos cambios de humor que nos atormentan en esta vida, y que destruido el pecado, mortificadas las pasiones, regulados los movimientos del corazón y sometidos al Espíritu Santo, estando todo ordenado y como a compás en nuestro interior, el alma se encuentra tan llena de luz, y tan colmada de júbilo, que posee ya un gusto anticipado del Paraíso, y reconoce sensiblemente que la santidad y la felicidad son dos compañeras inseparables y dos hermanas que no viven jamás la una sin la otra.

ARTICULO III

*Del recogimiento interior. En qué consiste
y cuán necesario es*

Como la vida interior consiste en la unión y adhesión del entendimiento y de la voluntad a Dios y a las cosas divinas, para ser sólidamente interior, es preciso: 1º: que el entendimiento esté desembarazado del tumulto, de las ocupaciones, de los cuidados superfluos, y de los pensamientos inútiles, y que vele sin cesar en la guarda del corazón; 2º: que la voluntad esté libre de las pasiones y de los afectos, que la llevan a cosas exteriores, y que toda su inclinación y afición sea para el recogimiento.

Por este medio, estando el espíritu libre de cuanto le pueda distraer el corazón, sin nada que le pueda turbar, y los sentidos en recogimiento, y gozando todas las potencias del alma de la más sólida paz; se hace el hombre interior, como nota San Vicente Ferrer, y se pone en estado de no ocuparse sino de cosas divinas, y de dirigir a Dios y a su servicio todas las acciones y movimientos de su vida.

Este recogimiento interior es fundamento de todo el edificio espiritual de las almas; de modo que sin él es imposible adelantar en la perfección; y puede decirse que todas las gracias que un alma que no está establecida sobre este fundamento, recibe de Dios, no son sino como unos caracteres formados en el agua, o figuras hechas en la are-

na. La razón es que, para adelantar en la perfección, es indispensable unirse más y más a Dios. Pero, sin el recogimiento, nadie se puede unir a Dios, y Dios no hace su morada sino en la paz del espíritu, en el recogimiento de un alma que no está sujeta, que no es esclava del libertinaje de los sentidos, ni turbada con el embarazo de las ocupaciones exteriores. Y éste es el motivo por el que muchos maestros de la vida espiritual no dan sino este solo precepto: *Sed interior*; como si dijeran: *no os derramáis jamás por de fuera; nunca perdáis de vista vuestro corazón: haced todas las cosas en la presencia de Dios.*

Todos los más grandes santos han sido muy interiores y recogidos. San Gregorio nota que Dios no permite sino pocas veces a sus almas escogidas, que se apliquen a cosas exteriores. Así como en las familias nobles y distinguidas, hay criados para las cosas de afuera; mas los hijos, los tienen vedados y custodiados en casa.

Es preciso, sin embargo, tener cuidado de no dispensarse, bajo el pretexto de recogimiento, de los ministerios exteriores que piden la obediencia y la caridad. Porque es cierto que cuando se ejercitan con el espíritu de su vocación, no ocasionan disipación, como nota el bienaventurado San Juan de la Cruz, y la experiencia lo ha hecho palpable en los varones apostólicos.

CUARTO PRINCIPIO

LA DOCILIDAD A LAS INSPIRACIONES DEL ESPIRITU SANTO

CAPITULO I

NATURALEZA DE LA DOCILIDAD A LAS INSPIRACIONES DEL ESPIRITU SANTO

ARTICULO I

En qué consiste esta docilidad

§ I

Quando un alma se abandona a la dirección del Espíritu Santo, él la eleva poco a poco y la gobierna. Al comienzo, ella no sabe a dónde va, pero poco a poco la luz interior la ilumina y le hace ver todas sus acciones y la dirección de Dios, en todas ellas, de manera que no tiene otra cosa que hacer que dejar obras a Dios en ella y por ella, lo que le agrade; así avanzará maravillosamente.

§ II

Tenemos una figura de la manera de proceder del Espíritu Santo, en la que Dios tuvo con los israelitas en la salida de Egipto durante su viaje por el desierto, para ir a la tierra prometida. Les envió para conducirlos, en el día, una columna de nube y, en la noche, una de fuego. Ellos seguían el movimiento de esta columna y se detenían cuando ella se detenía; no se le adelantaban, sino que la seguían solamente y sin alejarse de ella por ningún motivo. Así debemos proceder en relación con el Espíritu Santo.

ARTICULO II

Los medios para llegar a esta docilidad

Los principales medios para llegar a esta dirección del Espíritu Santo son los siguientes:

I. - Obedecer fielmente a la voluntad de Dios, que ya hemos conocido; hay muchos deseos de Dios que no conocemos porque estamos llenos de ignorancia; Dios nos pedirá cuenta únicamente de los conocimientos que nos haya dado; hagamos, pues, buen uso de ellos y nos dará otros nuevos. Cumplamos los designios de Dios, que nos ha dado a conocer, y El, en seguida, nos manifestará otros.

II. - Renovar con frecuencia el buen propósito de seguir en todo la voluntad de Dios y confirmarse en esta resolución cuanto es posible.

III. - Pedir sin cesar esta luz y esta fuerza al Espíritu Santo, para cumplir la voluntad de Dios, ligarnos al Espíritu Santo y mantenernos unidos a El, como San Pablo que decía a los sacerdotes de Efeso: *Estando unido al Espíritu Santo, me voy a Jerusalén*; sobre todo al comenzar las acciones más importantes, pedir las luces al Espíritu Santo y protestarle sinceramente, que lo único que deseamos es hacer su santa voluntad. Después de lo cual, si no nos da nuevas luces, haremos como antes, lo que tenemos costumbre de hacer o lo que nos parezca mejor.

Es por eso que al comienzo de los asuntos importantes, como la apertura de las cámaras, las asambleas del clero, de los concilios, se pide la asistencia del Espíritu Santo con misas votivas dichas en su honor.

IV. - Observar exactamente los diversos movimientos de nuestra alma. Con esta diligencia, llegaremos poco a poco a reconocer lo que pertenece a Dios y lo que no es de Dios. Lo que viene de Dios, en un alma sumisa a la gracia, es generalmente apacible y tranquilo. Lo que viene del demonio, es violento y lleva consigo la turbación y la ansiedad.

ARTICULO III

Objeciones contra la doctrina de la acción del Espíritu Santo

Se hacen generalmente cuatro objeciones contra estos actos interiores del Espíritu Santo.

I. — La primera, es que parece tener alguna semejanza al espíritu interior de los calvinistas.

Se responde: Primero: que es de fe, que sin la gracia de una inspiración interior, que es en lo que consiste la acción del Espíritu Santo, no se puede hacer ninguna obra buena; decir lo contrario, es ser semi-pelagiano. Segundo: los calvinistas quieren ajustar todo a su espíritu interior, sometiéndole hasta la Iglesia y sus decisiones, no teniendo otra regla para su fe, habiendo inventado esta doctrina errónea, para eludir las tradiciones, los concilios y los santos padres; en cambio esta acción del Espíritu que recibimos por medio de sus dones, supone la fe y autoridad de la Iglesia, los reconoce por regla, no acepta nada que le sea contrario y no aspira más que a perfeccionarse en el ejercicio de la fe y de las demás virtudes.

II. — La segunda es que parece que esta acción del Espíritu Santo destruye la obediencia debida a los superiores.

Se responde: Primeramente: que como las inspiraciones de la gracia no destruyen en absoluto la creencia que se tiene en las proposiciones externas de los artículos de la fe, sino que por el

contrario inclina suavemente al entendimiento, a creer; lo mismo la acción de los dones del Espíritu Santo, muy lejos de apartar de la obediencia, ayuda y facilita la ejecución. Segundo: que toda acción interior y aun las revelaciones divinas, deben estar siempre subordinadas a la obediencia y se debe entender, con esta condición tácita, que la obediencia no ordena otra cosa.

Porque en el estado de fe en que vivimos debemos obedecer antes los mandatos de nuestros superiores que los que Nuestro Señor mismo nos diera directamente por una revelación, porque estamos seguros que El quiere que usemos de ellas como lo hicieron los santos que, sometidos a la obediencia, han merecido ser elevados mucho más alto de lo que habrían sido, si se hubieran apegado a sus revelaciones.

Lo que hay que temer es que los Superiores se dejen llevar algunas veces de la prudencia humana, y sin más juicio, condenen las luces e inspiraciones del Espíritu Santo, tratándolas de ilusiones y quimeras y prescriban tónicos a los que Dios se comunica por esta clase de favores.

En este caso, también habrá que obedecer; pero Dios sabrá muy bien corregir un día el error de estos espíritus temerarios y enseñarles a sus expensas, a no condenar sus gracias sin conocerlas, no siendo capaces de juzgarlas.

Lo que los hace incapaces de juzgar bien, es que son todo exterioridad, todo bulla y poco espirituales, no habiéndose elevado jamás sobre los primeros grados de la oración. Y lo que los

hace juzgar así, es que no quieren aparecer ignorantes de estas cosas, de las cuales no tienen, sin embargo, ni ciencia ni experiencia.

III. — La tercera es que esta dirección del Espíritu Santo parece inutilizar las deliberaciones y las consultas. Porque ¿para qué pedir consejos a los hombres cuando se es dirigido por el Espíritu Santo?

La respuesta es: que el Espíritu Santo nos lleva a consultar a las personas ilustradas y a seguir la opinión de los demás. Así fué como envió a San Pablo a Ananías para que le dijera lo que debía hacer. En las consultas generales de la Compañía, si el superior es espiritual e interior, las distintas observaciones que se le proponen le darán luces para conocer mejor la voluntad de Dios y poder discernir lo que es más conveniente en cada ocasión.

IV. — La cuarta objeción es de algunos que se quejan de no tener estas inspiraciones del Espíritu Santo y que no las pueden conocer.

Se les responde: Primero: que las luces e inspiraciones del Espíritu Santo, que son necesarias para hacer el bien y evitar el mal, no faltan jamás, principalmente si se está en estado de gracia. Segundo: que siendo todo exterioridad como lo son y que nunca entran en sí mismos, que no hacen sus exámenes más que muy superficialmente, no mirando más que a lo exterior y a las faltas que aparecen a los ojos del mundo, sin buscar

las raíces interiores, las pasiones, el defecto dominante, sin examinar el estado y las disposiciones del alma y los movimientos del corazón, no es extraño que no conozcan la acción del Espíritu Santo, que es absolutamente interior. ¿Cómo la podrían conocer? No conocen ni aun sus pecados interiores, que son sus actos propios y que cometen libremente. Pero conocerían infaliblemente aquella acción del Espíritu Santo si quisieran llevar las disposiciones requeridas.

Primeramente: que sean fieles en seguir las luces que les son dadas y seguirán en aumento.

Segundo: que disminuyan los pecados y las imperfecciones que, como nubes, les ocultan esta luz y entonces ellos verán cada día más claro.

Tercero: que no aceptan que sus sentidos exteriores se extravíen y mancillen con sensualidades; Dios les abrirá los sentidos interiores.

Cuarto: que no salgan jamás, si fuera posible, de su interior, o que vuelvan a él cuanto antes y estén atentos a lo que allí sucede y observarán los movimientos de los diferentes espíritus que nos hacen obrar.

Quinto: que descubran sinceramente todo el fondo de sus corazones a su superior y a su padre espiritual. Un alma que tiene este candor y esta sencillez, no dejará de ser favorecida con la dirección del Espíritu Santo.

CAPITULO II

LOS MOTIVOS QUE NOS LLEVAN A ESTA DOCILIDAD

ARTICULO I

*Que la perfección y aun la salvación dependen de
la docilidad a la gracia*

§ I

Los dos elementos de vida espiritual son: la purificación del corazón y la dirección del Espíritu Santo. Estos son los dos polos de toda la espiritualidad. Por estos dos caminos se llega a la perfección según el grado de pureza que se ha adquirido y en proporción a la fidelidad que se ha tenido para cooperar a los movimientos del Espíritu Santo y seguir sus inspiraciones.

Toda nuestra perfección depende de esta fidelidad y se puede decir que el resumen de la vida espiritual está en observar las vías y movimientos del Espíritu de Dios en nuestra alma, y en fortificar nuestra voluntad en la resolución de se-

guirlos, dirigiendo a este fin, todos los ejercicios de oración, de lectura, los sacramentos, la práctica de las virtudes y de las buenas obras.

§ II

Algunos tienen muchas prácticas muy hermosas y hacen una cantidad de actos externos de virtud; están de lleno en la acción material de la virtud. Esto está bueno para los principiantes; pero es de mayor perfección seguir las inspiraciones interiores del Espíritu Santo y conducirse por ellas. Es verdad que en esta última manera de proceder, hay menos satisfacción sensible, pero hay más vida interior y mayor virtud.

§ III

El fin a que debemos aspirar, después de habernos ejercitado largo tiempo en la pureza del corazón, será el de ser de tal manera dirigidos y gobernados por el Espíritu Santo, que sea El quien guíe nuestras potencias y nuestros sentidos y que ordene todos nuestros movimientos interiores y exteriores; que nos abandonemos enteramente por un desprendimiento total de nuestra voluntad y de nuestras satisfacciones.

De esta manera, ya no viviremos en nosotros mismos, sino en Jesucristo, por una fiel correspondencia a las operaciones de su divino Espíritu y por una perfecta sumisión de todas nuestras rebeliones al poder de la gracia.

§ IV

Pocas personas llegan a lograr las gracias que Dios les había destinado, o alcanzan a reparar su pérdida. La mayoría carece de valor para vencerse y de fidelidad para aprovechar los dones de Dios.

Cuando entramos en el camino de la virtud, avanzamos al principio a obscuras, pero si seguimos fielmente y con constancia a la gracia, llegaremos infaliblemente a una gran claridad para nosotros y para los demás.

Querriamos ser santos en un día, y no tenemos paciencia para esperar el curso ordinario de la gracia. Esto proviene de nuestro orgullo y de nuestra cobardía. Seamos fieles en cooperar a las gracias que Dios nos concede y no dejará de llevarnos al cumplimiento de sus designios.

§ V

Cierto es que nuestra salvación en la Compañía, como en todas las otras religiones, depende absolutamente de nuestra correspondencia interior a la dirección del Espíritu de Dios. Si no seguimos a Nuestro Señor con gran fidelidad, estamos en gravísimo peligro de perdernos y no se puede decir el perjuicio tan inmenso que acarreamos a la Compañía y a la Iglesia. Porque ¿cuántos apegos tenemos al pecado venial? ¿cuántas imperfecciones? ¿cuántas malas intenciones y deseos

que no están subordinados a las inspiraciones de la gracia?, ¿cuántos pensamientos inútiles giran todos los días en nuestra imaginación, sin contar los pensamientos de amargura y de pesar?

Esto retarda grandemente y más de lo que se puede decir, el establecimiento del reino de Dios en nosotros, y es un gran perjuicio para el prójimo, porque Nuestro Señor nos ha hecho sus ministros de estado y nos ha confiado el tesoro de su sangre, de sus méritos, de su doctrina y de sus gracias. Oficio que al elevarnos sobre los ángeles, nos exige que lo ejerzamos con la más perfecta fidelidad de que somos capaces. No obstante, es extraño ver con cuánta negligencia y deslealtad nos desempeñamos.

§ VI

Nuestro mayor mal, es nuestra oposición a los designios de Dios y la resistencia que oponemos a sus inspiraciones; porque, o no queremos escucharlas, o habiéndolas escuchado, las rechazamos, o habiéndolas recibido, las atenuamos y mancillamos con miles de imperfecciones, apegos, complacencias en nosotros mismos y propia satisfacción.

Sin embargo, el principal punto de vista de la vida espiritual consiste en disponerse de tal manera a la gracia, por la pureza de corazón, que de dos personas que se consagren al mismo tiempo, al servicio de Dios, si una se entrega enteramente a las buenas obras y la otra se dedica a

purificar su corazón y a eliminar en sí todo lo que se opone a la gracia, esta última llegará a la perfección dos veces antes que la primera.

Así nuestro mayor cuidado debe ser, no tanto leer libros espirituales, como poner mucha atención a las inspiraciones divinas que bastan con un poco de lectura; y ser extremadamente fieles en corresponder a las gracias que nos son ofrecidas.

Debemos todavía pedir a menudo a Dios que nos permita reparar, antes de morir, todas las pérdidas de gracia que hemos hecho y que nos haga llegar al colmo de los méritos a que quería conducirnos según su primera intención y que nosotros hemos frustrado con nuestras infidelidades; por último, que nos perdone los pecados ajenos, de que nosotros hemos sido causantes, y que repare también en los demás las pérdidas de gracia que han hecho por culpa nuestra.

§ VII

Sucede algunas veces que, habiendo recibido de Dios una buena inspiración, nos encontramos atacados por repugnancias, por dudas, por perplejidades y dificultades, provenientes de nuestro fondo corrompido y de nuestras pasiones contrarias a la inspiración divina. Si la recibimos con una entera sumisión del corazón, nos llenará de esta paz y de este consuelo, que el Espíritu de Dios lleva consigo y que comunica a las almas en las cuales no encuentra resistencia.

§ VIII

Las luces de la gracia nos vienen poco a poco según nuestra disposición interior y se van de la misma manera, dejándonos en tinieblas. De modo que aunque tenemos la noche y el día, estamos en cierta manera semejantes a los pueblos de los polos, que tienen más o menos luz, en proporción a que están más cerca o más lejos del polo. Debemos aspirar a gozar de un día perpetuo, que brillará en nuestra alma, cuando, habiéndola purificado bien, sigamos siempre la dirección del Espíritu Santo.

ARTICULO II

Que hay pocas almas perfectas porque hay pocas que siguen la dirección del Espíritu Santo

§ I

La causa por la cual se llega tan tarde o no se llega jamás a la perfección, es que no se sigue más que a la naturaleza y a los sentidos. No se dejan guiar sino muy poco o nunca por el Espíritu Santo, de quien es propio iluminar, dirigir y animar.

La mayor parte de los religiosos, aun de los buenos y virtuosos, no siguen en su propia dirección y en la de los demás, sino a la razón y el buen sentido: que en algunos es excelente. Esta regla es buena, pero no basta para la perfección cristiana.

Estas personas se guían generalmente por los sentimientos de aquellos con quienes viven, y como éstos son imperfectos, aunque su vida no sea desordenada, porque el número de los perfectos es muy pequeño, jamás llegan a los sublimes caminos del espíritu: viven como la generalidad y su manera de guiar a los demás es imperfecta.

El Espíritu Santo espera durante un tiempo, que entren en su interior y que viendo las operaciones de la gracia y las de la naturaleza, se dispongan a seguir sus inspiraciones; pero si abusan del tiempo y de los favores que les hace, al fin los abandona a sí mismos, los deja en esta obscuridad, ignorancia de su interior, que han afectado y en la cual vivirán en adelante, en medio de grandes peligros para su salvación.

§ II

Se puede decir con toda verdad, que hay muy pocas personas que se mantienen constantemente en los caminos de Dios. Muchos se alejan de continuo: el Espíritu Santo los llama con sus inspiraciones, pero como son rebeldes, llenos de sí mismos, apegados a su manera de pensar, engreídos con su sabiduría, no se dejan guiar fácilmente, no entran sino muy raramente en los caminos de los designios de Dios, no permanecen en ellos, volviendo a sus invenciones e ideas, que les hacen cambiar. Así no avanzan nada y los sorprende la muerte no habiendo dado más que vein-

te pasos, cuando debían haber dado diez mil si se hubieran entregado a la acción del Espíritu Santo.

Por el contrario, las personas verdaderamente interiores que proceden con la luz del Espíritu de Dios, para la cual se disponen con la pureza del corazón y que siguen con perfecta sumisión, van a pasos agigantados y vuelan, por decirlo así, en las vías de la gracia.

ARTICULO III

La excelencia de la gracia y la injusticia de la oposición que se le hace

§ I

Debemos recibir cada inspiración como una palabra de Dios, que procede de su sabiduría, misericordia y bondad infinita y que en nosotros puede operar maravillosos efectos si no ponemos obstáculos. Consideremos lo que una palabra de Dios puede hacer; ella ha creado el cielo y la tierra y ha sacado a todas las criaturas de la nada a la participación del ser de Dios en el estado de naturaleza, porque no ha encontrado resistencia en la nada. Podría operar algo más en nosotros todavía, si no le ofreciéramos resistencia.

Nos sacaría de la nada moral a la participación sobrenatural de la santidad de Dios en el estado

de gracia y a la participación de la felicidad de Dios en el estado de gloria; y por un poquito de honor, por un puesto que satisface nuestra vanidad, por el goce de un momento, por una bagatela, impedimos estos grandes efectos de la palabra de Dios, de sus inspiraciones y de la impresión de su Espíritu: después de esto reconoceréis que la Sabiduría tuvo razón al decir que el *número de los necios es infinito*.

§ II

Si pudiéramos ver cómo son recibidas las inspiraciones de Dios en nuestras almas, veríamos que permanecen, por decirlo así, en la superficie, sin penetrar más adentro porque la oposición que encuentran en nosotros les impide imprimirse en ellas; lo cual resulta de que no nos entregamos completamente al espíritu y que no servimos a Dios con perfecta plenitud de corazón. Para que las gracias hagan su efecto en el corazón de los pecadores, es necesario que entren con ruido y violencia, porque encuentran grandes resistencias; pero entran suavemente en las almas que están poseídas de Dios y las llenan de esta admirable paz que acompaña siempre al Espíritu de Dios. Por el contrario, las sugerencias del enemigo no hacen ninguna impresión en las almas buenas, porque encuentran principios opuestos que predominan.

§ III

Uno de nuestros grandes males es que somos tan sensuales y tan atraídos por las cosas exteriores, que no estimamos, ni admiramos, ni gustamos sino lo que brilla y lo que lisonjea nuestro ser; no obstante, es de fe que la menor inspiración de Dios es una cosa más preciosa y mucho más excelente que todo el mundo entero, porque es de orden sobrenatural y costó la Sangre y la vida de un Dios.

¡Qué estupidez! Somos insensibles a las inspiraciones de Dios, porque son espirituales e infinitamente elevadas sobre los sentidos. No les hacemos gran caso, preferimos los talentos naturales, los empleos brillantes, la estimación de los hombres, nuestras pequeñas comodidades y nuestras satisfacciones. ¡Prodigiosa ilusión! De la cual muchos no se desengañan más que a la hora de la muerte.

§ IV

Cometemos dos grandes injusticias respecto de Dios. La primera, es que en verdad reconocemos la necesidad que tenemos del Espíritu Santo y de su auxilio, pero le quitamos la dirección de nuestra alma y queremos manejar nosotros mismos sus gracias, sin depender de El, en su uso y en nuestras vías espirituales, lo que es usurpar sus derechos al Espíritu Santo y arrogarse su oficio; porque a El únicamente pertenece la dirección de

las almas. Segundo, porque la cima de nuestra alma es sólo para Dios y la llenamos con las creaturas en su detrimento y en lugar de dilatarla y de extenderla hasta lo infinito con la presencia de Dios, la restringimos enormemente, ocupándola en insignificantes y pequeñas naderías. Esto es lo que nos impide llegar a la perfección.

ARTICULO IV

El Espíritu Santo ejerce el oficio de consolador con las almas

San Atanasio observa que en todo el Antiguo Testamento, no se nombra al Espíritu Santo bajo el nombre de consolador *paraclitus*.

La razón la dan estas palabras de nuestro Señor: *Si yo no me voy, no vendrá el Consolador para vosotros; pero si me voy, yo os lo enviaré.* Era necesario que el Verbo Encarnado entrara en la gloria antes de enviar al Espíritu Santo como Consolador.

La consolación interior que el Espíritu Santo da es mucho más ventajosa de lo que habría sido la presencia corporal del Hijo de Dios. Por lo que decía a sus discípulos: *Os conviene que yo me vaya.*

El Espíritu Santo nos consuela principalmente en tres cosas.

Primera: en la incertidumbre de nuestra salvación, que es terrible, puesto que todos nuestros

sentidos interiores y exteriores, todas nuestras potencias, todas nuestras pasiones, todas nuestras acciones, nos son principios de condenación eterna.

Esta es verdad de fe, porque sin la gracia, en el estado de la naturaleza corrompida en que vivimos, todo es vicioso en nosotros y la mayoría de nuestras acciones son malas y a menudo condenables. Por otra parte, todos los objetos que se presentan fuera de nosotros, son incentivo de pecado; las riquezas, los honores, los placeres, todo está lleno de celadas.

Agregad a esto, que no mereceremos la perseverancia final si la dirección y la protección de Dios nos faltan, como a Salomón ya Tertuliano; pereceremos como ellos. Es esta incertidumbre la que hacía temblar a los santos; pero en esta aflicción el Espíritu Santo nos consuela, siendo *el Espíritu de adopción de los hijos de Dios*, y como dice San Pablo, *la prenda y seguridad de la herencia celestial*. Cuando se ha recibido esta prenda y se ha tenido cierto conocimiento experimental de Dios, es muy raro perderse. El Espíritu Santo da a las almas fervorosas y fieles un testimonio interior de que son de Dios y que Dios es suyo; este testimonio ahuyenta su temor y las consuela.

Segundo: el Espíritu Santo nos consuela en las tentaciones del demonio y en las contrariedades y aflicciones de la vida. La unción que derrama en las almas, las anima, las fortifica, las ayuda a ganar la victoria; suaviza sus penas y las hace encontrar delicias en las cruces.

Tercero: el Espíritu Santo nos consuela en el destierro en que vivimos aquí abajo, separados de Dios. Lo cual causa a las almas santas un tormento indecible; porque estas pobres almas sienten el vacío como infinito que tenemos en nosotros y que todas las creaturas no pueden llenar, que no puede sino llenar el goce de Dios; mientras están separadas, languidecen y sufren un largo martirio, que se les haría insoportable sin el consuelo que el Espíritu Santo les proporciona de tiempo en tiempo. Todo lo que viene de las creaturas, no sirve más que para aumentar el peso de sus miserias. *Me atrevo a asegurar, dice Richard de Saint Victor, que una sola gota de estos divinos consuelos puede conseguir lo que todos los placeres del mundo no podrían. Estos no pueden arrebatarse el corazón y una sola gota de la dulzura interior que el Espíritu Santo derrama en el alma la arrebatara fuera de sí y le causa una santa embriaguez.*

CAPITULO III

DE LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO EN GENERAL

ARTICULO I

De la naturaleza de los dones del Espíritu Santo

§ I

La gracia santificante necesita diversas cualidades para conservarse y para obrar. Estas cualidades son: las virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo, las virtudes morales, sobrenaturales o infusas, los frutos del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, las virtudes morales naturales o adquiridas.

Las virtudes teologales tienen el primer rango, porque se relacionan directamente con Dios y nos unen íntimamente a El.

Los Dones del Espíritu Santo vienen después de las virtudes teologales, porque son como el complemento y sirven para hacerlas obrar perfectamente.

Las virtudes morales sobrenaturales son inferiores a los dones del Espíritu Santo, porque no disponen al alma para obrar el bien sino de una

manera general; mientras que los dones disponen para hacer obras extraordinarias.

Los frutos del Espíritu Santo no son otra cosa que las virtudes infusas, cuando se ejercen sin dificultad, ni repugnancia, con alegría y placer.

Cuando las mismas virtudes se han colmado y determinan actos perfectos, se les llama bienaventuranzas.

Las virtudes morales naturales tienen el último rango, porque no perfeccionan al alma sino por la razón y no por la fe, y pueden estar separadas de la gracia santificante.

§ II

Los dones del Espíritu Santo son hábitos o cualidades permanentes que Dios comunica al alma con la gracia santificante y con las virtudes infusas, para fortificar las potencias naturales y hacerlas dóciles a los movimientos de su divino Espíritu, y capaces de ejercer los actos de virtud más difíciles y más nobles que se llaman heroicos. Hay siete dones del Espíritu Santo: el de sabiduría que es el primero en dignidad; el de inteligencia, de ciencia, de consejo, de piedad, de fuerza, y el de temor de Dios.

Los cuatro primeros iluminan el entendimiento y lo perfeccionan. Los tres últimos perfeccionan la voluntad y el apetito inferior. El don de inteligencia nos ha sido dado para penetrar más íntimamente las verdades de la fe; el don de sabiduría para ver en ellas las causas y las convenien-

cias; el don de ciencia, para saber juzgar de las cosas humanas; el don de consejo, para dirigir las acciones con fe viva; los dones de piedad, fuerza y temor, para unir el deseo a la razón iluminada con tantas luces; la piedad, para ablandar nuestra dureza con respecto a los demás; la fuerza, para fortalecernos contra nuestras debilidades y cobardías; el temor, para reprimir nuestro orgullo y los desórdenes de la concupiscencia.

§ III

Isaías pone un orden admirable entre los dones del Espíritu Santo. Coloca juntas la sabiduría y la inteligencia, porque una sirve de disposición a la otra. La inteligencia penetra las cosas divinas, para disponer al alma a gustarlas con la sabiduría. Junta a la ciencia con la piedad, porque la ciencia sin la piedad es seca y árida; y coloca al temor en el último puesto, como la base y fundamento de todos los demás dones.

§ IV

La fe no se compara en excelencia con los dones porque ellos la contienen y son su perfección.

La fe se perfecciona con el don de ciencia, de inteligencia y de sabiduría, que hacen que lo que vemos con la fe, obscuro y displicente, lo veamos distintamente y con mucha unción y agrado. Así se forman las visiones de verdades y de conocimientos extraordinarios.

§ V

Los dones no subsisten en el alma sin la caridad; en la proporción en que aumenta la gracia, ellos también aumentan. De allí proviene que sean tan raros y no lleguen a muy alto grado de excelencia, sin una fervorosa y perfecta caridad; los pecados veniales y las menores imperfecciones los tienen como atados y les impiden obrar. Así, el medio de sobresalir en la oración es sobresalir en los dones y aún la contemplación más sublime no es del todo diferente de ellos; porque el espíritu se pierde y pasma en los conocimientos sobrenaturales cuando se adentra mucho en ellos.

ARTICULO II

Los efectos de los dones del Espíritu Santo

§ I

Tenemos cuatro clases de luces para dirigirnos en nuestras acciones.

Primera: la razón, que es muy débil y que no basta ella sola para conducirnos a nuestro fin. Algunos la comparan con los fuegos fatuos, que en la noche brillan un instante sobre la tierra y que empujan a los viajeros, derecho a los ríos y precipicios; porque, después de todo, la razón

humana, si no está iluminada por la fe, es muy limitada y no puede conducirnos más que a nuestra perdición.

Segunda: la fe, que, uniéndonos a la primera verdad, nos da un guía seguro y que no está sujeto a error.

Tercera: la prudencia sobrenatural, que, estando unida a la fe, nos hace elegir los medios sobrenaturales más provechosos para llegar al fin sobrenatural.

Cuarto: Los dones del Espíritu Santo, que, por principios más elevados, sin discursos, sin perplejidades, nos dan a conocer lo que es mejor, haciendo que lo veamos a la luz de Dios con más o menos evidencia, según el grado en que los poseamos.

§ II

Los que se guían por los dones del Espíritu Santo se comparan a un barco que navega a toda vela, viento en popa; y los que se guían por las virtudes y no por los dones, a una chalupa que se lleva a fuerza de remos, con más trabajo y ruido y más lentamente.

§ III

Estas grandes y maravillosas conversiones de príncipes y reyes, que llaman la atención, son los efectos de los dones del Espíritu Santo. Dios

les comunica algunas veces unos impulsos tan poderosos, que los llevan a dejar todo, para consagrarse a la cruz. Es necesario que estas gracias sean muy poderosas, para que de un golpe corten tantos lazos. Esto les ocurre generalmente en tiempos de desgracia, o en otras ocasiones que la Providencia dispone en su favor.

§ IV

Por los dones del Espíritu Santo han llegado los santos a librarse de la esclavitud de las criaturas; la abundante efusión de estos dones celestiales ha borrado en el espíritu, la estimación, el recuerdo y la idea de las cosas de la tierra y desterrando del corazón su afecto y su deseo, de manera que los santos no piensan casi más que en lo que quieren, y tanto como quieren. Ya no sienten la importunidad de las distracciones, ni las inquietudes y preocupaciones que los intranquilizaban antes; estando todas sus potencias perfectamente ordenadas, gozan de gran paz y de la libertad de los hijos de Dios.

§ V

Ahora que no estamos tan abundantemente dotados de los dones del Espíritu Santo, necesitamos trabajar y sudar en la práctica de la virtud. Somos semejantes a los que van a fuerza de remos,

contra viento y marea; día vendrá, si Dios quiere, en el que habiendo recibido los dones del Espíritu Santo, navegaremos a velas desplegadas y viento en popa, porque es el Espíritu Santo quien, con sus dones, dispone el alma para dejarse conducir fácilmente por sus divinas inspiraciones. Con el auxilio de los dones del Espíritu Santo los santos llegan a grado tal de perfección, que pueden hacer fácilmente cosas que nosotros no nos atreveríamos ni siquiera a pensar, allanándoles el Espíritu Santo todas las dificultades y haciéndoles vencer todos los obstáculos.

§ VI

Hay gran diferencia de la infancia a la razón, de la razón a la fe, de una fe común a la que está iluminada por los dones del Espíritu Santo y a la sublime contemplación. Hay una diferencia mayor aún entre los conocimientos que se tienen en esta vida y aquellos que se tienen en el estado de separación del cuerpo, y éstos difieren todavía incomparablemente más de los conocimientos de las almas bienaventuradas del cielo y de las almas condenadas del infierno.

En la infancia no conocemos a Dios, ni la inmortalidad del alma, ni la eternidad de los premios y de los castigos. Con la razón podemos descubrir algo de estas verdades; por la fe, tenemos un conocimiento cierto: por los dones del Espíritu Santo las gustamos, pero siempre con sombras.

En el estado de almas separadas, las veremos como en descubierto. Tanto en el cielo como en el infierno, tendremos una evidencia clara, una plena experiencia para siempre. ¡Ay! ¿En qué nos divertimos y qué placer podemos tener en las cosas de la tierra?

§ VII

Debiéramos acostumbrarnos a observar en el Evangelio, los dones del Espíritu Santo, y lo que ha hecho Nuestro Señor por medio de estos principios. Las parábolas pertenecen a la inteligencia. Los discursos que Nuestro Señor hizo a sus discípulos después de la Cena, pertenecen al don de sabiduría.

El que esté un poco iluminado con las luces divinas, reconocerá fácilmente en las historias de la Sagrada Escritura, en el Evangelio, en los Hechos de los Apóstoles, una gran sabiduría en materia de narración; porque el Espíritu Santo advierte lo que se debe advertir, calla lo que es preciso callar, se extiende en lo que se debe extender, conforme a su intención. Por el contrario, en las historias profanas, es fácil reconocer el error del espíritu o la corrupción del corazón y la malignidad de su autor. Las mentiras están mezcladas con la verdad. La pasión reina a menudo en esas historias y se puede decir que se asemejan a las aguas cenagosas e infectadas con el contagio del lugar por donde han pasado. Únicamente en la Sagrada Escritura se encuentra siempre la verdad pura y sin mezcla en su origen.

ARTICULO III

De donde proviene que los dones del Espíritu Santo tienen tan poco efecto en las almas

§ I

Se pregunta por qué la mayor parte de los religiosos y las personas devotas, que llevan vida tibia, hacen tan pocos actos de los dones del Espíritu Santo, aunque por el hecho de estar en estado de gracia, los poseen.

La respuesta es, que esto proviene de que los tienen como atados con los hábitos y afecciones contrarios y que los pecados veniales que cometen todos los días en gran número, excluyen las gracias necesarias para cooperar a la obra de los dones del Espíritu Santo. Dios les rehusa las gracias necesarias, porque prevee que si se las da, en las disposiciones en que están, no les servirían de nada, estando su voluntad unida con miles de lazos que les impedirían seguirlas.

Cuando se ha vivido mucho tiempo en tal tibieza, sin dejar de hacer muchas buenas obras, la manera de salir de esa tibieza es dedicarse a la pureza de corazón; este es el camino más seguro. Ahí el demonio no arma lazos porque no puede impedir a las almas purificarse.

Dediquémonos con entusiasmo y sin cobardía a este santo ejercicio, con voluntad firme de no rehusar a Dios nada de lo que nos pida para llevarnos a una más alta perfección, y por este medio

estaremos muy pronto libres de estas ligaduras que inutilizan en nosotros los dones del Espíritu Santo, y nos veremos colmados de la plenitud de estos preciosos dones.

§ II

Extraña ver que tantos religiosos, después de haber vivido cuarenta o cincuenta años en estado de gracia, diciendo misa todos los días y practicando todos los santos ejercicios de la vida religiosa y, por consecuencia, teniendo los dones del Espíritu Santo en un grado *físico* bastante elevado correspondiente a esta clase de perfección que los teólogos llaman *gradual*, o de aumento *físico*; extraña, digo, ver que estos religiosos no manifiestan nada de los dones del Espíritu Santo, en sus obras ni en su conducta; que su vida es absolutamente natural; que cuando los reprenden u ofenden demuestran su resentimiento; que se muestran tan deseosos de alabanzas, de la estimación y aplauso del mundo; que sienten con ello tanto placer y que aman y buscan tanto sus comodidades y todo cuanto halaga el amor propio.

No hay por qué asombrarse: es que los pecados veniales que cometen continuamente, tienen como atados a los dones del Espíritu Santo, de manera que no ha de extrañar que no se noten sus efectos. Es verdad que estos dones crecen tanto como la caridad, habitualmente y en su ser físico; pero no actualmente y con esa perfección que co-

responde al fervor de la caridad y que aumenta en nosotros el mérito, porque los pecados veniales se oponen al fervor de la caridad, e impiden por consecuencia las operaciones de los dones del Espíritu Santo.

Si estos religiosos se dedicaran a la pureza del corazón, el fervor de la caridad crecería en ellos más y más, y los dones del Espíritu Santo resplandecerían en todos sus actos: pero no se les verá jamás aparecer, viviendo sin recogimiento y sin fijar su atención en su interior, dejándose llevar de sus inclinaciones, no evitando más que los pecados más graves y descuidando las cosas pequeñas.

Es inconcebible, dice San Lorenzo Justiniano, de cuántos pecados se llena nuestro corazón, si no tenemos cuidado de purificarlo continuamente. Es una cloaca de inmundicias que hay que vaciar a cada momento. Aun las personas más espirituales y perfectas no están exentas de este defecto, y se resienten siempre de las flaquezas y llagas de la naturaleza corrompida, que no se curan jamás completamente.

§ III

Nos iluminan tan poco las luces del Espíritu Santo y tan poco nos dirigen las inspiraciones de sus dones, porque somos infinitamente sensuales y estamos llenos de una cantidad de pensamientos, deseos y afecciones terrestres, que extinguen en nosotros el espíritu de Dios. Pocas son las per-

sonas que se entregan y se abandonan completamente a las inspiraciones del Espíritu Santo, de tal suerte que sólo él viva en ellas y sea el principio de todas sus acciones.

§ IV

Como todos los que se hallan en estado de gracia poseen los dones del Espíritu Santo, algunas veces hacen actos de ellos; pero no es más que como de paso y tan de repente, que casi no alcanzan a darse cuenta. Por esto permanecen siempre en el mismo estado, sin recibir las liberalidades del Espíritu Santo, por la oposición que encuentra en ellos.

CAPITULO IV

DE LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO EN PARTICULAR

ARTICULO I

Del don de sabiduría

La sabiduría se define así: una ciencia adquirida por los primeros principios; porque *la palabra sabiduría, viene de sabor: como al gusto le es propio discernir el sabor de las viandas, dice San Isidoro, lo mismo la sabiduría, es decir el conocimiento que se tiene de las creaturas por el primer principio, y de las segundas causas por la primera causa, es una regla segura para juzgar rectamente de cada cosa.*

El don de sabiduría es un conocimiento sabroso de Dios, de sus atribuciones y de sus misterios. La inteligencia se forma concepto de las cosas y las penetra. La sabiduría juzga y compara, hace ver las causas, las razones, las conveniencias; da a conocer a Dios, su grandeza, su belleza, sus perfecciones, sus misterios, como infinitamente adorables y amables; y de este conocimiento resulta un gusto delicioso, que se extiende algunas ve-

ces hasta el cuerpo y que es mayor o menor, según el estado de perfección y de pureza en que se encuentra el alma.

San Francisco estaba tan penetrado de esta afición por la sabiduría, que al pronunciar el nombre de Dios o de Jesús, sentía en su boca y en sus labios un sabor mil veces más dulce que la miel y el azúcar.

Así, pues, del don de sabiduría es de donde proceden las dulzuras y consuelos espirituales y las gracias sensibles. Son los efectos de este don; pero cuando no están más que en la parte inferior, pueden venir del demonio, sobre todo en las almas que no están aún perfectamente purificadas.

Hay una diferencia entre la sabiduría y la ciencia; ésta no produce generalmente este gusto espiritual que aquélla hace sentir al alma; la razón, es que la ciencia mira solamente a las creaturas, aunque con relación a Dios; pero la sabiduría mira a Dios, cuyo conocimiento está lleno de atractivos y dulzuras. Esto viene, además, de la caridad, cuya perfección o fervor es la salud del alma; porque cuando el alma se ha curado bien de sus flaquezas y desfallecimientos, cuando está bien sana, gusta de Dios y de las cosas divinas, sin sentir las repugnancias, los disgustos y las dificultades que sentía antes a causa de su indisposición.

Este gusto de la sabiduría es algunas veces tan perfecto, que una persona que lo tenga, escuchando dos proposiciones, una formada por el racio-

cinio, la otra inspirada por Dios, podrá muy bien discernirlas, conociendo la que viene de Dios por una relación como natural que tiene con su objeto, *per quamdam objecti connaturalitatem*, dice Santo Tomás; como el que ha tomado azúcar, distingue fácilmente y en seguida, el gusto del azúcar de cualquier otra cosa dulce, o como un enfermo conoce muy bien los síntomas de su mal por su experiencia y por el conocimiento que tiene, mejor que el médico por su ciencia.

Al principio, las cosas divinas son insípidas y cuesta encontrarles el gusto; pero en seguida se encuentran dulces y tan sabrosas y se gustan con tanto agrado que muchas veces ya no se tiene más que disgusto por todo lo demás. Por el contrario, las cosas de la tierra que halagan los sentidos son al principio agradables y deliciosas, pero al fin no se encuentra en ellas más que amargura.

Un alma que por la mortificación se ha curado bien de sus pasiones, y que por la pureza de corazón se ha afirmado en una perfecta salud, entra en conocimientos admirables de Dios y descubre cosas tan grandes que ya no puede obrar por sus sentidos. De ahí vienen esos arrobamientos y éxtasis que acusan cierta imperfección en los que los experimentan, como no estar completamente purificados o acostumbrados a las gracias extraordinarias; porque a medida que el alma se purifica, el espíritu se hace más fuerte y más capaz para soportar las operaciones divinas, sin emociones, ni suspensión de los sentidos, como le sucedía a Nuestro Señor, a la Sma. Virgen, los

Apóstoles y muchos otros santos que tenían el espíritu ocupado en los conocimientos más sublimes y con transportes interiores maravillosos, pero sin que apareciera nada al exterior con arrobamientos y éxtasis.

Como hay gente tan mala, que parece que no tienen gusto más que para lo malo, y hacen el mal con gusto y por el único motivo del agrado que sienten en hacerlo, lo cual es el colmo de la iniquidad y el verdadero carácter de la necedad, según San Bernardo, lo mismo, hay almas tan buenas que no gustan más que el bien y no obran por otro motivo que el bien. El solo bien es el atractivo que las lleva a obrar el bien; éste es el efecto propio de la sabiduría; la cual llena de tal manera al alma del gusto por el bien y el amor por la virtud, que siente disgusto por todo lo demás. El gusto por el bien les es como natural. San Bernardo expresa admirablemente esta doctrina en uno de sus sermones sobre los cánticos. *La sabiduría, dice, es el amor de la virtud, el sabor del bien; cuando entra en un alma, supera a la malicia y destierra el gusto por el mal, que la malicia había introducido, llenando al alma del sabor del bien que lleva siempre consigo. Inmediatamente que se le da entrada, amortigua los sentimientos de la carne, purifica el entendimiento, cura el gusto corrompido del corazón, da al alma una perfecta sanidad que la coloca en estado de gustar el sabor del bien y el de la sabiduría misma, que de todos los bienes es el más excelente y el más dulce.*

El vicio opuesto a la sabiduría es la necedad, que se desarrolla en el alma en la misma proporción que la sabiduría, porque la sabiduría refiere todo al último fin, el cual en moral se llama *altissima causa*, la primera y suprema causa. Esto es lo que busca, lo que sigue y gusta en todo. Juzga todo con relación a este soberano fin. Lo mismo la necedad toma por fin y principal principio, *pro altissima causa*, al honor, o al placer, o a cualquier otro bien temporal, no gustándole más que esto y refiriéndolo todo a esto, no buscando ni estimando más que esto y despreciando todo lo demás.

El necio y el sabio son contrarios uno al otro, dice San Isidoro, en que éste tiene el gusto y el sentimiento de la discreción, a aquel otro le falta. Lo que hace, como observa Santo Tomás, que uno juzgue bien la cosas respecto de su conducta, porque juzga en relación con el primer principio y el último fin; y el otro juzga mal, porque no toma esta causa soberana por regla de sus sentimientos y de sus actos.

El mundo está lleno de esta clase de necedad y el Sabio nos asegura *que el número de los necios es infinito.*

En efecto, la mayor parte de los hombres tienen el gusto depravado, y se puede con justa razón llamarlos necios porque proceden colocando su último fin, por lo menos prácticamente, en la creatura y no en Dios. Cada cual tiene algún objeto al que se apega y al que refiere todo, no

teniendo afecto ni pasión sino en cuanto depende de este objeto, y esto es ser verdaderamente necio.

Si queremos saber si somos del número de los sabios o de los necios, examinemos nuestros gustos y lo que nos desagrada, sea respecto a Dios y las cosas divinas, sea respecto a las criaturas y las cosas de la tierra. ¿De dónde vienen nuestras satisfacciones y nuestros disgustos? ¿En qué encuentra nuestro corazón su reposo y satisfacción?

Esta especie de examen es un excelente medio para adquirir la pureza de corazón. Deberíamos tomar la costumbre de examinar a menudo durante el día nuestros gustos y disgustos tratando poco a poco de referirlos a Dios.

Hay tres clases de sabiduría reprobada por las Santas Escrituras, que son otras tantas necesidades. *Terrena*, la sabiduría terrena, cuando sólo agradan las riquezas; *animalis*, la sabiduría animal, cuando sólo gustan los placeres del cuerpo; *diabólica*, la sabiduría diabólica, cuando sólo gusta la propia excelencia.

Hay una necesidad que es una verdadera sabiduría delante de Dios: amar la pobreza, el desprecio, la cruz, las persecuciones, ser necio según el mundo. La sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, no es otra cosa que esta necesidad que gusta sólo de lo que a Nuestro Señor y a los santos ha agradado. Jesucristo ha dejado en todo lo que ha tocado durante su vida mortal, como en la pobreza, la abyección, en la cruz, un suave olor, un sabor delicioso; pero pocas almas tienen el sentido tan purificado para sentir este

olor y para gustar este sabor absolutamente sobrenatural.

Los santos *han corrido tras el olor de sus perfumes*, como un San Ignacio, que gozaba con que se burlaran de él, un San Francisco que amaba apasionadamente la abyección, que hacía cosas para ponerse en ridículo; un Santo Domingo que se complacía más en Carcassone donde era generalmente ridiculizado, que en Tolosa, donde era honrado por todo el mundo.

¿Qué pensaban Nuestro Señor, la Santísima Virgen y los Apóstoles, de las grandezas del siglo y de los placeres de la vida? *Mi alimento*, decía Jesucristo, *es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado. Los Apóstoles salían de la asamblea del Consejo, llenos de alegría porque habían sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesús. Rebose de alegría en medio de mis sufrimientos*, decía San Pablo.

Pensar que Nuestro Señor pudo rescatarnos sin sufrir nada, pudiéndonos merecer cuanto nos ha merecido, sin tener que morir de una muerte tan ignominiosa como la de la cruz, y que haya elegido la muerte en la cruz por nuestra salvación, es una locura según la razón humana. *Pero lo que parece en Dios una locura, es más sabio que toda la sabiduría de todos los hombres.*

¡Qué diferentes son los juicios de Dios a los de los hombres! La sabiduría de Dios es una locura según el juicio de los hombres, y la sabiduría humana es una locura a juicio de Dios. Nos toca a nosotros resolver a cuál de estos dos juicios

queremos conformar el nuestro. Tenemos que tomar uno u otro como regla de nuestra conducta.

Si nos gustan las alabanzas y los honores somos necios en esta materia; cuanto tengamos gusto en ser estimados y honrados, tanto seremos locos. Como por el contrario, tanto como amemos la humillación y la cruz, tanta sabiduría tendremos.

Es monstruoso que aun en la religión se encuentren personas que no gusten más que lo que les da mayor importancia ante el mundo; que nada hacen durante veinte o treinta años de vida religiosa, sino únicamente para avanzar hacia el fin a que aspiran; que no tienen ni alegrías ni penas sino en relación a esto, o por lo menos son más sensibles en esto que en cualquiera otra cosa. Todo lo que se relaciona con Dios y la perfección, les es insípido y no encuentran en ello ningún agrado.

Este estado es terrible y mereciera ser deplorado con lágrimas de sangre, porque ¿de cuánta perfección serán capaces estos religiosos? ¿Qué frutos podrán obtener para con el prójimo? Pero qué confusión les espera a la hora de la muerte, cuando se den cuenta de que durante todo el curso de su vida no buscaron ni gustaron más que el brillo de la vanidad, como los mundanos cuando esta gente esté triste, decidles una palabra que les dé esperanzas de engrandecimiento, aunque sea falsa, y los veréis inmediatamente cambiar de cara y su corazón se ensanchará de alegría, como con la noticia de algún gran suceso.

Por lo demás, como no tienen el gusto por la devoción, consideran sus prácticas como bagatelas y entretenimientos de espíritus débiles, y no sólo se conducen ellos por estos principios errados de la sabiduría mundana y diabólica, sino que comunican sus sentimientos a otros, enseñándoles máximas completamente contrarias a las de Nuestro Señor y del Evangelio, tratando de mitigar su rigor con interpretaciones forzadas y conformes a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, fundándose en otros pasajes de la Sagrada Escritura, mal comprendidos, sobre los cuales asientan su ruina; como por ejemplo: *Curam habe de bono nomine*, cuidado de vuestra reputación; *Corporalis exercitatio ad modicum valet*, los ejercicios del cuerpo sirven poco; *Rationabile obsequium vestrum*, es necesario que el servicio que prestas a Dios sea razonable, etc.

Es así como Dios quiso por una admirable disposición de su Providencia, que San Ignacio haya sido tan sabio como todo el mundo sabe, y aún aquellos de quienes estamos hablando lo publican muy en alto; porque habiendo sido, por otra parte, tan devoto y tan amante de la pobreza, del menosprecio y de la cruz, y recomendado en tal forma a sus hijos, su amor, tiene el derecho de juzgarlos un día y condenar a los culpables, mostrándoles cuánto se separaron del camino de la verdadera sabiduría.

La bienaventuranza que corresponde al don de sabiduría, es la séptima: *Bienaventurados los pacíficos*; sea porque la sabiduría ordena todas las

cosas según Dios y la paz consiste en este buen orden, sea porque la sabiduría hace perder el gusto por todo lo que puede turbar el corazón. Decidle injurias a una persona que posea este don; no se alterará ni aún pensará en ello, como los necios de necedad natural, que son insensibles a las injurias y a todo lo que preocupa a los demás, porque les falta la razón y el juicio; lo mismo los sabios de sabiduría sobrenatural, no sienten los malos tratos que se les dan y no los conmueve niniguna de las cosas humanas, no por estupidez sino por una razón muy poderosa: que estando acostumbrados a no gustar más que el soberano bien, no les queda gusto para los bienes ni para los males temporales.

El fruto del Espíritu Santo que corresponde al don de sabiduría es el de la fe, porque al gustar el alma las cosas divinas, se afirma más en sus creencias, y el conocimiento experimental que de ellas tiene, le da una especie de evidencia.

ARTICULO II

Del don de inteligencia

La inteligencia es el conocimiento íntimo de un objeto: *Intelligere est intus legere.*

El don de inteligencia es una luz que da el Espíritu Santo para penetrar íntimamente las obscuras verdades que nos propone la fe; esta penetración, dice Santo Tomás, debe hacer concebir

una verdadera idea y una justa estimación de nuestro último fin y de todo lo que a él se refiere; de otra manera no sería un don del Espíritu Santo.

La fe distingue tres clases de objetos: 1º: Dios y sus misterios; 2º: las creaturas en relación con Dios; 3º: nuestras acciones para dirigir las a Dios. Somos, naturalmente, muy ignorantes respecto de todas estas cosas y no las conocemos más que en proporción a las luces del Espíritu Santo, que por la fe y demás luces nos comunica.

Lo que la fe nos hace simplemente creer, el don de inteligencia nos lo hace penetrar más claramente y de tal manera, que aunque la obscuridad de la fe permanece siempre, parece evidente lo que la fe enseña, de tal manera que extraña que algunos no quieran creer los artículos de nuestras creencias, o que puedan dudar de ellos.

Aquellos cuyo oficio es instruir a los demás, los predicadores, los directores, deben estar llenos de este don. Ha brillado en los santos padres y en los doctores y se necesita especialmente para comprender bien el sentido de las Sagradas Escrituras, sus figuras alegóricas y las ceremonias del culto divino.

Las Sagradas Escrituras son difíciles de comprender, porque Dios habla según sus sentimientos, que son muy distintos de los nuestros; pero los adapta de tal manera que por la pureza de corazón los podemos comprender. San Juan, por ejemplo, dice en su primera epístola: *Esta es la última hora*; esto repugna a nuestros sentidos y

no podemos comprender cómo el Santo Apóstol, hablando de su tiempo, pudo decir que era la última hora. Y, no obstante, es verdad según los sentimientos de Dios.

Todos los otros libros espirituales son en parte, de la gracia y en parte, de la naturaleza. Leer a menudo las Santas Escrituras, es un medio para recibir el Espíritu Santo y para ser dirigido por El.

Es un gran abuso leer tanto los libros espirituales y tan poco las Santas Escrituras. San Gregorio Nacianceno, que es el único de entre los santos padres cuyas obras no tienen ningún error condenado por la Iglesia, y San Basilio, cuya doctrina es tan sólida, durante once o doce años leyeron únicamente las Sagradas Escrituras. Hay que leerla aun antes que a los santos padres, porque mediante la pureza de corazón se entra poco a poco en los diversos sentidos que ella encierra; aun cuando se la haya leído cien veces, si aprovechando la pureza de corazón se continúa leyendo, se profundizarán siempre más y más sus misterios.

La Sagrada Escritura, además de los cuatro sentidos pretendidos por el Espíritu Santo, a saber: el *literal*, que es el de las palabras tomadas en su propia significación; el *figurado*, o moral, que se relaciona con las costumbres; el *alegórico*, que considera a Jesucristo y a la Iglesia militante; el *anagógico*, que se refiere a la Iglesia triunfante y al estado de los bienaventurados; la Escritura, digo, además de estos cuatro sentidos, acepta un

quinto que se llama de *acomodación*, cuando uno se sirve de alguna sentencia o de algunas palabras de la Escritura, para expresar algo que evidentemente el Espíritu Santo no ha pretendido significar con esas palabras del texto sagrado. San Bernardo toma a menudo la Escritura en este sentido; y los que sienten agrado por la palabra de Dios, gustan mucho de esta clase de expresiones. San Jerónimo tuvo el don de inteligencia, especialmente para el sentido literal; San Gregorio para el moral; San Ambrosio y San Agustín para el alegórico.

Este don sirve lo mismo en las cosas políticas para comprender los designios de Dios, como, por ejemplo, para conocer que la corona de Francia quedó en la casa de San Luis, en recompensa del celo que tuvo en dejar su reino para extender el de Jesucristo en el Oriente.

Le decían a San Luis que no le convenía procurar la paz entre los príncipes sus vecinos, como lo hacía; pero él tenía la penetración que da el don de inteligencia y conocía claramente que Dios, que gobierna todo con su Divina Providencia, le daría la paz en sus estados si procuraba mantenerla en los de los otros príncipes. En efecto, Francia gozó de paz milagrosamente, durante el tiempo de la prisión del Santo Rey y de su muerte frente a Túnez.

Cuando Luis XIII emprendió la guerra del Bearn contra los herejes, los políticos decían que era una empresa peligrosa a causa de los extranjeros. Pero las personas iluminadas con el don de

inteligencia veían en los designios del rey los de Dios, que quería domar el orgullo de la herejía y someter los rebeldes a la obediencia.

Se habla generalmente con muy poca consideración de los asuntos de Estado. No se debería hablar ni en pro, ni en contra, sin luz sobrenatural. En esto se pueden cometer dos faltas: una la de aprobar y alabar ciertas cosas por pasión; la otra, la de condenar y censurar temerariamente.

Como por ejemplo: cuando los príncipes católicos hacen alianzas con herejes, o se favorece mucho al partido de estos herejes aliados y se habla demasiado favorablemente de sus éxitos, lo que da lugar a muchos escrúpulos y pecados, o se desaprueba a los gobernantes por ciertos actos que favorecen a estos mismos aliados, lo cual proviene de un falso celo, en lugar de pensar que Dios puede sacar de esto grandes bienes que están ocultos para nosotros. No se debe tampoco censurar esta conducta de los príncipes, ni de sus ministros, pero, en cambio, se debe dejar obrar a Dios y esperar con paciencia y en silencio los acontecimientos, que la Providencia sabrá muy bien hacerlos aprovechables para su gloria.

El vicio opuesto al don de inteligencia, es la grosería respecto a las cosas espirituales. Este vicio es natural y lo aumentamos aún con nuestras pasiones y nuestras afecciones desordenadas. Se observa ostensiblemente en las personas que están en pecado mortal. David tenía un corazón excelente para amar a Dios. Había recibido grandes conocimientos y sentimientos muy altos de Dios

No obstante, después de su adulterio, después que hizo morir a Urías, pasó nueve meses sin reconocerse y probablemente no habría abierto los ojos, si Dios no hubiera enviado al profeta Nathan a representarle su mal estado.

La bienaventuranza que corresponde a este don es la sexta: *Bienaventurados los puros de corazón*. Esta pureza, como dice Santo Tomás, se extiende a todas las potencias del alma, desterrando todo lo que puede mancharla: las pasiones y los movimientos desordenados del apetito, las afecciones viciosas de la voluntad, los errores y las falsas máximas del entendimiento. Regula de tal manera la imaginación que ningún pensamiento viene al espíritu sino a su tiempo y lugar y dura solamente tanto cuanto es necesario para la acción que se hace. Así San Bernardo, queriendo orar, desechaba todos los recuerdos de las otras ocupaciones y los recobraba en seguida después de la oración. Es lo que les sucede a las almas puras: han logrado con su pureza este perfecto dominio sobre sí mismas.

El fruto del Espíritu Santo que corresponde a este don, lo mismo que a los otros que iluminan al entendimiento, es el fruto de la fe. La fe precede a los dones y es su fundamento; pero luego los dones perfeccionan la fe. Primeramente hay que creer, dice San Agustín, y afianzarse bien en esta piadosa afección que es tan necesaria a la fe. Luego vienen los dones del Espíritu Santo y hacen a la fe más penetrante, más viva y más perfecta.

ARTICULO III

Del don de ciencia

La ciencia se define así: un conocimiento cierto adquirido por el raciocinio; pero en Dios es sin raciocinio, únicamente por la vista de los objetos.

El don de ciencia es una participación de la ciencia de Dios y una luz del Espíritu Santo, que ilumina al alma para conocer las cosas humanas y poder juzgar con certeza en relación con Dios y en cuanto son objeto de la fe.

El don de ciencia ayuda al de inteligencia a descubrir y reconocer las verdades obscuras, y al de sabiduría a poseerlas.

La sabiduría y la ciencia tienen algo de común. Los dos hacen conocer a Dios y a las creaturas; pero conocer a Dios por las creaturas y elevarse del conocimiento de las causas segundas, a la primera y universal, es obra de la ciencia. Conocer las cosas humanas, por el gusto que tienen de Dios, y juzgar de los seres creados, por el conocimiento que se tiene del primer ser, es obra de la sabiduría.

El discernimiento de los espíritus pertenece a ambos; pero la sabiduría lo tiene por el gusto y la experiencia, que es una manera de conocer más elevada; la ciencia lo tiene por puro conocimiento.

El don de ciencia nos hace ver con prontitud y certeza todo lo que se relaciona con nuestra conducta y la de los demás.

Primeramente, lo que debemos creer o no creer; lo que se debe hacer y no hacer; el justo medio que se debe tomar entre los dos extremos, en que se puede caer, en el ejercicio de las virtudes; el orden que ha de observarse en la elección que de ellas se debe hacer; cuánto tiempo hay que dar a cada una, en particular; pero todo esto de una manera general. porque en lo que concierne a los casos particulares, en las ocasiones en que uno se encuentra, cuando quiere uno determinarse a obrar, es al don de consejo a quien pertenece determinar lo que se debe hacer.

Segundo: el estado de nuestra alma, nuestros actos interiores, los movimientos secretos de nuestro corazón, sus cualidades, su bondad, su malicia, sus principios, sus motivos, sus fines y sus intenciones, sus efectos y sus consecuencias, sus méritos y sus desmerecimientos.

Tercero: el juicio que debemos hacer de las creaturas y de su uso para la vida interior y sobrenatural; cuán frágiles son, vanas, de poca duración, poco capaces de hacernos felices, dañinas y peligrosas para la salvación.

Cuarto: la manera cómo debemos conversar y tratar con el prójimo, en relación al fin sobrenatural de nuestra creación. Un predicador conoce, con este don, qué debe decir a su auditorio y cómo debe exigirle; un director conoce el estado de las almas que tiene bajo su dirección, sus necesidades espirituales, los remedios para sus defectos, los obstáculos que oponen para su per-

fección, el camino más corto y seguro para guiarlas; cuánto se les debe consolar o mortificar; lo que Dios opera en ellas y lo que ellas deben hacer de su parte para cooperar con Dios y cumplir sus designios. Un superior conoce de qué manera debe dirigir a sus inferiores.

Los que participan más del don de ciencia, son los más iluminados en todos sus conocimientos. Ven maravillas en la práctica de la virtud, descubren grados de perfección que son desconocidos para los demás. Ven a primera vista, si las acciones son inspiradas por Dios y conformes a sus designios; por poco que se alejen de los caminos de Dios, se dan cuenta inmediatamente. Ven imperfecciones que los demás no reconocen; y no están expuestos a equivocarse en sus sentimientos, ni a dejarse sorprender por ilusiones de las que el mundo está lleno. Si un alma escrupulosa se dirige a ellos, sabrán muy bien lo que se le deberá decir para curar sus escrúpulos. Si tienen que hacer una exhortación a religiosos o religiosas, les vendrán pensamientos conformes a las necesidades de estos religiosos y al espíritu de su Orden. Cuando se les proponen dificultades de conciencia, las saben resolver perfectamente. Preguntadles la razón de su respuesta; no dirán una palabra, porque saben esto sin raciocinios, por una luz superior a todas las razones.

Era por este don que San Vicente Ferrer predicaba con ese éxito tan prodigioso que leemos en los relatos de su vida. Se abandonaba al Espíritu Santo, ya para preparar sus sermones o ya para

pronunciarlos y todo el mundo salía encantado. Fácilmente se veía que el Espíritu Santo lo animaba y hablaba por su boca. Un día que debía predicar ante un príncipe, creyó que debía empeñarse más y poner más diligencia en preparar su sermón. Se dedicó extraordinariamente; pero el príncipe y el resto del auditorio no quedaron tan contentos con esta predicación estudiada, como con la del día siguiente, que la hizo, según su costumbre, por las inspiraciones del Espíritu Santo. Se le hizo ver la diferencia de estos dos sermones *Es que ayer, dijo, predicó fray Vicente y hoy fué el Espíritu Santo.*

Todo predicador debe hacerse en extremo dependiente del Espíritu de Dios. La principal preparación para la cátedra, es la oración y la pureza de corazón. Dios, algunas veces, se hace esperar un poco, para probaros; pero no os apuréis. Cumplid por vuestra parte con vuestro deber y en lo demás confiad en Dios. El vendrá al fin y no dejará de derramar su luz en vosotros. Luego sentiréis sus efectos y veréis algunas veces que con un sólo pensamiento os hará decir cosas excelentes para el bien de vuestro auditorio.

Un religioso será atormentado por escrúpulos o tentaciones contra su vocación. La causa de su tormento será algún pecado secreto, que descuida corregir, por lo que Dios lo apremia y le ofrece su gracia; pero él permanece en su mala costumbre y su tentación, su tormento, dura siempre. Esto se conoce con el don de ciencia.

Se conoce por la luz de este don lo que las creaturas tienen de sí mismas y lo que tienen de Dios. Con esta luz vió San Pablo, y *no estimaba las cosas de la tierra sino como estiércol*. Los hombres generalmente no juzgan así porque no aprecian más que lo que halaga los sentidos. De este modo, casi todo el mundo se deja encantar por sus apariencias engañosas y cada cual se empeña por gozar de las satisfacciones que le prometen. Cada uno quiere probarlas y son pocos los que reconocen su error antes de morir. Los santos mismos en su mayor parte han sido engañados por ellas.

Estamos tan llenos de ilusiones y tan poco prevenidos contra el encanto de las creaturas, que nos engañamos sin cesar. El demonio nos engaña muy a menudo. Su habilidad para engañar aún a los más adelantados, estriba en que para la elección de los medios de perfección, los hace tomar unos por otros; y engaña a los menos perfectos y a los tibios; presentándoles y aumentando las dificultades, mostrándoles los atractivos del placer y del falso brillo de los honores. La ciencia del Espíritu Santo nos enseña a precavernos de sus seducciones.

Felices los que Dios ha favorecido con este extraordinario don, como Jacob, de quien el sabio ha dicho: *Que Dios le dió la ciencia de los santos*. Tenemos sobre todo necesidad, nosotros que, por el deber de nuestra vocación, estamos obligados a conversar con el mundo. Este don de ciencia nos es mucho más necesario que a los solitarios y

otros religiosos, cuya vida es más retirada y enteramente contemplativa.

A fin de que el comercio con los hombres no nos sea perjudicial en las funciones que ejercemos, respecto de ellos, para ganarlos a Dios, hay que advertir que nuestra vida debe estar de tal manera mezclada de acción y contemplación, que aquélla debe ser animada, dirigida y ordenada por ésta; que en medio de los trabajos externos de la vida activa, gocemos siempre de la tranquilidad interior de la contemplativa, y que nuestros cargos no nos impidan en absoluto unirnos a Dios; más bien, que nos sirvan para unirnos más estrecha y amorosamente con El, nos le hagan alcanzar en sí mismo, por la contemplación y en el prójimo, por la acción.

Tendremos esta ventaja si poseemos los dones del Espíritu Santo, de tal modo que estemos, por decirlo así, casi enteramente llenos de ellos. Pero hasta entonces, lo mejor para nosotros, después de haber satisfecho a la obediencia y a la caridad, será recogernos y dedicarnos a la oración, a la lectura y demás ejercicios de la vida contemplativa.

Propongámonos por modelo a Jesucristo, que dedicó treinta años de su vida a la contemplación y tres o cuatro solamente, a la que se llama *mixta*; y a Dios mismo, cuya vida, antes del tiempo, fué enteramente contemplativa, no ocupándose más que en conocerse y amarse. En el tiempo obra, en verdad, al exterior, pero de tal suerte que su actividad es nada al lado de la contempla-

ción; y después del tiempo, en la eternidad, dará menos aún a la acción, en vista de que ya no creará nuevas creaturas.

Para avanzar mucho en la perfección, dos cosas son necesarias: una de parte del maestro y la otra de parte del discípulo. Del maestro, que sea muy instruído por el don de ciencia, como lo era San Ignacio; en el discípulo, que tenga una voluntad enteramente sumisa a la gracia y un grande ánimo como tenía San Francisco Javier.

Es una gran desgracia para un alma sobre quien Dios tiene grandes designios, la de caer en manos de un director que se guía únicamente por la prudencia humana, y que tiene más política que unión.

Un excelente medio para adquirir el don de ciencia, es dedicarse mucho a la pureza de corazón, vigilar cuidadosamente sobre su interior, reconocer todos sus desarreglos y observar sus principales faltas.

Esta exactitud atraerá la bendición de Dios, que luego enviará sus luces al alma y le dará el conocimiento de sí misma, que es el más útil que nos pueda dar después del de su Divina Majestad.

Este es el primer empeño en la escuela de la perfección. Cuando uno se ha aplicado a ella constantemente, durante algún tiempo, se comienza a ver claro en su interior, lo cual se hace sin mucho trabajo por las luces imprevistas que Dios comunica al alma, según su estado y sus disposiciones presentes. Entonces, ya no estará lejos de la contemplación y tiene cierta seguridad de los grandes

dones que Dios le va a conceder, si es fiel y corresponde a sus designios, porque Dios establece los cimientos antes de construir el edificio y estos cimientos son el conocimiento de nosotros mismos y de nuestras miserias, por temor de que nos enorgullezcamos de los dones de Dios. Porque es muy poco creer y saber que por nosotros mismos no somos nada ni podemos nada. Los más viciosos creen y saben esto. Dios quiere que tengamos un conocimiento experimental y sensible de nosotros mismos y, para esto, nos hace sentir vivamente nuestras miserias.

Veréis algunas veces gente que dice que hace oración de simple atención, o que tomarán como tema de sus meditaciones las perfecciones divinas y no obstante están llenas de errores e imperfecciones grotescas, porque han subido muy alto, sin haber purificado antes su corazón; decidles lo que pensáis, y veréis que se creen ya muy espirituales y juzgan que eres poco instruído en las vías místicas; y después de todo hay que enviarlos a los primeros elementos de la vida espiritual, es decir, a la guarda del corazón, como el primer día, si quieren hacer algún progreso.

Inútilmente se lee tanto para adquirir la ciencia de la vida interior: de lo alto viene la unción y la luz que la enseña. Un alma pura aprenderá más en un mes por la infusión de la gracia, que otros en muchos años por el trabajo y el estudio.

Se aprende incomparablemente mucho más en el ejercicio de las virtudes que en todos los libros espirituales y que en todas las especulaciones del

mundo. Para persuadirnos de esta verdad Nuestro Señor dió al mundo ejemplos de virtud, antes que dar lecciones y preceptos. *Coepit Jesus facere et docere.* David dijo a Dios: *He sido más iluminado que los ancianos, porque me he dedicado a guardar vuestros mandamientos.* En ese libro estudió San Antonio la ciencia de los santos, que sobrepasa la orgullosa doctrina de los filósofos. En ese libro, es donde tantas almas sencillas, sin estudios de letras, adquieren conocimientos que permanecen ocultos para los sabios del mundo.

Durante toda nuestra vida, debemos descubrir nuestra conciencia a nuestro superior y al padre espiritual con gran candor y simplicidad, no ocultándoles ningún sentimiento de nuestro corazón; de tal manera, que si fuera posible, quisiéramos tener nuestro interior en la mano para poder mostrárselo. Por los méritos de este acto de humildad, obtendremos de Dios el don de discernimiento de los espíritus, para conducirnos a nosotros y poder dirigir a los demás.

El vicio opuesto al don de ciencia es la ignorancia o la falta de conocimiento que podemos y debemos tener para guiarnos y guiar a los demás.

Generalmente pasamos nuestra vida en las tres clases de ignorancia a las cuales, dice San Lorenzo Justiniano, están sujetas las personas que hacen profesión de vida espiritual. Esto ya se explicó en el capítulo IV; *sobre la pureza de corazón.*

La bienaventuranza que corresponde a este don, es la tercera: *Bienaventurados los que lloran*; porque la ciencia que el Espíritu Santo nos da, nos enseña a conocer nuestros defectos y la vanidad de las cosas de la tierra y que de las creaturas sólo debemos esperar miserias y lágrimas.

El fruto del Espíritu Santo que le corresponde es el de la fe, en tanto que este don perfecciona los conocimientos que tenemos de las acciones humanas y de las creaturas por la luz de la fe.

ARTICULO IV

Del don de consejo

El consejo es un acto de la prudencia, que prescribe la elección de los medios para llegar a un fin.

Así, pues, al don de consejo le concierne la dirección de las acciones particulares.

Es una luz por la cual el Espíritu Santo enseña lo que se debe hacer, en el tiempo, en el lugar y en las ocasiones en que cada uno se encuentra. Lo que la fe, la sabiduría y la ciencia enseñan en general, el don de consejo lo aplica a casos particulares. Por lo que es fácil ver cuán necesario es, ya que no basta saber que una cosa es buena en sí misma, sino aún juzgar si es buena en las presentes circunstancias y si es mejor que otras y más apropiada para el fin que se pretende, y esto es lo que se conoce por el don de consejo.

Sucedirá muchas veces que, deseando resolver sobre lo que tenemos que hacer, una cosa nos parecerá, aún bajo la luz sobrenatural, la mejor y más perfecta y tal vez lo será en sí misma. No obstante, si la hacemos, se seguirán grandes inconvenientes, o peligros, o faltas, que no habrían sucedido si hubiéramos elegido otra cosa que, aunque menos perfecta en sí, habría sido la mejor en esas circunstancias, porque no habría tenido las malas consecuencias de la otra, que nos pareció más excelente.

Por eso, la dirección más segura es la que se recibe del Espíritu Santo, por el don de consejo y no deberíamos seguir otra.

Primeramente: porque siguiéndola estamos seguros de caminar por las vías de Dios y de su Divina Providencia.

Segundo: porque es la manera de no errar jamás, siendo el Espíritu Santo la regla infalible, tanto para nuestras acciones como para nuestros conocimientos.

Tercero: porque esta dependencia de la dirección del Espíritu Santo, nos hace vivir en una gran tranquilidad, sin inquietudes, ni sobresaltos, como hijos de príncipes que no tienen preocupaciones por su pan ni por nada de lo que se refiere a su manutención, descansando de todo esto en el cuidado del príncipe, su padre.

El Espíritu Santo comunica este don más o menos, según sea la fidelidad en corresponderle. El que tiene poco, si hace buen uso de este poco que tiene, puede estar seguro de recibir mucho

más, hasta que esté lleno según la medida de su capacidad; es decir, hasta que tenga tanto cuanto necesita para cumplir los designios de Dios y desempeñar dignamente los deberes de su estado y de su vocación. Porque se estima con razón que una persona está llena del espíritu de Dios, cuando lo tiene suficiente para todas las funciones de su estado.

Para nosotros, que hemos sido llamados a una Orden apostólica, donde se debe reunir en conjunto la acción y la contemplación, no es presunción aspirar a la perfección del propio estado y al cumplimiento de los designios de Dios en toda la extensión de su vocación.

Para esto necesitamos de un buen don de consejo, porque nos debemos dar a la acción; si este don del Espíritu Santo nos falta, no haremos nada bien hecho y nuestro proceder será únicamente humano. No obraremos más que por principios de perspicacia natural y de una prudencia adquirida. No seguiremos más que las invenciones de nuestro espíritu que son generalmente muy opuestas al espíritu de Dios.

Es necesario pedir todas las mañanas al Espíritu Santo su asistencia para todas las acciones del día, reconociendo humildemente nuestra ignorancia y nuestra debilidad y protestándole de seguir su dirección con absoluta y entera sumisión de espíritu y de corazón.

Además, al comenzar cada acción, hay que pedir sus luces al Espíritu Santo para hacerla bien y pedirle perdón al final de ella por las faltas en

que hubiere incurrido. De esta manera, se mantiene todo el día la dependencia de Dios, el cual sabe en las circunstancias especiales en que nos podamos encontrar durante el día y, en consecuencia, nos puede dirigir más seguros, por medio de su consejo, que por otras luces, que como la fe u otros dones no descienden tanto a casos especiales.

La pureza de corazón es un excelente medio para obtener el don de consejo, lo mismo que los dones precedentes.

Una persona de sólido y buen juicio, que se dedique constantemente a la pureza del corazón, adquirirá una gran prudencia sobrenatural y una habilidad divina para dirigir toda clase de asuntos, tendrá gran abundancia de luces y conocimientos infusos para la dirección de las almas y encontrará miles de industrias, para la ejecución de las empresas que atañen a la gloria de Dios. En lo cual la prudencia humana, con todas sus perspicacias y destrezas, comete muchos errores y a menudo no logra éxito. Con pureza de corazón y fiel dependencia a la dirección del Espíritu Santo, San Ignacio y San Francisco Javier adquirieron un extraordinario don de prudencia, que ha sido la admiración del mundo entero.

Los directores de almas y los superiores especialmente, deben sacar de la oración las luces para desempeñar las funciones de su cargo.

Es un error creer que los más sabios son los más aptos para desempeñar los cargos y para di-

rigir las almas y que sean los que obtienen en ello mejores resultados.

Los talentos naturales, la ciencia y la prudencia humana sirven poco en materia de dirección espiritual, comparados con las luces sobrenaturales que comunica el Espíritu Santo, cuyos dones están muy por encima de la razón. Las personas más aptas para dirigir a los demás y aconsejar en lo que atañe a las cosas de Dios, son las que, teniendo la conciencia pura y el alma exenta de pasiones y despojadas de todo interés, estando suficientemente provistas de ciencia y de talentos naturales aunque no los tengan en grado eminente, están estrechamente unidas a Dios por la oración, y muy sumisas a las inspiraciones del Espíritu Santo. Estos eran los sentimientos de San Ignacio y por esto fué rector del Colegio de Roma el P. Sebastián Romano, que no era uno de los más sobresalientes de la Compañía, por su talento, pero, en cambio, era un hombre lleno del espíritu de Dios.

Los superiores y subalternos tienen gran necesidad del don de consejo, en ciertas ocasiones relacionadas con la práctica de la obediencia, porque un inferior, que no tiene a quien gobernar, no tiene las mismas dificultades en el ejercicio de la obediencia que un inferior que es también superior de otros, como un rector, un provincial o un asistente. Este, por ejemplo, se encuentra a veces en dificultades y en peligro de obedecer demasiado, aun contra los deberes de su cargo, si no

fuere iluminado con la dirección del Espíritu Santo; porque puede caer en diversos excesos, como dejar hacer a las Provincias, o condescender con los deseos de algunos que hayan prevenido o ganado al padre general. Así, estando obligado por un lado a obedecer y por otro a cumplir los deberes de su cargo, está en peligro de ser demasiado obediente, para o contra su cargo, o de caer en el otro extremo, de no obedecer bastante. En estas ocasiones, los que son dirigidos por el Espíritu Santo no pueden errar; pero nuestra desgracia está en que conocemos tan poco en la práctica estos excelentes dones que son los principios de la conducta de los santos, porque no nos dedicamos con toda el alma a conseguir la perfección.

Los sabios se deben guardar muy bien de un cierto espíritu de suficiencia y confianza en sus luces y del apego a su manera de pensar.

Los que gobiernan con las luces del Espíritu Santo, ya sea el Estado, o cualquiera otra repartición eclesiástica, religiosa o civil, lograrán mucho más que los que se guían por sólo la prudencia humana.

Estos los condenarán con frecuencia, porque su vista no se extiende más allá de los límites de la razón y del buen sentido, que son los únicos principios de su conducta; no ven nada en la dirección del Espíritu Santo, que está infinitamente por encima de los racionios humanos, y de las miras políticas.

Siendo el gobierno de los superiores, o mejor dicho, el gobierno de Dios, por los superiores, so-

brenatural, no es posible que las faltas que se cometan en él no sean grandes y de penosas consecuencias.

Los superiores, no solamente deben tener celo para castigar las faltas que cometen sus inferiores, sino aun deben tener la caridad de prevenirlos, con sus buenos consejos de las faltas que pudieran cometer; es aun conveniente contentarse con una paternal reconvención, sin otro castigo, para obligar, por la dulzura, a aquel que ha cometido alguna falta, a corregirse e impedir otras faltas que la amargura de la penitencia le podría hacer cometer.

Los buenos superiores tienen siempre a mano el poder de la autoridad para hacer el bien y consolar a sus subordinados y no para perjudicarlos y mortificarlos.

Una máxima importante para el buen gobierno y que nos fué muy recomendada en la última Congregación general, es la de evitar los muchos reglamentos inútiles, que no sirven más que para sobrecargar a los súbditos y hacer pesado el yugo de la religión, que más bien deberían suavizar. Que se exija solamente el exacto cumplimiento de las reglas y los estatutos ya establecidos.

Los pecados de los santos son el no seguir ciertas luces del Espíritu Santo y omitir ciertos puntos de perfección, como por ejemplo: si hay varias instrucciones sobrenaturales sobre una misma cosa, por flojera o por irreflexión se sigue la más fácil.

Cuando se ve que no hay ningún mal en hacer o decir algo, que no se es llevado por inclinación o afecto natural, por un motivo de complacencia, por el ejemplo de los demás, o por algún hábito o costumbre y que por otra parte se está dispuesto a seguir otra conducta, si el Espíritu Santo la inspirara; que se está igualmente dispuesto a resolverse por el *pro* o por el *contra*, según las inspiraciones del Espíritu Santo; en la concurrencia de estas tres circunstancias, se puede ordinariamente proceder seguramente, y no hay peligro en pasar adelante.

Se pueden observar, en diversos pasajes de la Escritura, rasgos admirables del don de consejo, como en el silencio de Nuestro Señor ante Herodes, en las contestaciones que dió para salvar a la mujer adúltera, para confundir a los que le preguntaban si se debería pagar tributo al César; en el juicio de Salomón; en la empresa de Judith para librar al pueblo de Dios del ejército de Holofernes; en la conducta de Daniel para justificar a Susana de la calumnia de los dos viejos; en la de San Pablo cuando convocó a los fariseos y saduceos y apeló del tribunal de Festo al de César.

El vicio opuesto al don de consejo es la precipitación, cuando se procede con mucha prontitud y sin haber pensado bien todas las cosas; cuando se sigue el ímpetu de su actividad natural y no se toma el trabajo de consultar al Espíritu Santo.

Este defecto, como los otros que se oponen a los dones precedentes, a saber: la necedad, la grosería, la ignorancia, son pecados cuando provie-

nen de descuido para disponerse a recibir las inspiraciones del Espíritu Santo; que no se toma bastante tiempo para pedirle consejo antes de proceder, y al obrar se apresura uno tanto que no se halla en estado de recibir su asistencia, o se deja llevar y ofuscar por la impetuosidad de una pasión.

El apresuramiento es absolutamente contrario al don de consejo. El santo obispo de Ginebra combate muy a menudo este defecto en sus escritos. Lo debemos evitar a toda costa, porque llena el espíritu de tinieblas; introduce la turbación, el pesar y la impaciencia en el corazón; alimenta el amor propio y nos hace apoyar en nosotros mismos; mientras que el don de consejo, iluminando la inteligencia, derrama en el corazón una unción y una paz enteramente opuestas al apresuramiento y sus efectos.

La temeridad es también muy contraria a este don. Es una falta de atención a las luces y consejos de la razón y de la gracia, porque se confía uno demasiado en sí mismo.

Estamos muy expuestos a este vicio, tanto más cuanto que tenemos tan poca prudencia y madurez de espíritu que estamos acostumbrados a una conducta pueril y tenemos demasiada buena opinión de nosotros mismos.

La lentitud es un defecto contrario también al don de consejo. Hay que usar de reflexión en las deliberaciones; pero cuando se ha tomado una resolución según las luces del Espíritu Santo hay que ejecutarla prontamente, por el mismo movi-

miento del Espíritu Santo, porque, si se difiere, las circunstancias cambian y se pierden las ocasiones.

La bienaventuranza que corresponde al don de consejo es la quinta: *Bienaventurados los que son misericordiosos porque alcanzarán misericordia.* Y la razón que da San Agustín es que Dios no deja de ayudar con sus luces, a los que asisten a los demás en sus necesidades. *Est autem justum consilium, dice, ut qui se a potentiori adjuvari vult, adjuvet infirmiore in quo est potentior. Itaque beati misericordes, quia ipsorum miserebitur Deus.*

No se ve cuál de los frutos del Espíritu Santo corresponde al don de consejo, porque es un conocimiento práctico que no tiene otro fruto, propiamente hablando, que la operación que él mismo dirige y a la que tiende. No obstante, como este don dirige las obras de misericordia, se puede decir que los frutos de bondad y benignidad le corresponden en cierta manera.

ARTICULO V

Del don de piedad

La piedad es esa tierna y amorosa disposición del corazón que nos lleva a honrar y servir a nuestros parientes y allegados.

El don de piedad es una disposición habitual que el Espíritu Santo coloca en el alma para excitarla a un afecto filial hacia Dios.

La religión y la piedad nos llevan al culto y servicio de Dios; pero la religión lo considera como Creador, y la piedad como Padre, en lo que ésta es mejor que aquélla.

La piedad tiene una gran extensión en el ejercicio de la justicia cristiana; se extiende no solamente a Dios, sino aun a todo lo que tiene relación con El, como la Sagrada Escritura que contiene su palabra, a los bienaventurados que lo poseen en la gloria, las almas que padecen en el purgatorio y los hombres que viven sobre la tierra.

El don de piedad, dice San Agustín da a los que lo tienen, un respeto amoroso por la Santa Escritura, ya sea que entiendan su significado o no.

Nos da un espíritu de niños para con nuestros superiores, un espíritu de padres para con nuestros inferiores; espíritu de hermanos para con nuestros iguales, entrañas de compasión para con los necesitados y tristes y una tierna inclinación a socorrerlos.

Este don se encuentra en la parte superior e inferior del alma. En la superior, le comunica una unción y una suavidad espiritual que proviene de los dones de sabiduría e inteligencia; en la inferior, excitando movimientos de dulzura y devoción sensible. De esta fuente vienen las lágrimas de los santos y de las personas piadosas.

Este es el principio del dulce atractivo que los lleva a Dios. Esto es lo que los hace afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, alegrarse

con los que están alegres, soportar sin acritud las debilidades de los inválidos y los defectos de los imperfectos, haciéndose todo para todos.

Hay que advertir que, hacerse todo para todos, como lo hacía el Apóstol, no es romper el silencio, por ejemplo, con los que lo rompen; porque hay que mantenerse siempre en el ejercicio de la virtud y en la observancia de las reglas: sino ser grave y recatado con los que lo son, pronto y celoso con los espíritus prontos y celosos, alegre con los caracteres alegres, sin salirse, no obstante, de los límites de la virtud; tomando la prontitud, por ejemplo, como lo hacen las personas perfectas, que son naturalmente prontas y ardorosas, practican la virtud con discreción y condescendencia, según el humor y el carácter de aquellos con quienes tratan, tanto como la misma virtud se lo permite.

Algunos condenan ciertas devociones fundadas sobre opiniones y teología que no admiten, aunque otros las admiten. Están en un error, porque en cuestión de devoción toda opinión probable basta para ser principio y fundamento. De modo que esta crítica es injusta.

Entre los dones del Espíritu Santo, el don de piedad parece que fuera el patrimonio de los franceses. Lo poseen ventajosamente sobre toda otra nación. El cardenal Belarmino, habiendo estado en Francia, quedó encantado con la devoción que veía en todas partes; y decía después: que los italianos apenas le parecían católicos, cuando comparaba su piedad con la de los franceses.

El vicio opuesto al don de piedad es la dureza del corazón, la que nace del amor desordenado de nosotros mismos; porque este amor hace que naturalmente no seamos sensibles más que a nuestros propios intereses y que nada nos importe lo que no se relaciona con ellos; que veamos sin lágrimas las ofensas a Dios, las miserias del prójimo sin compasión; que no queramos incomodarnos para agradar a los demás, que no podamos soportar sus defectos; que nos irriteemos contra ellos por el menor motivo, y que les conservemos en nuestro corazón ciertos sentimientos de acritud y de venganza, de odio y antipatía.

Por el contrario, mientras más caridad y amor de Dios tiene un alma, es más sensible a los intereses de Dios y del prójimo.

Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos avaros, en las personas sensuales y en las que no suavizan su corazón por los ejercicios de piedad y por el uso de cosas espirituales.

Se encuentra a menudo entre los sabios, que no reúnen la devoción con la ciencia, y que, para vanagloriarse con este defecto, lo llaman fortaleza de espíritu; pero los verdaderos sabios han sido los más piadosos, como San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, San Bernardo, y en la Compañía, los Laynez, Suárez, Belarmino y Lessio.

Un alma que no puede llorar sus pecados, por lo menos con las lágrimas del corazón, tiene mucho de impiedad o de impureza, o de ambas, co-

mo sucede generalmente a los que tienen el corazón endurecido.

Es una gran desgracia cuando en la religión se estiman más los talentos naturales o adquiridos, que la piedad. Oiréis muchas veces a religiosos y tal vez a superiores, que dicen muy alto, que hacen más caso de una inteligencia capaz para todo, que de esas devociones menudas que son, dicen, buenas para mujeres pero impropias de un espíritu sólido, llamando solidez de espíritu lo que sólo es dureza de corazón, tan opuesta al espíritu de piedad. Deberían pensar que la devoción es un acto de religión, o un fruto de la religión y de la caridad y, por consecuencia, que es preferible a todas las virtudes morales, ya que inmediatamente, sigue, en orden de dignidad, la religión a las virtudes teologales.

Cuando un padre grave y respetable por su edad y por los cargos que ha desempeñado en la Congregación, testifica, ante jóvenes hermanos que estima, los grandes talentos y los empleos brillantes, o que él prefiere a los sobresalientes en inteligencia y en ciencia, a otros que no tienen tantas aunque tengan mucha más virtud y piedad, perjudica enormemente a esa pobre juventud. Es un veneno que se le inyecta en el corazón y del cual no curará jamás. Una palabra confidencial que se le diga a otro, es capaz de derribarlo.

Es increíble cuánto daño han hecho a las órdenes religiosas, los primeros, que introdujeron la estimación de los talentos y empleos brillantes. Es una leche envenenada que se presenta a los

jóvenes al salir del noviciado, y que tiñe su alma de un color que no se borra jamás.

La bienaventuranza que corresponde al don de piedad es la segunda: *bienaventurados los mansos*; y la razón es que la mansedumbre evita los impedimentos para ejercer los actos de piedad y ayuda en su ejercicio.

Los frutos del Espíritu Santo que corresponden a este don son los de bondad y benignidad.

ARTICULO VI

Del don de fuerza

La fuerza es una virtud que nos fortifica contra el temor y el horror a las dificultades, los peligros y los trabajos que se nos presenten en la ejecución de todas nuestras empresas.

Es lo que el don de fuerza hace perfectamente; porque este don es una disposición habitual que el Espíritu Santo pone en el alma y en el cuerpo para hacer y sufrir cosas extraordinarias, para emprender las acciones más difíciles, para exponerse a los peligros más temibles, para soportar los trabajos más pesados, para sufrir las penas más horribles, y esto constantemente y de una manera heroica.

Este don es sumamente necesario en ciertas ocasiones, cuando uno se siente atacado por tentaciones más graves, para resistir a las cuales, hay que resolverse a perder los bienes, el honor o la

vida. Entonces el Espíritu Santo asiste poderosamente con sus consejos y su fuerza al alma fiel que desconfía de sí misma, y convencida de su debilidad y de su nada, implora su auxilio y coloca en El toda su confianza.

En estas ocasiones, las gracias ordinarias no bastan, se necesitan luces y auxilios extraordinarios; por esto el profeta junta el don de consejo y el de fuerza, uno para iluminar a la inteligencia y el otro para fortificar el corazón.

Tenemos gran necesidad de este don en la Compañía, por las dificultades que se encuentran en ciertos cargos, a los que la obediencia nos puede llevar, como cuando uno es enviado a las misiones extranjeras, cuando nos dejan mucho tiempo a cargo de clases, o nos retienen en un lugar perjudicial a nuestra salud; cuando nos levantan alguna calumnia o alguna persecución en el ejercicio de nuestras actividades de celo y caridad.

La ocasión de una buena muerte es tan preciosa, que ningún hombre prudente la debe perder cuando se le presenta.

Hay que persuadirse que, por este sólo acto de generosidad cristiana, se adquieren tantos méritos delante de Dios, cuantos se podrían alcanzar en el resto de la vida si se viviera mucho. Lo mismo que si alguno, al entrar en religión, diera de un golpe todos sus bienes a los pobres, merece tanto como, si permaneciendo en el mundo, hiciera muchas limosnas en diversas oportunidades. ¿Y qué sabemos cuánto vamos a vivir después y en qué estado moriremos entonces? ¿Qué serían ahora

Orígenes y Tertuliano si, antes de su caída, hubiesen encontrado una ocasión de morir por Jesucristo, al cual habrían permanecido fieles?

Hay tres clases de buena muerte: primera, morir al servicio de los apestados; segunda, morir en las misiones extranjeras, sea a manos de infieles, o por el exceso de trabajo, o por cualquier accidente que suceda en el ejercicio de su celo; tercera, dar su vida por su grey, como pueden hacerlo tantos prelados, curas o superiores.

No se puede decir en qué medida la virtud de los que así se exponen, atraen las gracias sobre los otros miembros de la Compañía.

El don de fuerza en cuanto al cuerpo, hace a los que Dios lo comunica, capaces de obrar efectos de una fuerza maravillosa, como David, Sansón y otros del Antiguo Testamento. Se observa en la vida de los santos, que algunos como Santo Domingo, *el encuerado*, Santa Catalina de Sena, el P. González Silveira, tuvieron este don para hacer mortificaciones prodigiosas más allá de sus fuerzas naturales.

Pero la función principal del don de fuerza está respecto del espíritu, del cual destierra todos los temores humanos, dando a la voluntad y a los deseos una firmeza que hace al alma muy intrépida.

Con este espíritu de fortaleza, Nuestro Señor venció, en la agonía del huerto, el temor de su pasión y de su muerte, y levantándose de la oración, abrasado de celo, dijo a sus discípulos: *Levantaos, vamos: el que me traicionará está cerca.*

Era este espíritu el que hacía que los santos no temieran ningún peligro, cuando se trataba de ejecutar los designios de Dios y de procurar su gloria. San Juan Crisóstomo no temía más que al pecado. La emperatriz Eudocia lo mandó sondear para saber qué era lo que más temía, pretendiendo aprovecharse de su temor para llevarlo a donde ella deseaba. Pero se encontraron con que nada arredraba al santo obispo, ni los grillos, ni el destierro, ni la muerte; no temía más que la ofensa a Dios.

San Francisco Javier, animado de este espíritu, desafiaba los ejércitos de infieles enemigos, las tempestades, los naufragios, la muerte, como se ve especialmente en su viaje al Japón, que hizo en pésimo barquito de un pirata idólatra, en donde era adorado el demonio, el cual se le presentaba para intimidarlo, amenazándolo de hacerlo sentir los efectos de su venganza; pero el santo se burlaba de sus amenazas, teniendo puesta su confianza en Dios. En una de sus cartas escribió: *Que el remedio más seguro en semejantes ocasiones, es el de no temer nada, apoyándose en la confianza en Dios; y que el mayor mal que nos puede suceder, es el de temer a los enemigos de Dios, cuando defendemos la causa de Dios.*

Debemos, pues, ser magnánimos e intrépidos en el servicio de Dios, para avanzar en la perfección y ser capaces de grandes cosas. Sin el don de fuerza no se hacen progresos notables en la vida espiritual. La mortificación y la oración, que son los principales ejercicios, exigen una ge-

nerosa determinación de pasar por sobre todas las dificultades que se encuentren en el camino del espíritu, tan opuesto a nuestras inclinaciones naturales. Santa Teresa decía *que un alma que había emprendido la práctica de la oración, con una firme resolución de no dejarla jamás, había hecho ya la mitad de la jornada.*

Los mártires tienen el primer lugar entre los héroes del cristianismo, porque la fuerza aparece mejor para obrar que para sufrir. En la acción, la naturaleza se suaviza y es como la señora; pero en el sufrimiento todo es contrario a la naturaleza. Así, una es mucho más difícil y heroica que la otra.

A los Santos Mártires debe la Iglesia su propagación por toda la tierra y la sujeción del Imperio Romano a la fe. Se les coloca en la mano la palma como señal de su fuerza y de su victoria.

Algunos atribuyen a este don, la fuerza que Dios da algunas veces a las palabras de los santos para persuadir a los espíritus y mover los corazones, pero se engañan: éste es otro don especial que se llama *gratia sermonis*, la gracia de la palabra. Gracia gratuita, que se da, no para utilidad de los que la reciben, sino por el bien del prójimo. Los obreros evangélicos que tienen esta gracia, aunque algunas veces hagan discursos bastante simples y mal hechos, no dejan de hacer maravillosa impresión sobre las almas, como lo hacían los Apóstoles, San Vicente Ferrer, San Ignacio, San Francisco Javier.

El vicio contrario al don de fuerza, es la timidez o el temor humano, y una cierta dejadez natural que procede del amor de nuestra propia excelencia y del amor de nuestras comodidades, las cuales nos detienen en nuestras empresas y nos hacen huir a la vista de la abyección y del dolor.

Nada más perjudicial en la vida espiritual, que los temores que el demonio excita por miles de respetos humanos a los que hay que resistir generosamente. Así, ha hecho caer a numerosos y grandes personajes, y ha derribado, si es permitido usar este término, las columnas de la Iglesia, como el famoso Osius obispo de Córdoba, el cual presidió a nombre del Papa el Concilio de Nicea, que combatió por tanto tiempo y con tanto celo por la fe, contra los Arrianos, habiendo ganado tantas y gloriosas victorias sobre estos herejes, enemigos jurados del Hijo de Dios, y que al fin, vencido por el temor, se dejó llevar y firmó la condenación de San Atanasio.

Es imposible decir lo que nos perjudica el respeto humano.

Alguien tendrá el propósito de hablar de cosas espirituales, de cumplir la regla del silencio o cualquiera otra regla, de hacer algún acto de mortificación; no obstante, si se encuentra con tal o cual, no tendrá el valor de ejecutar su buena resolución, aunque sepa que tendrá después sensible pesar de haber faltado. He ahí, por un lado, nuestra regla y los intereses de Dios, y por el otro, la satisfacción de fulano y el temor de dis-

gustarlo. Ponemos en la balanza estas dos consideraciones y la última pesa más.

¡Qué infidelidad! ¡Qué cobardía! Es lo que hacemos todos los días. ¿Hay algo que pueda demostrar mejor nuestra poca virtud y el gran dominio que tiene sobre nosotros?

Es por ello que Dios nos abandona, que nos retira sus gracias y que luego caemos insensiblemente en grandes miserias.

Como el don de consejo acompaña siempre al de fuerza y lo dirige, llevándonos a emprender grandes cosas, lo mismo la prudencia y la timidez se unen y se apoyan sugiriéndose razones para justificarse.

Los que sólo se conducen por la prudencia humana, son inmensamente tímidos.

Este defecto es muy general en los superiores y hace que por temor de cometer faltas, no hagan ni la mitad del bien que podían hacer.

Miles de temores nos detienen a cada momento y nos impiden avanzar en las vías de Dios, y hacer todo el bien que haríamos, si siguiéramos las inspiraciones del don de consejo y si tuviéramos el valor que da el don de fuerza; pero tenemos muchas miras humanas y todo nos hace temer. Tememos que un puesto que la obediencia nos quiere asignar, no nos convenga y este temor nos lleva a rehusarlo. Recelamos de arruinar nuestra salud y esta aprehensión hace que nos limitemos a un empleo cómodo, sin que el celo ni la obediencia nos puedan obligar a hacer más. Tenemos miedo de incomodarnos y este temor nos ale-

ja de las penitencias corporales, o hace que por lo menos las evitemos mucho. No es posible decir de cuántas omisiones nos hacemos culpables por el temor. Son muy pocas las personas que hacen por Dios y por el prójimo, todo lo que podrían hacer. Hay que imitar a los santos, no temer más que al pecado como San Juan Crisóstomo, afrontar los peligros como San Francisco Javier, desear las afrentas y las persecuciones como San Ignacio.

La bienaventuranza que corresponde al don de fortaleza es la cuarta: *Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia*, porque una persona que esté animada con la fuerza del Espíritu Santo, tiene un deseo insaciable de hacer y sufrir grandes cosas.

Los frutos que corresponden a este don, son la longanimidad y la paciencia. La primera, para no fastidiarse ni cansarse en la espera o en la práctica del bien; la segunda, para no fastidiarse ni cansarse en los sufrimientos del mal.

ARTICULO VII

Del don de temor de Dios

El don de temor de Dios es una disposición habitual que el Espíritu Santo infunde en el alma para mantenerla en el respeto de la majestad de Dios y en la dependencia y sumisión a los desig-nios de su Santa Voluntad, alejándola de cuanto pueda disgustar a Dios.

Este don es el fundamento y la base de todos los demás, puesto que el primer paso en los caminos de Dios, es huir del mal, lo cual es propio de este don.

Por el temor se llega al sublime don de la sabiduría. Se comienza a gustar de Dios cuando se comienza a temerlo, y a su vez la sabiduría perfecciona el temor.

El gustar de Dios hace que el temor sea amoroso, puro y despojado de todo interés propio.

El primer efecto de este don es inspirar al alma una constante moderación, un santo temor, un profundo anonadamiento ante Dios; el segundo: un extremado horror por las menores ofensas contra Dios, y una constante resolución de evitar todas las ocasiones; el tercero: una humilde confusión por su falta, cuando se ha caído en alguna; el cuarto: una cuidadosa vigilancia para refrenar las inclinaciones desordenadas de los apetitos, por el frecuente entrar en sí mismo, para conocer el estado de su interior y ver qué hay en él, que sea opuesto a la fidelidad en el perfecto servicio de Dios.

Es una verdadera ilusión el pensar, como hacen algunos, que después de una confesión general, no es necesario ser tan escrupuloso, para evitar después los pecados más ligeros, las menores imperfecciones, los más pequeños desórdenes del corazón, sus primeros movimientos. Los que tienen esta costumbre para sí mismos, por una secreta desesperanza de mayor perfección, inspiran generalmente a los demás, estos mismos senti-

mientos y siguen este régimen tan amplio, en la dirección de las almas que dirigen, en lo cual se engañan completamente. Hay que tener tal delicadeza de conciencia, una prolijidad tan grande, como para no perdonarse la menor falta, vencer y acabar hasta con los menores desórdenes del corazón. Dios merece que se le sirva con esta perfecta fidelidad y nos da su gracia para ello; nosotros debemos cooperar. Jamás llegaremos a la perfecta pureza de corazón si no vigilamos de tal modo sobre todos sus movimientos y todos nuestros pensamientos, que no se nos escape nada de aquello de que tengamos que dar cuenta a Dios, y de lo que se relacione con su gloria; si en el espacio de ocho días, por ejemplo, no hacemos sino muy pocos actos externos o internos que no tengan a la gracia por principio. Mas, si hacemos algunos otros, aunque no sea sino como por sorpresa y por pocos instantes, que esté nuestra voluntad tan íntimamente unida a Dios, que los reprima desde el mismo instante en que se dé cuenta.

Es muy raro conseguir una victoria absoluta sobre nuestros movimientos desordenados; jamás vencemos alguno tan perfectamente que no se nos escape, o que no nos quede algo, sea por falta de atención, sea por falta de una resistencia bastante vigorosa. Así, una de las más grandes gracias que Dios nos hace en esta vida y que más debemos pedir, es la de ser de tal manera vigilantes en la guarda del corazón, que no se deslice el menor movimiento desordenado, sin que al momento nos demos cuenta y lo corriamos. porque todos

los días se nos escapan muchos que no conocemos.

Desde que nos demos cuenta que hemos cometido un pecado, inmediatamente debemos arrepentirnos y hacer un acto de contrición, por temor que este pecado no impida las gracias siguientes, lo que hará indudablemente si no hacemos penitencia.

Algunos no necesitan examen particular, porque no cometen la menor falta sin que sea al instante conocida, o que no la vean, pues andan siempre guiados por las luces del Espíritu Santo. Estos son raros y hacen, por decirlo así, un examen particular de todo.

El espíritu de temor puede llegar al exceso, y por tanto ser perjudicial al alma, impidiendo las comunicaciones y los efectos que el amor divino habría operado en ella, si no la hubiera encontrado en la estrechez y la frialdad del temor.

El vicio opuesto al don de temor es el espíritu de orgullo, independencia y libertinaje que hace que no se quiera seguir sino sus inclinaciones y que no se pueda sufrir ninguna sujeción, que se peque sin escrúpulo y que no se tomen en cuenta las pequeñas faltas; que se aparezca ante Dios con poco respeto y que se cometan muchas irreverencias en su presencia, que se desprecien sus inspiraciones, que se descuiden las ocasiones de practicar la virtud y que se viva en el relajamiento y la tibieza.

Se dice que un pensamiento inútil, que una palabra dicha al vuelo, que una acción hecha sin

dirigir su intención, es poca cosa. Esto sería cierto si estuviéramos en un estado puramente natural; pero supuesto que hemos sido elevados a un estado sobrenatural que nos fué alcanzado por la sangre preciosa del Hijo de Dios; supuesto que a cada momento de nuestra vida responde toda la eternidad, y que la menor de nuestras acciones merece la posesión o la privación de una gloria que, siendo eterna en su duración, es en cierta manera infinita; debemos confesar que todos los días, con nuestra negligencia y cobardía, tenemos pérdidas inconcebibles, por falta de una perfecta conversión de corazón a Dios. Persuadámonos una vez por todas, que las acciones exteriores a las cuales nos dedicamos tanto, no son más que el cuerpo y que la intención es el alma.

El camino de la tibieza es sumamente peligroso: no se sabe lo que puede pasar. Recordemos toda nuestra vida, que Dios sufre por algún tiempo los pecados que se cometen sin escrúpulos. Pero que si se persevera, sucede por justo castigo de la justicia divina que, o se cae en un pecado manifiestamente mortal, o que se encuentra uno envuelto en algún molesto asunto, ya sea difamado por una calumnia, a que no se ha dado motivo, pero que Dios permite para corregir otra falta de la que no se quiere caer en la cuenta.

San Efrén fué apresado en su juventud por un crimen supuesto, y quejándose a Dios y haciéndole ver su inocencia parecía acusar a la Providencia de haberlo olvidado. Un ángel se le apareció y le dijo: ¿recuerdas el perjuicio que hiciste tal día

a un campesino, a quien le mataste la vaca, persiguiéndola a pedradas? ¿Qué penitencia o qué satisfacción has dado? Dios te sacará de aquí, pero no será hasta dentro de quince días; por lo demás, no eres el único a quien Dios trata así. Tal y cual de los que están aquí presos contigo, son inocentes de los crímenes de que se les acusa; pero han cometido otras faltas, que la justicia humana ignora, pero que la divina quiere castigar. Los jueces los condenarán por crímenes que les son imputados falsamente; y Dios permitirá que sean ejecutados en castigo de crímenes secretos que son conocidos únicamente por El sólo.

Los juicios de Dios son terribles; habiéndonos llamado a una alta perfección y habiéndonos esperado largo tiempo, como se ve que le resistimos constantemente, nos priva de las gracias que nos tenía preparadas, nos quita las que nos había dado y a veces nos saca de esta vida por una muerte prematura, por temor de que lleguemos a caer en una desgracia mayor. Lo que sucede a menudo a los religiosos que viven en la tibieza y en la negligencia.

La bienaventuranza que corresponde al don de temor es la primera: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, porque esta desnudez de espíritu que comprende el despojo de la afición por los honores y bienes temporales, es una consecuencia necesaria del perfecto temor de Dios; el mismo espíritu que nos lleva a someternos plenamente a Dios y a no estimar nada como grande sino a Dios, nos lleva a despreciar todo lo demás y no nos

permite elevarnos, ni dentro de nosotros mismos, buscando nuestra excelencia, ni por encima de los demás, buscando las riquezas y las comodidades temporales.

Los frutos del Espíritu Santo que corresponden a este don, son los de modestia, temperancia y castidad. El primero, porque nada ayuda tanto a la modestia como este amoroso respeto por Dios, que el espíritu de temor filial inspira; los otros dos, porque disminuyendo o moderando el uso de las comodidades de la vida y de los placeres del cuerpo, contribuyen con el don de temor a refrenar la concupiscencia.

CAPITULO V

DE LOS FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO

ARTICULO I

De la naturaleza de los frutos del Espíritu Santo

Cuando se ha ejercido, por largo tiempo y con fervor, la práctica de las virtudes, se adquiere la facilidad de cumplir sus actos. Ya no se sienten las repugnancias que se sentían al principio. Ya no hay que luchar ni hacerse violencia. Se hace con gusto lo que antes se hacía con dificultad. Sucede, entonces, con las virtudes, lo que sucede con los árboles. Así como éstos dan frutos que, al estar maduros, ya no son agrios, sino dulces y de agradable sabor, de igual modo, los actos de virtud, cuando han llegado a su madurez, se hacen con gusto y se les encuentra un sabor delicioso. Entonces estos actos de virtud se llaman *frutos del Espíritu Santo*, y algunas virtudes los producen con tal perfección y suavidad, que se llaman *bienaventuranzas*, porque hacen que Dios posea plenamente al alma. Pues mientras más se apodera Dios de un alma, más la santifica; y más santa

es, más cerca está de la felicidad en la cual, estando la naturaleza como curada de su corrupción, las virtudes vienen a ser como naturales.

Los que tienden a la perfección por las vías de las prácticas y de los actos metódicos, sin abandonarse enteramente a la dirección del Espíritu Santo, no tienen jamás esta dulzura y esta como madurez de la virtud; sienten siempre dificultad y repugnancia; tienen siempre que luchar y a menudo son vencidos y cometen faltas, mientras que los que recorren enteramente bajo la dirección del Espíritu Santo la vía del simple recogimiento, practican el bien con un fervor y una alegría dignas del Espíritu Santo, sin luchas ganan gloriosas victorias, o si hay que luchar, lo hacen con gusto.

De lo que se sigue, que las almas tibias tienen muchas más dificultades en la práctica de las virtudes que los fervorosos que se entregan de buena gana y sin reserva, porque éstos tienen la alegría del Espíritu Santo, que les hace todo fácil, y aquéllos tienen pasiones que combatir y sienten las debilidades y flaquezas de la naturaleza que impiden las dulzuras de la virtud y hacen los actos difíciles e imperfectos.

La comunión frecuente es un excelente medio para perfeccionar en nosotros las virtudes y adquirir los frutos del Espíritu Santo: porque Nuestro Señor, al unir su Cuerpo al nuestro y su Sangre a la nuestra, quema y consume en nosotros las semillas de los vicios y nos comunica poco a poco su divino temperamento y sus perfecciones, según

nuestras disposiciones y como le dejemos obrar. Encuentra en nosotros, por ejemplo, el recuerdo de un disgusto, que aunque ya pasó, ha dejado en nuestro espíritu y en nuestro corazón una impresión que queda como una semilla de pesar, cuyos efectos sentimos en muchas ocasiones. Y nuestro Señor, ¿qué hace?: borra el recuerdo y el descontento; destruye la impresión que se había grabado en nuestras potencias y ahoga completamente esta semilla de pecados, colocando en su lugar los frutos de caridad, de gozo, de paz y de paciencia. Arranca de la misma manera las raíces de la cólera, de la intemperancia y de todos nuestros defectos, comunicándonos las virtudes y sus frutos.

ARTICULO II

De los frutos de caridad, de gozo y de paz

Los tres primeros frutos del Espíritu Santo son la caridad, el gozo y la paz, que pertenecen especialmente al Espíritu Santo: la caridad, porque es el amor del Padre y del Hijo, y el amor del bien; el gozo, porque está muy presente ante el Padre y el Hijo, siendo como el cumplimiento de su bienaventuranza; la paz, porque es el lazo y el nudo que une entre sí al Padre y al Hijo.

Estos tres frutos, unos con otros, se unen y se derivan naturalmente, uno del otro. La caridad o el amor ferviente nos da la posesión de Dios: el gozo nace de la posesión de Dios, que

no es otra cosa que la tranquilidad, o la satisfacción que se encuentra en el goce del bien que se posee. La paz que, según San Agustín, es la tranquilidad del orden, mantiene al alma en la posesión del goce, contra todo lo que le es opuesto. La caridad excluye todo otro goce; la paz, toda clase de turbación o de temor.

La caridad es la primera en el orden de los frutos del Espíritu Santo, porque se asemeja al Espíritu Santo, que es el amor personal, y por consiguiente es la que más nos acerca a la verdadera y eterna felicidad, y nos da un goce más sólido y una paz más profunda.

Dad a un hombre el imperio del universo, con la autoridad más absoluta que pueda haber; que posea todas las riquezas y todos los honores, todos los placeres que se puedan desear; dadle la sabiduría más completa que se pueda imaginar; que sea otro Salomón y aún más que Salomón, que no ignore nada de lo que una inteligencia pueda saber; añadidle el poder de hacer milagros: que detenga al sol, que divida los mares, que resucite los muertos, que participe del poder de Dios en un grado tan eminente como lo queráis, que tenga aún el don de profecía, el discernimiento de los espíritus, el conocimiento de los secretos de los corazones. Yo digo que el menor grado de santidad que este hombre tenga, el menor acto de caridad que haga, valen mucho más que todo esto, porque lo acercan al Supremo Bien, y le dan una personalidad mucho más excelente que la que

le darían todas estas otras ventajas, si las tuviera; y esto, por dos razones.

La primera, porque participar de la santidad de Dios es participar de todo lo que Dios tiene en sí, por decirlo así, de más importante. Los otros atributos de Dios, como la ciencia, el poder, pueden ser comunicados a los hombres de tal manera que les sean naturales; únicamente la santidad no puede jamás serles natural.

La segunda, porque la santidad y la felicidad son como dos hermanas inseparables, y porque Dios no se da y no se une más que a las almas santas, y no a las que, sin santidad, tienen ciencia, poder y todas las otras perfecciones imaginables.

De este modo, el más pequeño grado de santidad, la menor acción que aumente la santidad, es preferible a los cetros y coronas. De lo que se deduce que perdiendo todo los días tantas ocasiones de hacer actos sobrenaturales, perdemos felicidades increíbles y que no se pueden casi reparar.

No podemos encontrar en las creaturas, el goce y la paz, que son los frutos del Espíritu Santo, por dos razones:

Primero: porque es únicamente la posesión de Dios lo que nos afianza contra las inquietudes y los temores, en tanto que la de las creaturas, causa mil preocupaciones e inquietudes. Quien posee a Dios no se inquieta por nada; porque Dios le es todo y todo lo demás es nada para él.

Segundo: porque ninguno de los bienes terrenos puede satisfacernos, ni contentarnos plena-

mente. Vacíad el mar y colocad en él una gota de agua: ¿llenaréis ese vacío inmenso? Aun cuando Dios hiciera una infinidad de creaturas, a cual más perfectas, no podrían todas juntas satisfacer nuestra alma; le quedaría un vacío que sólo Dios puede llenar.

Es la paz, quien hace reinar a Dios en el alma, adueñándose plenamente de ella. Ella es la que tiene al alma en la más absoluta dependencia de Dios.

Por la gracia santificante, Dios se hace en el alma como una fortaleza donde se atrinchera.

Por la paz, como que ataca y se apodera de todas las facultades, fortificándolas tan poderosamente, que las creaturas ya no la pueden turbar. Dios ocupa todo el interior, por esto los santos están tan unidos a Dios en la acción como en la oración, y ni los acontecimientos más desagradables los turban.

ARTICULO III

De los frutos de dulzura y de paciencia

Los frutos precedentes disponen al alma a los de paciencia, dulzura y moderación.

Lo propio de la virtud de la paciencia es moderar los excesos de la tristeza, y de la virtud de la dulzura es moderar la efervescencia de la cólera, que se levanta impetuosa para rechazar el mal presente.

Estas dos virtudes combaten, pero para alcanzar la victoria tienen que hacer esfuerzos violentos y grandes sacrificios: pero la paciencia y la dulzura, que son frutos del Espíritu Santo, llevan a los enemigos al cumplimiento de su deber sin combate; o si llegan a combatir, ello es sin dificultad y con gusto. La paciencia ve con gusto aquello que puede causar tristeza. Así, los mártires se regocijan con la nueva de las persecuciones y a la vista de los suplicios. Estando la paz bien asentada en el corazón, la dulzura no tiene ninguna dificultad para reprimir los movimientos de cólera. El alma permanece siempre igual, sin perder jamás su tranquilidad. Lo cual proviene de que el Espíritu Santo, al tomar posesión de todas sus facultades y residir en ellas, aleja las tristezas, o no les permite hacer en ella ninguna impresión y aun el demonio teme a esta alma y no se atreve a acercársele.

ARTICULO IV

Los frutos de bondad y de benignidad

Estos dos frutos miran al bien del prójimo. La bondad es la inclinación que lleva a servir a los demás y participarles de lo que uno tiene. No tenemos en nuestro idioma la palabra que exprese propiamente el significado de *benignitas*; porque la palabra *benignidad* se usa solamente para significar dulzura, y esta dulzura consiste en servir

a los demás gustosamente, cordialmente, con alegría, sin sentir las dificultades que sienten los que tienen la benignidad en cualidad de virtud y no como fruto del Espíritu Santo.

ARTICULO V

Fruto de longanimidad

La longanimidad o perseverancia impide el tedio y la pena, que provienen precisamente del deseo del bien que se espera, o de la lentitud y duración del bien que se hace, o del mal que se sufre y no de la grandeza de la cosa misma o de otras circunstancias. La longanimidad, por ejemplo, hace que al final de nuestra tercera probación, seamos más fervorosos que al comenzar.

ARTICULO VI

Del fruto de fe

La fe en calidad de fruto del Espíritu Santo, es cierta facilidad para creer todo lo que es de fe, una firmeza para adherirse a ella, una seguridad de la verdad que creemos sin sentir esas repugnancias ni esas dudas, esas obscuridades y terquedades que sentimos naturalmente, respecto a las materias de la fe.

Para esto, hay que tener en la voluntad una piadosa afección, que incline al entendimiento a creer, sin titubear, lo que se le propone.

Sin esta piadosa afección, los judíos, aunque convencidos por los milagros de Jesús, no creyeron en El, porque tenían el entendimiento oscurecido y cegado por la malicia de su voluntad. Lo que ocurrió a los judíos, respecto a la esencia de la fe, nos sucede a menudo, en lo que concierne a la perfección de la fe, es decir, a lo que puede perfeccionarla, a lo que son las consecuencias de las verdades que nos hace creer, como por ejemplo, cuando se nos dice que Nuestro Señor es a la vez Dios y Hombre, y lo creemos. Si de esto se llega a la conclusión que debemos amarlo sobre todas las cosas, visitarlo a menudo en la Eucaristía, prepararnos para recibirlo, y hacer de todo esto el primero de nuestros deberes y de nuestras necesidades, entonces titubeamos y nuestra voluntad siente repugnancia, en la práctica, a la creencia del entendimiento. Si ella asintiera, creeríamos siempre en los misterios de Nuestro Señor. Pero ahogamos con nuestros vicios esta piadosa afección, que es tan necesaria para llegar a la perfección de nuestra fe. Si tuviéramos, buena voluntad, verdaderamente ganada para Dios, tendríamos una fe profunda y completa.

Algunos entienden, por la palabra *fides*, la fidelidad, la confianza en mantener las promesas hechas; otros, la facilidad para creer en todo lo que se refiere a las cosas humanas, sin dejarse llevar a desconfianzas mal fundadas, a sospechas y juicios temerarios.

ARTICULO VII

Los frutos de modestia, de templanza y de castidad

La modestia en cuanto virtud, es bastante conocida. Ella regula todos los movimientos del cuerpo, los gestos y las palabras. Como fruto del Espíritu Santo, todo esto lo hace sin trabajo y como naturalmente; y además regula todos los movimientos interiores del alma, como en la presencia de Dios.

Nuestro espíritu es ligero e inquieto, siempre en movimiento, dando vueltas por todos lados, apegándose a toda clase de objetos, hablando sin cesar. La modestia lo sujeta, lo modera y deja al alma en una profunda paz, que la dispone a ser la mansión y el reino de Dios: de esta manera, al don de la presencia de Dios sigue pronto el fruto de modestia. Este es, con respecto a aquél, lo que el rocío era a la vista del maná, y la presencia de Dios, es una gran luz con la cual el alma se ve ante Dios y observa todos sus movimientos interiores, todo lo que pasa en ella, mucho más claramente que lo que distinguimos los colores en pleno mediodía.

La modestia nos es absolutamente necesaria, porque la inmodestia, que en sí parece poca cosa, no obstante, es considerable en sus consecuencias y no es una pequeña señal de un espíritu poco religioso.

Las virtudes de temperancia y castidad atañen a los placeres del cuerpo, reprimiendo los ilícitos y moderando los permitidos. Aquél refrena las aficiones desordenadas de beber y comer, e impide los excesos que se pudieran cometer. Este regula o reprime el uso de los placeres de la carne.

Pero los frutos de temperancia y castidad despojan de tal manera al alma del amor de su cuerpo, que casi no siente las sublevaciones, manteniéndolo sin trabajo en perfecta sumisión.

CAPITULO VI

LOS OBSTACULOS QUE SUSCITA EL DEMONIO PARA IMPEDIR LA DOCILI- DAD A LAS INSPIRACIONES DEL ESPIRITU SANTO

ARTICULO I

Cómo impide el demonio nuestro adelantamiento espiritual

Es increíble cómo el demonio impide nuestro adelanto espiritual. Desde el comienzo de este año de retiro, engañó a algunos con ciertas aflicciones, tristezas, ciertos escrúpulos o con cualquier otra mala disposición. Cuando ve que los primeros ataques le han dado buen resultado, sigue con otros, manteniéndonos siempre con algún nuevo proyecto, algún deseo o esperanza para entretenernos y alejarnos del camino de Dios y del cuidado de nuestra perfección.

Para esto, se sirve de las ocasiones que se presentan, del recuerdo de las cosas pasadas, de las noticias que se oyen, de los objetos que impresionan los sentidos, de nuestro carácter y nuestras pasiones, haciendo jugar todos estos distintos re-

sortes, tan pronto uno como otro, para tener siempre a nuestro espíritu ocupado en bagatelas, en las que nos detenemos, en pensamientos y reflexiones inútiles, en vanos deseos y temores, o en cualquier otro movimiento de pasiones inmortificadas.

Al salir de aquí, cuando volvamos a las ocupaciones de los colegios, nos hará encontrar parecidos o mayores aficiones, semejantes o más peligrosos obstáculos; de manera que si no tenemos cuidado, nos mantendrá así toda nuestra vida, miserablemente apegados a cualquier cosa que no sea Dios.

Entretanto, la muerte nos sorprenderá; moriremos como hemos vivido, sin perfeccionarnos, y el enemigo habrá obtenido lo que pretendía, que es confundirnos ante el tribunal de Jesucristo. Lo cual, desgraciadamente, sucede muy a menudo.

Para evitar esta desgracia, examinemos cuidadosamente y señalemos el objeto al que nuestros pensamientos se aficionan más, lo que más ocupa a nuestro corazón, qué pasiones turban con mayor frecuencia nuestra paz interior. Después de haberlo reconocido, arranquémoslo prontamente, como una invención clara del enemigo que nos quiere perder. Veamos en seguida si el más ardiente de nuestros deseos y nuestra gran preocupación es la de avanzar en la perfección de nuestro estado; y si no es así, hagamos los más grandes esfuerzos para llegar a esta santa disposición.

ARTICULO II

Diversos ardidés del demonio para engañarnos

§ I

La conducta del demonio respecto a los principiantes, consiste en impedir o disminuir el bien que puedan hacer, de hacerlo cambiar en alguno menor, o sólo aparente, en algo perjudicial, o que sea superior a sus fuerzas y demasiado elevado para las disposiciones presentes de su alma.

Su ardid respecto a las almas perfectas es de afligirlas, sin descanso; a fin de que habiéndolas molestado y cansado bastante, terminen por apartarse, si es posible, de su dedicación a Dios; les entristece y les abate el corazón; las debilita en la práctica del bien y las lleva al relajamiento y tibieza.

§ II

Hay personas a quienes el demonio no les impide hacer mucho bien, porque el bien que hacen le sirve para engañarlas.

Los primeros ataques son para hacer caer las almas en pecado mortal; pero si ve que no tiene éxito en sus proyectos, cambia la puntería y las lleva a cometer muchos pecados veniales, en el bien que hacen. De este modo, las debilita y nada cuesta arrojarlas por último en cualquier pecado mortal.

§ III

En nuestros buenos propósitos, el demonio se porta como lo hizo Faraón con los israelitas, cuando quisieron ofrecer un sacrificio a Dios en el desierto. Este príncipe, no pudiendo rehusarles en absoluto el permiso, lo restringió lo más que pudo. Sería con la condición de que dejaran a sus mujeres e hijos en Egipto o no llevaran consigo sus ganados. El demonio usa casi los mismos ardidés. Cuando tomamos alguna buena resolución, si no puede impedir del todo el bien que queremos hacer, impide lo más que puede. Con tal que pueda podar algo en el servicio de Dios, de manera que no sea completo y absoluto, está contento.

§ IV

Algunas veces nos habremos propuesto hacer el bien en ciertas circunstancias; pero el demonio sobreviene a la ejecución y la cambia, oponiendo dificultades, o suscitando contradicciones de parte de los hombres, o excitando en nosotros ciertas repugnancias, para disminuir en nosotros el entusiasmo en nuestras empresas, o para que dejemos completamente nuestros primeros proyectos, por falta de fuerzas, de espíritu y de constancia.

Si ve que no puede representarnos las cosas que son capaces de intranquilizarnos, como que nos sucederán seguramente, nos las representa a lo menos como dudosas o inciertas; y nos muestra que debemos temerlas, para desalentarnos por el temor de los sufrimientos y peligros.

Se sirve para esto de nuestras malas disposiciones; y mientras estamos en un estado que todavía no es el de entera sumisión a la gracia, le damos mucha ocasión para que nos desvíe del bien, en lo que tenemos pérdidas increíbles de muchas gracias y méritos.

§ V

Sucede con frecuencia que, cuando el Espíritu Santo nos da algún buen pensamiento, el demonio nos lo quita, haciéndonos perder en el cambio, sugiriéndonos otro que, aunque no sea tal vez malo, no deja de hacernos mal porque nos hace perder este buen sentimiento y esta paz, que nos proporcionaría el primer pensamiento que venía de Dios. De modo que debemos estar en guardia para afirmarnos en uno y desechar el otro; nos es muy importante vigilar atentamente nuestros pensamientos y examinarlos en sus comienzos, en sus progresos y en su fin.

ARTICULO III

Discernimiento de las operaciones de Dios y de las del demonio

§ I

Todo lo que quita la paz y tranquilidad del alma viene del demonio. Dios ha juntado la felicidad y la santidad; de manera que sus gracias no solamente santifican al alma, sino que la con-

suelan y la llenan de paz y dulzura. Las sugerencias del diablo hacen todo lo contrario, desde el principio o por lo menos al fin; se reconoce la serpiente por su cola, es decir, por las consecuencias que se siguen a su operación, o por el término a que lleva.

§ II

Todas las proposiciones hipotéticas o condicionales, que no sirven más que para causar turbación, vienen del demonio; como por ejemplo: si Dios me abandonara en esta ocasión, ¿qué haría yo?, etc. No se debe responder a estas suposiciones, ni debemos detenernos en estos pensamientos que el enemigo nos sugiere para quitarnos la confianza en Dios y arrojarnos en la inquietud y desconfianza. Confiemos en Dios que es fiel y no faltará jamás a aquellos que se entregan completamente a El, no buscando más que agradarlo en todo.

ARTICULO IV

Ilusiones secretas

§ I

Sucede a menudo que al sentir cierto movimiento desordenado que se excita en nuestro corazón, no queremos consentir en el mal, pero no queremos tampoco alejar prontamente este mal sentimiento. Arrojamus el mal que aparece a los ojos de los hombres y aceptamos el desorden inte-

rior que Dios ve y que le desagrada tanto; tenemos, por ejemplo, un resentimiento con alguno, no queremos consentir en demostrárselo, pero aceptamos que nuestro corazón se llene de él y no nos deshacemos de él prontamente. Esta es una de nuestras más secretas y peligrosas ilusiones.

§ II

Cuando deseamos algo, miles de razones se nos presentan para colorear nuestra pasión. Uno se engaña cuando, habiendo formado ciertos proyectos por el instinto de la naturaleza, se busca en seguida algún pretexto por el lado de la gracia para apoyar estos proyectos. Voy a ver al señor Fulano y además lo exhortaré a que vaya a retiro. Generalmente, este *además* viene de un mal principio: es una invención del amor propio, ingenioso para encontrar semejantes razones.

§ III

Sucede algunas veces que mientras Dios nos da la luz y la inspiración de sus gracias para que nos corriamos de algún defecto al que estamos sometidos, volvemos nuestra imaginación a otra parte; nos dedicamos a otra práctica de virtud, y nos hacemos sordos a su voz para evitar el juicio recto y los reproches de nuestra conciencia, para librarnos de la confusión que nos causaría, la vista de nuestro defecto, y para engañarnos agradablemente a nosotros mismos, persuadiéndonos de

que somos virtuosos. No obstante, no llegaremos jamás a esta santa libertad, a esta grandeza de corazón que buscamos, si no nos corregimos de las faltas que Dios nos da a conocer.

§ IV

Algunas veces no nos damos cuenta de que si pensamos en cosas muy buenas, o si estamos preocupados de las más santas ocupaciones, nuestro espíritu no está tan ocupado que no pueda pensar al mismo tiempo en muchas cosas inútiles; por lo tanto es algo de nuestra vida que se pierde y que debíamos haberlo dado a Dios.

ARTICULO V

Señales de un alma engañada

§ I

Hablar sin cesar de gracias extraordinarias, de visiones, revelaciones; no tener más que esto en el espíritu, no dedicarse, o por lo menos muy poco, a conocer y sujetar los movimientos de nuestro corazón, faltar al candor y sencillez con sus superiores o directores; no querer ocuparse en la oración más que de la Divinidad y jamás de la Santa Humanidad de Nuestro Señor; observar una conducta y tener sentimientos contrarios a la Doctrina y a las prácticas de la Santa Iglesia, son señales de un alma equivocada.

§ II

El demonio eleva algunas veces a las almas a pensamientos sublimes sobre Dios, para desviarlos de su aplicación a Jesucristo, que es la fuente de todos nuestros bienes y el gran objeto del odio de los demonios.

ARTICULO VI

Lo que hay que advertir en los movimientos que nos empujan al bien

§ I

Todos los movimientos que nos empujan al bien, merecen ser considerados.

Lo que hay que examinar en ellos, es:

I. - Con cuánta prontitud los hemos seguido, si ha sido con todas las fuerzas de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo.

II. - Qué motivo nos ha llevado a ello y con qué fin.

III. - Si en el curso de la acción hemos conservado el fervor y la pureza de intención que tuvimos al comienzo.

Porque sucede muchas veces que se emprende una obra buena con un fin muy santo, pero apenas se ha comenzado, se pierde de vista este fin.

o sólo se le considera a medias. La vanidad, el interés, algo de amor propio, se deslizan insensiblemente en el corazón. Se relaja uno poco a poco, se aburre, se deja llevar por el peso de la inconstancia natural; siendo muy raro que se termine con el mismo entusiasmo y la misma pureza de intención con que se había comenzado.

Í N D I C E

	<i>Página</i>
PRÓLOGO	7
Advertencia de la edición de 1694	21
Vida del P. Luis Lallemant de la Compañía de Jesús	23
DOCTRINA ESPIRITUAL del P. Luis Lallemant S. J	59

PRIMER PRINCIPIO

Consideración del último fin

CAPÍTULO I. — Qué únicamente Dios puede hacernos felices	63
CAPÍTULO II. — Que nuestra felicidad depende de nuestra perfecta sumisión a Dios que debe reinar sólo en nuestro corazón	68

SEGUNDO PRINCIPIO

La idea de la perfección

SECCION PRIMERA. — De la perfección en general	73
CAPÍTULO I. — Los primeros actos de un alma que aspira a la perfección	73
Artículo I. Cómo debemos buscar a Dios en todas las cosas y no buscar más que a El solo ..	73

<i>Artículo</i> II. Que hay que entregarse enteramente a Dios	78
<i>Artículo</i> III. Cuánto el doblez y falta de sencillez nos apartan de Dios	81
CAPÍTULO II. — Principales medios de perfección	83
<i>Artículo</i> I. Que los sacramentos son los principales medios para adquirir la perfección	83
<i>Artículo</i> II. Del uso de las penitencias	84
CAPÍTULO III. — El ejercicio de las virtudes más necesarias para la perfección	86
<i>Artículo</i> I. De la Fe	86
<i>Artículo</i> II. Cuánto desagrada a Dios nuestra poca confianza y cuánto daño nos hace	89
<i>Artículo</i> III. De la Humildad	91
<i>Artículo</i> IV. Del amor de las cruces	95
SECCION SEGUNDA. — De la perfección propia de la Compañía de Jesús	99
CAPÍTULO I. — En qué consiste la perfección propia de esta Compañía	99
<i>Artículo</i> I. Del fin y del Instituto de la Compañía de Jesús y de los medios para obtenerlo	99
<i>Artículo</i> II. Que la Compañía pertenece a Jesucristo como a Salvador	101
<i>Artículo</i> III. San Ignacio, modelo de perfección de la Compañía	103
CAPÍTULO II. — Diversas disposiciones para los religiosos respecto a la perfección	105

	<i>Página</i>
CAPÍTULO III. — Los motivos que nos inducen a procurar nuestra perfección	108
<i>Artículo</i> I. El deseo de nuestra salvación	108
<i>Artículo</i> II. El orden de un celo bien dirigido	108
<i>Artículo</i> III. El fruto de nuestros trabajos	109
<i>Artículo</i> IV. Cuántas personas están interesadas en nuestra perfección	110
CAPÍTULO IV. — Los medios propios de nuestra Compañía	112
<i>Artículo</i> I. En qué sentido la oración de la Compañía debe ser práctica	112
<i>Artículo</i> II. La obediencia y la exacta observancia de las reglas propias de nuestra Compañía y de los motivos que nos llevan a ello	113
CAPÍTULO V. — El celo de la salvación y de la perfección del prójimo	117
<i>Artículo</i> I. Motivos de celo	117
<i>Artículo</i> II. El uso que debemos hacer de la ciencia, a ejemplo de san Ignacio	118
<i>Artículo</i> III. Por qué medios se debe mantener la estimación y autoridad de la Compañía ..	119
CAPÍTULO VI. — Diversos avisos	121
<i>Artículo</i> I. Avisos para un Director de los "juniores" que salen del noviciado	121
<i>Artículo</i> II. Advertencias para los Padres de Tercera Probación, para el tiempo de su segundo noviciado	127
<i>Artículo</i> III. Advertencias para los Padres de Tercera Probación, al salir de su noviciado, para todo el resto de su vida	132
<i>Artículo</i> IV. Avisos para los predicadores	136
<i>Artículo</i> V. Avisos para diversos cargos de la Compañía	140

TERCER PRINCIPIO

La pureza del corazón

Página

SECCION PRIMERA. — Pureza del corazón . . .	147
CAPÍTULO I. — Su naturaleza y sus propiedades .	147
Artículo I. En qué consiste la pureza del corazón .	147
Artículo II. Cuán necesaria nos es la pureza de corazón	148
Artículo III. El orden que hay que guardar en la pureza de corazón y los diversos grados de pureza	151
CAPÍTULO II. — De lo que se debe purificar el co- razón	153
Artículo I. Los pecados veniales	153
Artículo II. Las pasiones	157
Artículo III. El fondo de orgullo que hay en nos- otros	160
Artículo IV. Que no hay que descuidar las menores imperfecciones	164
Artículo V. De la abnegación de nuestras inclinacio- nes para adquirir una santa indiferencia . . .	166
Artículo VI. Cómo se debe conducir en las gracias y con cuánta abnegación hay que recibirlas . . .	170
CAPÍTULO III. — El cuidado que hay que tener de la pureza de corazón en la acción	175
Artículo I. Debemos hacer nuestras acciones con una intención pura	175
Artículo II. Que debemos proceder por principios sobrenaturales	176
CAPÍTULO IV. — Los principios de la corrupción del corazón por parte del espíritu	177
Artículo I. El error y las falas máximas	177
Artículo II. La ignorancia	178

	<i>Página</i>
CAPÍTULO V. — Principios exteriores de la corrupción del corazón	182
<i>Artículo</i> I. Cuánto perjudican las amistades particulares y las conversaciones con los imperfectos	182
<i>Artículo</i> II. Defectos que debemos evitar en nuestras conversaciones	183
<i>Artículo</i> III. De las visitas y las conversaciones inútiles	184
SECCION SEGUNDA. — De la guarda del corazón	187
CAPÍTULO I. — Su naturaleza	187
<i>Artículo</i> I. Qué cosa es la guarda del corazón y en qué se diferencia del examen de conciencia	187
<i>Artículo</i> II. La necesidad de la guarda del corazón	188
CAPÍTULO II	194
<i>Artículo</i> I. Práctica de la guarda del corazón	194
<i>Artículo</i> II. Las utilidades y las ventajas de la guarda del corazón	196
<i>Artículo</i> III. Del recogimiento interior. En qué consiste y cuán necesario es	201

CUARTO PRINCIPIO

La docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo

CAPÍTULO I. — Naturaleza de la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo	205
<i>Artículo</i> I. En qué consiste esta docilidad	205
<i>Artículo</i> II. Los medios para llegar a esta docilidad	206
<i>Artículo</i> III. Objeciones contra la doctrina de la acción del Espíritu Santo	208

CAPÍTULO II. — Los motivos que nos llevan a esta docilidad	212
Artículo I. Que la perfección y aun la salvación dependen de la docilidad a la gracia	212
Artículo II. Que hay pocas almas perfectas porque hay pocas que siguen la dirección del Espíritu Santo	217
Artículo III. La excelencia de la gracia y la injusticia de la oposición que se le hace	219
Artículo IV. El Espíritu Santo ejerce el oficio de consolador de las almas	222
 CAPÍTULO III. — De los dones del Espíritu Santo en general	 225
Artículo I. De la naturaleza de los dones del Espíritu Santo	225
Artículo II. Los efectos de los dones del Espíritu Santo	228
Artículo III. De donde proviene que los dones del Espíritu Santo tienen tan poco efecto en las almas	233
 CAPÍTULO IV. — De los dones del Espíritu Santo en particular	 237
Artículo I. Del don de sabiduría	237
Artículo II. Del don de inteligencia	246
Artículo III. Del don de ciencia	252
Artículo IV. Del don de consejo	261
Artículo V. Del don de piedad	270
Artículo VI. Del don de fuerza	275
Artículo VII. Del don de temor de Dios	282
 CAPÍTULO V — De los frutos del Espíritu Santo	 289
Artículo I. De la naturaleza de los frutos del Espíritu Santo	289

<i>Artículo</i> II. De los frutos de caridad, de gozo y de paz	291
<i>Artículo</i> III. De los frutos de dulzura y de paciencia	294
<i>Artículo</i> IV. Los frutos de bondad y benignidad ..	295
<i>Artículo</i> V. Fruto de longanimidad	296
<i>Artículo</i> VI. Del fruto de fe	296
<i>Artículo</i> VII. Los frutos de modestia, de templanza y de castidad	298
CAPÍTULO VI—Los obstáculos que su cita el demonio para impedir la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo	300
<i>Artículo</i> I. Cómo impide el demonio nuestro adelantamiento espiritual	300
<i>Artículo</i> II. Diversos ardides del demonio para engañarnos	302
<i>Artículo</i> III. Discernimiento de las operaciones de Dios y de las del demonio	304
<i>Artículo</i> IV. Ilusiones secretas.	305
<i>Artículo</i> V. Señales de un alma engañada	307
<i>Artículo</i> VI. Lo que hay que advertir en los movimientos que nos empujan al bien	308

Este Primer Tomo
compuesto con tipo
Benedictine
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
A. Baiocco y Cía., S. R. Ltda.
Centenera 429/35
el día 8 de mayo
de 1945.
Buenos Aires.